

Pregonero de relatos veridicos

Ramón Bucarito





Pregonero de relatos verídicos

Ramón Bucarito
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798730959675
Depósito Legal: ZU2021000084

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Pregonero de relatos verídicos

Ramón Bucarito

ALMAS SIAMESES

Eran dos seres a quienes la vida se les iba solo en trabajar, para luego entregar lo poco que ganaban día a día con el sudor de su frente a uno y a otro médico, para que siempre le dijeran lo mismo: “Ustedes sufren de una rara enfermedad, que lamentablemente no tiene cura”; ya que pese a sus cuarenta y sesenta y cinco años respectivamente parecían unos niños, a quienes la naturaleza mezquina apenas les dotó de una piel amarilleja, frágil, tenue, sin vellos; brazos y piernas largas, huesudas y débiles; solo tenían pelos en la cabeza, en ninguna otra parte de sus cuerpos como les correspondía a sus edades.

Ellos acostumbraban a salir a las siete de la mañana con una cesta llena de dulces a vender sus delicadezas en ese bello pueblo que llaman Guanta. Caminaban todo el día anunciando con sus voces cantarinas: “¡Torrijas!, ¡porras!, ¡sobaos!, ¡bienmesabe!...”. Cuando el amarillo del sol encandilaba, retornaban hambrientos y agotados a su casucha. En la noche, mientras él dormía, ella lo contemplaba maternalmente —aunque ambos procedían de un mismo vientre—, y pensaba: “¿En qué fallé?, ¿algún día se curará?, ¿no me daré por vencida?”. La angustia de Hebeser era que al ella morir él quedara solo y no pudiera valerse

por sí mismo; convencida de que entre los dos formaban una persona: porque sus almas eran siameses. Al amanecer, el edulcorado olor del almíbar de sus exquisiteces y en conjunto con la voz de Hebeser, como la de una niña de cinco años, no obstante su edad senil, penetraban en la habitación donde dormía Adoniser —así se llamaba él, quien siempre se levantaba más tarde que ella—, lo llamaba:

— ¡Adoniser, a levantarse!, ¡ya los dulces están listos, a preparar la cesta!

— ¡Uhuumm, uhuumm, uhm!, un ratito más —propio de él.

Una mañana Hebeser le preguntó:

— ¿Adoniser, no hay encargos para hoy?

— ¡No! —le respondió.

— Bien, guarda la cesta que saldremos temprano a consultar a un nuevo doctor.

Después de una larga y detallada entrevista, escudriñando sobre sus vidas, sobre todo, buscando el posible origen de sus enfermedades, el galeno les explicó: —Sus males se incubaron en la infancia, porque fueron criados con una profunda hambre espiritual; sus almas están vacías de afectos, sueños y fantasías; y lo más grave: “nunca les contaron cuentos”, eso les detuvo sus desarrollos como personas, por eso no han podido salir de su niñez.

— ¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó Hebeser.

—Deben comenzar por leer y oír cuentos, lo que les producirá cambios físicos y psicológicos acordes con sus verdaderas edades.

— ¡Eso no es peligroso doctor! —inquirió Adoniser.

— ¡Claro que lo es!, sobre todo porque serán cambios bruscos y sorprendidos, y va a depender del tipo de cuentos; por eso es necesario que yo esté con ustedes en el momento de la lectura para ayudarlos en cualquier novedad que pueda presentárseles —les señaló el galeno.

Comenzaron a buscar información, hasta que alguien les habló de un taller donde escribían relatos —así lo entendieron ellos—. Se dirigieron al sitio recomendado, el cual les resultó conocido, porque por allí pasaban todos los días vendiendo sus exquisiteces. Al mirar al interior observaron un grupo de personas sentadas alrededor de un mesón, a los que saludaron cariñosamente con sus voces joviales:

— ¡Buenos días Señores!

— ¡Buenos días!, ¿en qué les puedo servir? —Respondió el escritor, facilitador del taller sobre cuentos. Mientras Adoniser le decía el motivo de su visita, él los llevaba hasta su cubículo. Ellos le relataron sus vidas.

— ¿Entonces, en qué les puedo ayudar? —Les preguntó nuevamente

—Bueno, nos lo recomendaron porque necesitamos

dos cuentos para un remedio —dijo Hebeser.

— ¡Dos cuentos, dos cuentos!, dos cuentos —repetía el escritor mientras bajaba su voz hasta el susurro; para luego repreguntar—. ¿Cómo qué tipo de cuentos?

—Tienen que ser frescos, inéditos y armoniosos —contestó Hebeser.

El escritor tomó dos de los que acababan de escribir los participantes en el taller y se los entregó.

—Espero que estos les sirvan.

Ellos, contentos, tomaron el fajo de hojas y se despidieron:

— ¡Muchas gracias señor!, muchas gracias. ¡Hasta luego! —Salieron apresurados y llenos de esperanzas. Llegaron hasta el doctor que les recetó los cuentos. Adoniser, muy entusiasmado, se los entregó. El galeno comenzó a leer el primer cuento, que decía: “Había que bañarlo con lágrimas, así lo pidió él en vida. Siempre fue un hombre que hizo sufrir a los demás; aunque llevaba tres días en su desahuciada agonía: ‘le temían’. La gente no dejaba de llorar para recoger lágrimas, aunque ya llevaban unos cinco litros, que eran más que suficientes para cumplir su ordenamiento... Nadie dormía, porque el abominable moribundo lo había dicho: ‘El día en que me muera me llevo a siete ¡Yo no me voy solo!, sobre todo, me llevo a los que estén durmiendo habiendo un muerto tan importante en el pueblo’...”.

El galeno interrumpió la lectura cuando Hebeser gritó: — ¡Me estoy quemando, me estoy quemando! —Y de inmediato ella tocó el cuello de Adoniser—, ¡tú también quemas!

Se miraron angustiados y notaron que ya no eran los mismos seres aniñados de hacía apenas unos minutos; ahora tenían arrugas incipientes en sus caras, lucían más edad y sentían algo raro en sus cuerpos.

El galeno no reaccionó tan rápidamente como era de esperar. Estaba estupefacto; no obstante, al rato les dio medicamentos y les bajó la fiebre.

—No tengan miedo —les dijo—, esto es solo una fehaciente demostración de que su cura está en los cuentos. Vamos a probar con el otro que debe ser más suave, de todas maneras cualquier cosa yo la resuelvo. Ellos por su parte se mostraban aterrados e inquietos.

El galeno comenzó a leer: “Oí el charco de voces con su trinar de aullidos melancólicos, se confundían los que eran y los que son, al son del porón, pon, pon. Yo vi cruzar la luz, en ella misma se perdió sin llegar a cruzarla. ¿Quién se la engulló? La luz dice con su mirada azul, que ella no fue, él se enamoró solo, yo no extendí mi rayo para atraparlo. ¡Mientes!, en ese haz morado lo ocultas. Antes no tenías haces morados, ¡suéltalo! Se amorteció el sol, se recogieron los rayos, hasta el morado..., y no se supo más de él”.

El galeno con el termómetro en la axila de Hebeser, exclamó:

— ¡Cuarenta y uno!, quien lo iba a creer, ¿por un cuento?

Cuando miró a Adoniser, este tenía una barba rala, sembrada de parcelas encenizadas; piel gruesa y congestionada.

El médico se sentó, respiró hondo y les dijo:

—Tengo que confesarles que sus vidas corrieron peligro; si hubiera continuado, pudo haberse producido un desenlace fatal. Estos cuentos son difíciles, esto no es lo que ustedes necesitan. Van a tener que volver con el señor escritor a pedirle que él mismo les escriba un cuento, uno solo; porque sucede que ustedes son siameses afectivos, pero la diferencia de edades nos puede crear problemas.

Cuando llegaron a la “Casa de la cultura”, donde se encontraba el escritor, solo sus voces apenas permitían identificarlos, debido a los impresionantes cambios físicos que sufrieron. Los que asistían al taller se quedaron anonadados. Adoniser se adelantó a hablar:

—Señor escritor le mandó a decir el doctor que necesitamos solo un cuento, que sea suave, coloquial, lleno de armonía y que nos mueva emociones poco a poco, porque vea lo que nos pasó con los anteriores (...).

El escritor no entendía lo que sucedía; no obstante, le respondió:

—Bien, ese nuevo cuento puede estar para dentro de ocho días, vengan a esta misma hora.

Ellos no pudieron dormir en esos largos días de espera, mirándose sus extrañas caras. La mañana en que buscarían el cuento prometido amaneció más tarde que nunca. El señor escritor los esperaba con el nuevo material literario. Apenas se los entregó inmediatamente se lo llevaron al galeno, quien estaba preparado con un arsenal de medicamentos, porque temía por lo que pudiera suceder.

El doctor comenzó a leer: “Eran dos seres que sufrían una rara enfermedad, parecían unos niños, pese a sus edades de adulto y senil. La naturaleza mezquina solo les permitió una larguirucha imagen. Todo era de niños, hasta sus almas eran ingenuas. Los médicos no les daban ninguna esperanza, hasta que un galeno les dijo que sus vidas habían estado vacías de afectos sueños y fantasías: ‘y nunca les contaron cuentos’. Salieron a buscar un taller donde redactaran cuentos..., la ‘Casa de la cultura del Valle Guantar’, así se llamaba la institución donde encontrarían lo que buscaban. ¡Buenos días!, saludaron con sus voces cantarinas. ¡Buenos días! le respondió el escritor facilitador del taller. En qué los puedo ayudar..., gentilmente les regaló dos de los cuentos que habían escrito sus alumnos (...).”

La reacción fue espeluznante; el galeno se resistía a creer lo que veía: No había un orden en la aparición de los cambios corporales, algunos signos de vejez aparecían antes que los de la adolescencia. Adoniser Sentía que perdía la vida en una forma extraña, que en cualquier momento moriría de tantas veces que el mundo se le iba, y él dejaba que se le fuera, porque estaba feliz por el intenso placer que sentía en todo su organismo. Su voz se tornó ronca...

Hebeser, a pesar de que sabía que el cuento era el relato de sus vidas, no escapaba a los efectos de la desorganizada reacción, y antes de que se le poblara el pubis tuvo su primera menstruación; los pelos del monte de Venus cuando le comenzaron a salir ya venían canosos. Sus muslos y voluptuosos glúteos eran juveniles; su voz ahora era senil...

El doctor continuaba la lectura con voz firme: “Ustedes necesitan un cuento especial, deben de volver al escritor para que se los prepare, porque los anteriores les hicieron daño. El mismo escritor los recibió... los que asistían al taller estaban anonadados. Les dijo que regresaran dentro de ocho días... Esa noche no pudieron dormir, el día amaneció más tarde... El nuevo cuento decía: eran dos seres que padecían una rara enfermedad... ”.

Las reacciones continuaban, Hebeser se percataba de su sangrado genital, que desde la silla donde esta-

ba sentada bajaba hasta el piso y formaba una masa púrpura, gelatinosa, con cráteres que dibujaban caras que parecían sonreír. Ella apretaba sus voluptuosos muslos que en nada impedían que su vida se le escapara por sus partes íntimas mientras sangraba. Adoniser, medio metro más abajo de ella, mostraba insólita petulancia y un prognatismo furtivo placentero y apresurado que le producía una sardónica y burlona sonrisa al verse cubierto de pelos. Cuando sus fogaradas de placer se extinguían sentía mucha culpa y un gran sufrimiento.

La original vestimenta de lino blanquísimo que hasta hace poco enaltecían sus esbeltas figuras, ahora resultaba una ridícula extravagancia. Él, en su culpa y escueto llanto, sentía como sus lágrimas sufrían al tener que rodar por su rostro revejido, hirsuto, lleno de arrugas. Ellas —las lágrimas—, en su torpe deslizamiento, se dispersaban en gotas más pequeñas: eran las lágrimas de las lágrimas que se deslizaban por las mejillas hasta hace poco tersas y lozanas.

El galeno trataba de darse ánimos, y mientras observaba la metamorfosis de esos seres, se reconfortaba: “¿pero acaso no era eso lo que querían? Era su único motivo de vida, solo que todo sido muy repentino”.

Hebeser, en su dolorosa despedida, con voz apagada y gangosa le dijo a su hermano:

—Adoniser, despierta hijo, este no puede ser tu final, más bien es el alba de tu vida, debes ayudar a otros

que padecen la misma enfermedad que nosotros sufrimos... Y luego expresó un triste adiós que cabalgaba sobre su último suspiro...

El galeno cuando terminó de leer el cuento, trémulo, pensaba: “hice todo lo que debía hacer para que no siguieran siendo siameses, tenía que separarlos”.

Adoniser era un monstruo, y, cuando pudo, se marchó sin despedirse del doctor. Ya no tenía lágrimas para llorar a su hermana; adaptarse a su nueva y grotesca figura no le iba a ser fácil; aunque se sentía seguro de crear nuevos cuentos que rescatarían su bella imagen, tendría que ser un Adonis nuevamente, sabría buscar cuentos que le hicieran bien a su cuerpo y a su alma.

A sus noventa y ocho años Adoniser vive en un palacete, orgulloso de haber creado la academia de cuentos más grande del mundo y de fama ilimitada. En cada nuevo curso de formación de “Escritores y cuenta cuentos”; invariablemente impecable, como si fuera la primera vez, de lino blanquísimo, cuello “mao”, pantalones holgados..., comienza su discurso de recibimiento:

— ¡Muy buenos días! ¡Bienvenidos todos a la Academia de literatura más famosa del mundo! Comenzaré mi discurso relatándoles un bello y hermoso cuento: “Eran dos seres que parecían unos niños, a quienes la naturaleza mezquina solo les permitió estirarse, por

lo demás eran unos niños..., hasta sus almas eran ingenuas..., ambos padecían la misma enfermedad. Un galeno les dijo (...)”.

Terminaba su discurso con las mejillas empapadas de lágrimas; lágrimas que entristecían en cualquier parte del cielo a Hebeser en su perenne presencia, por el temor de que él solo no pudiera valerse por sí mismo; como también representaban el dolor de él por haberla perdido, a la vez que dichas lágrimas nutrían su rostro joven y terso, e impedían que su alma, aunque seguía siendo ingenua, volviera a estar vacía.

MUERTE DE NICASIO

Un veintisiete de diciembre en el pueblo se corrió el rumor que a la familia Molina le había sucedido una tragedia; había mucha confusión, se decía que habían muerto en forma misteriosa. En realidad se desconocían detalles de los hechos, se suponía que alguien los había matado, y hacía varios días porque el hedor que salía de esa casa era insoportable.

Todo fue muy aterrador e impresionante; considerando que esta era una familia pionera de un pueblo tranquilo, que con la cría y la agricultura había progresado mucho, y que los acontecimientos se produjeron en una fecha tan importante como lo es el mes de diciembre, en el que, como todos sabemos, se celebra el nacimiento del Niño Jesús, la venida del año nuevo, y no solo eso, sino que es una época que a cualquier edad remueve todo tipo de sentimientos: alegrías, tristezas, reconciliaciones. Cómo negar que también es una fecha de reencuentros familiares, de conocidos y visitantes; cuando las grandes ciudades quedan desoladas, porque la mayoría de su población la constituye gente del interior que se desplazan a la capital buscando progresar a través de estudios, trabajo y diversidad de objetivos, y precisamente en este mes retornan a sus pueblos a recargar sus fuerzas espirituales.

Esta tragedia le sucedió a una familia que la mayoría de sus miembros constituyeron un mal ejemplo para el pueblo de Nicasio; sin embargo, nunca habían caído en desgracia, porque siempre recurrieron a argucias, viviendo bajo la mentira, y para colmo, el destino les dio larga vida, lo que paradójicamente les permitió su progresivo y trágico final. Hasta lo que se indagó y se dice, fue en la mismísima tierra donde recibieron el castigo que se merecían por las monstruosas atrocidades que cometieron, burlándose siempre de las autoridades y por sus aborrecibles acciones que gente tan laboriosa y bondadosa como la de ese pueblo nunca mereció vivir.

“Algunos seres vivos regresan a sus originarios parideros a desovar y morir; pero, los que regresan a Nicasio solo vienen a joder y a quitarles la tranquilidad a los que nunca han salido del pueblo, porque traen muchas malas costumbres”. Eso lo decía la señora Miguelina Molina, la más longeva de esa ominosa familia, quien nunca salió, y a sus noventa y tres años el retorno de los que se fueron le arruinó su vida —según sostenía una de sus tres hijas, la única que jamás la abandonó.

Nicasio es un pueblo que aún no llegaba a las dieciséis décadas; sin embargo, parecía un hospicio grande, en el que entre los retornados —movidos por los instintos propios de los seres humanos a regresar a sus orígenes — y los que nunca salieron, sumaban viejos como arroz. Cada retornado era motivo de jol-

gorio, sobre todo, para los que ya habían regresado, porque venían con mucho que contar, con sus copos de nieve, rostros surcados y acento de la capital.

Cuando la tarde daba sus pinitos los porches de las casas de Nicasio se llenaban de viejos soporosos, con sus pieles quebradizas que ya no sudaban; guindados en sus hamacas, con las bocas desdentadas entreabiertas, cazando aire oloroso a flores: amapolas, margaritas y florecitas de muerto que crecían silvestres, apuradas por el sol entusiasmado para que el pueblo luciera adornado y perfumado. Allí reposaban ellos todas las tardes, ensayando el descanso eterno, el que negaban en brazos de Morfeo con sus regresos a la esperanza.

La señora Miguelina con su reticencia se resistía a ensayar el viaje, e inoportuna desde el pórtico y pegada a una baranda, perifoneando con sus manitas reseca, escupía sus barbaridades; escindiendo la tarde con sus con sus atiplados alaridos renegones, que avergonzados ya no querían salir a provocar el alud de despertares que perturbaban el ensayo del reposo eterno de los nicasientes, exclamaba: “¡El retorno de los que se fueron será el final de Nicasio, esos vienen con malas costumbres de la capital! ¡No los dejen entrar, regrésenlos! ¡Dios te Salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres...! ¡San Marcos de León, protégenos de esos malvados, mal paríos, ayúdanos a exterminarlos...!”

Eloína, la hija mayor de ella, la que tampoco en su vida salió del pueblo, por un ardid de la madre para no quedarse sola, súbitamente emergía de los encantos de su onirismo, y así, descompuesta, le decía con expresión ya muy gastada:

—Mi viejita, cálmate, ven, haz como todos y descansa.

— ¡Carajo!, ¡maldita sea el que inventó los hijos y el sufrimiento, si no fuera por esos dos, yo sería la mujer más feliz del mundo! —Profería ella.

Eloína la tomaba por la cintura, le sobaba un hombro y encariñándola la llevaba hasta su hamaca.

Un nuevo oloroso amanecer en el pueblo, las flores, en mutuo acuerdo, todas están abiertas. Se sentía el susurro de las aguas cuando la gente regaba sus jardines. Desde muy temprano las Molina estaban de pie: Miguelina siempre madrugadora, ya que por la edad dormía poco; y Eloína acostumbraba que antes de las siete ya había arreglado toda la casa, y quería tener primicias: “¿Quién tornó?, ¿quién murió? ...”.

— ¡Buenos días! —saludan desde la verja.

— ¿Quién? —preguntó Eloína.

— ¿No te acuerdas de mí? respondió el visitante.

— ¡Muchacho, si es Enderson!, pero que cambiado estás —exclamó ella al reconocerlo.

Miguelina zarandeó las pantuflas para levantarse de la poltrona donde estaba sentada, a la vez que preguntó:

— ¿Eloína quién está ahí?

— ¡Mamá es Enderson que te viene a saludar!

— ¿Quién es Enderson?

— ¿Te acuerdas del hijo de Chema?

— ¡No, no me acuerdo!, ¿qué quiere?

— ¡Que te viene a saludar!

— Mija con este cuarto tan sucio.

— No mamá, está arreglado, tú sabes que yo limpio la casa temprano.

— ¡Dile que pase pues!

— ¡Buenos días!, ¿cómo está señora Miguelina? —saludó el visitante.

— ¿Cuál es el interés en saber cómo estoy?, pa contale a todo el pueblo que estoy jodía. ¿Y cuándo llegaste? —le preguntó cambiando el tono de voz al final.

— Hoy, pero quería saludarla primero que a todos, porque siempre me acuerdo de lo buena que usted fue conmigo.

— Háblale fuerte que mamá oye poco, o se hace la sorda —le advirtió Eloína.

— ¿Y cómo se siente? —Insistió Enderson.

— ¡Bueno!, como una raíz, siempre echando pa bajo pa que otros surjan, y pidiéndole al diablo que me saque de estas tierras movedizas.

— No hable así mi viejita, eso se deja en manos de Dios.

— ¿Qué Dios, mijo?, eso lo decide una misma, no podemos dejar todo en manos de Él. ¡Bueno ya te

saludé!, déjame descansar, yo me siento muy enferma y no me provoca hablar.

— ¡Mi viejita, me alegro de verla!, que Dios le dé salud y mucha vida.

Se dirigieron hacia el pórtico. A Eloína la avaricia de conversar se le salía por los ojos.

— ¿Viniste a pasar navidad y año nuevo o te vas pronto?

—No, me vine definitivamente, la ciudad cansa y cuando uno está a esta edad, no se le hace fácil vivir tan agitado.

— ¿Y la familia?

—Eso es largo de contar, lo que te puedo adelantar es que ellos no piensan venirse, porque los muchachos nacieron y se criaron allá, y mi mujer por lo mismo.

—Por allí andan varios contemporáneos tuyos que han regresado, hasta Raquelito.

— ¿Quién es ese?

—La verdad es que nunca le supe su verdadero nombre, ni sé porque lo llamaban así, pero así se quedó y así lo conoce todo el pueblo. Él vivió en el norte más de quince años, gozando de la vida, sin tomar previsiones, llegó la crisis económica y tuvo que venirse; aunque dice que regresó porque Nicasio lo llamaba, y siempre añoró su olor y su tranquilidad. Yo creo que hay algo más, que ese hombre no vino bien, porque todo lo que veía y le recordaban le producía llanto; por ahí lo cargaban, casi como de burla; dígame

cuando vio que en aquello que llamaban Los Almen-
drones habían tumbado todos los árboles para hacer
una discoteca; el llanto se le oía en todo el pueblo y
la gente gozando, tanto así, que hasta lo llevaron a la
medicatura para calmarlo.

— ¿Y quién más de los que yo conozco ha estado
por ahí?

— ¿Te acuerdas de Michel?

— ¡No!

— El único de los Carrasco que no estudió...

Eloína llevaba más de una hora describiendo un per-
fil de casi todos los retornados, enfatizando que eso
le hacía daño a su mamá. Por eso comentó:

— Ella a veces se pone muy terca, y hasta problemas
me crea con la gente cuando grita “¡No confíen de
los que regresan, esos son unos fracasados, traen las
malas costumbres de la ciudad!”. Para mí que ella se
hace la loca para que yo le soporte sus impertinen-
cias. Ella se recuerda de lo más mínimo, de cosas que
sucedieron hace muchos años, y a veces me quiere
hacer creer que no sabe qué desayunó o si le arreglé
su habitación. El último tema que cogió es que nadie
la visita; “¡mi viejita, si la mayoría de esa gente con-
temporánea contigo ya murió!”, le digo.

— ¿Qué edad tiene tu mamá?

— ¡Mamá!, mamá ya va a cumplir noventa y tres, a
pesar de todo lo que ha sufrido.

— ¡Qué ha sufrido!

—Supongo que tú sabes lo que pasó con ella, y con nosotras.

—De verdad, no lo sé.

—Para que no lo sepas por boca de otro, yo te lo voy a contar y perdóname que te quite tanto tiempo, pero todas esas cosas horribles que nosotras vivimos nunca se las he podido contar a nadie y sé que al hacerlo me va a producir un gran alivio. Fíjate: mi papá fue militar; era capitán cuando le dieron de baja por tener mala conducta. A medida que pasaban los años él fue ascendiendo, pero por su propia cuenta, hasta que llegó a general. A los cincuenta y cinco años se casó por tercera vez con una mujer muy linda y de una familia de abolengo. De ese matrimonio nació mi mamá, una muchacha que a los trece años ya era una mujerona, más atractiva que mi abuela; bueno, señorita y todo, él se la sentaba en las piernas, le magreaba su cuerpo y le daba “besitos de padre”. A mi abuela eso no le parecía bien.

En una ocasión, él salió a hacer una diligencia y se la llevó para que lo acompañara, como siempre lo hacía; mi abuela, que ya desconfiaba, lo siguió hasta una casa de su propiedad, desocupada. Allí lo encontró cometiendo el incesto que ella sospechaba. No transcurrieron dos semanas cuando mi abuela apareció muerta, y que se había envenenado. Él se quedó viviendo en la casa donde sucedió lo del incesto.

En el pueblo se sabía que Miguelina vivía allí con él; aunque nunca la veían. Poco a poco fuimos apareciendo: yo, que soy la mayor, luego Vidalína y después Eudolína. Me recuerdo que cuando yo tenía unos seis añitos él nos sacaba a pasear a las tres; muy orgulloso, porque éramos unas niñitas muy lindas, como siempre nos has conocido.

— ¿Y qué decía la gente de esa situación?

—No decían nada porque le tenían miedo. Él hacía ver que era una persona de mucho poder, con buenas relaciones con el gobierno. Hasta se comentaba: “El general puede matar al que le dé la gana y no le pasa nada”. Y por su parte, él decía que: “Éramos nietecitas de su primer matrimonio, y que su hija quería que nos criáramos en Nicasio, con un abuelo ejemplar que tenía mucho que enseñarnos”. Las tres hermanas dormíamos en un solo cuarto; cuando yo cumplí trece años, papá abuelo me separó de ellas y me trasladó a la última habitación, muy bien decorada, “porque yo ya era una señorita”. Mamá sospechaba algo, porque cuando nos encontró, a mí no me pareció casualidad. Ella tenía la misma suspicacia de mi abuela. Cuando papá abuelo apareció muerto —envenenado—, mamá dijo, “se suicidó como mi mamá, que era prima de él, es una cuestión familiar, de herencia”. Lo dijo con una frialdad delatadora.

— ¡Eso que me has contado es sorprendente!, ve cómo se me paran los pelos, —interrumpió Ender— son impresionado.

— ¡Ay!, si tuviera tiempo para contarte los detalles.

— ¿Y tus hermanas, que eran tan bonitas, que se hicieron? —intervino él, para cambiar el tema que le resultaba tan escabroso

—Ellas se fueron a estudiar a la capital. Más nunca volvieron, a veces llaman; allá viven las dos. Algún día tendrán que regresar.

—No creo, porque si estudiaron, tienen su familia, su vida hecha...

— ¡Nool!, esas estudiaron, muy bonitas y todo; pero ellas se quedaron niñas viejas como yo, para vestir santos, pues.

—Pero, ¿por qué tomarían esa decisión?

—Bueno, mamá con sus argumentos de que “los hombres son peligrosos, con los hombres no se juega, son vengativos, solo buscan una cosa, hay que respetarlos”. Eso nos lo decía constantemente. Lo más traumático que nos dijo fue cuando yo, por tener el mayorazgo, la enfrenté y le dije que ya éramos unas mujeres y que, además, no estábamos haciendo nada malo, que por qué no podíamos tener visitas. Bueno, su respuesta fue: “No pierdan el tiempo, ¿qué hombre decente va a querer a una mujer producto de un incesto?, y menos realizado por su padre”. Nos daba en la mera dignidad, nos hacía llorar. Te juro que en esa época mamá no tenía un pelo de loca. Un día le dije: “mamá, Dios te va a cobrar por todas esas co-

sas que nos haces”. Su respuesta fue: “¿Cómo me va a cobrar?, si me hizo pagarle por adelantado, ¿acaso que este sufrimiento es qué?”.

Él sentía que un minuto más que ella siguiera contando las cosas de su mamá y él se iba en llanto. Por eso su pregunta:

— ¿Y quién más de los que yo conozco ha regresado? El teléfono repicaba y Eloína, hablando hasta por los codos, obcecada en su conversación, no lo escuchaba.

— ¡Atiéndelo que son tus hermanas, y si no son tranqua que aquí más nadie tiene que estar llamando! —Le gritó Miguelina desde su habitación.

— ¡Permiso!, yo creía que esa señora estaba dormida.

— ¡Buenos días, con quién hablo! ¿Quién? —Preguntó antes de reconocer la voz— ¡Vidalína, mi hermana!, ¡ay!, ¡qué alegría!, y ¿cómo están por allá?

—Nosotras bien, solo bastante preocupadas por lo que nos has contado de mamá. Vamos para allá a pasar diciembre completo y parte de enero, porque, por lo que nos dices, no creemos que mamá pase de este año, y queremos estar con ella.

— ¡Vidalína!, no busquen tan desconsideradas excusas.

—Lo importante es que vamos para allá mi hermana. Muchos saludos a mamá y que estén muy bien. ¡Hasta luego!

—Vidalína, me avisan un día antes de la salida. ¡Adiós!

—¿Qué te dijeron esas? —le preguntó Miguelina.

—Que vienen, déjeme terminar la conversación con Enderson y le cuento.

—Vaya rápido, que en cuanto ese hombre se marche, tenemos que hablar.

—¡Sí mamá! —contestó ella en tono nervioso.

Como a los quince minutos, ella volvió a la habitación, y antes de entrar, Miguelina le preguntó:

—¿Ya se fue el hombre ese?

—Sí mamá.

—Bueno, venga para acá, que tenemos que hablar.

—Ya me lo dijo, me baño y hablamos.

—¡No señor, es ahorita, de una vez!

Eloína se sentó en la silla de siempre, frente a la cama de su mamá.

Ella comenzó con voz nítida y fuerte:

—¿Dígame usted, desde cuándo se le cuenta a extraños nuestra vida privada; más aún, a cualquiera que viene por ahí a buscar chismes?

—¡Pero mamá!, Enderson es un hombre serio que no anda en esas cosas. Las personas de la ciudad no tienen tiempo para habladurías.

—¡Quién le dijo eso a usted!, ese hombre viviría en la capital, pero es de aquí, y la gente de Nicasio es chismosa de nacimiento y son así hasta la muerte.

Está muy mal lo que usted hizo, yo no la enseñé así; una se esfuerza tanto en la crianza de sus hijas y ellas hacen que les da la gana. ¿Cómo reparamos eso ahora? —Y la cacheteó...

—Mamá, te lo juro que no lo vuelvo a hacer —respondió ella, con llanto pueril, como una niña de cinco, a sus setenta y nueve.

—¿Y qué te dijeron esas?

—Que vienen a pasar diciembre con nosotras.

—Esas son las consecuencias, tú no sabes hablar de otras cosas por teléfono que no sea de las enfermedades que tú deseas que yo tenga, ¡y ahí está, ahí vienen las pendejas esas a mi entierro! ¡Nos iremos juntas!

...Las hijas de Miguelina llegaron en su propio coche, estaban tan sorprendidas por los progresos del pueblo, que no les parecía que estuvieran en Nicasio. Hicieron su entrada a la hora en que el olor a flores era más intenso.

Ella las esperaba en el pórtico, sentada en la poltrona que le regaló el general en su tercer parto. Su renitencia la hacía lucir veinte años menos. Se levantó para recibirlas, erecta y con movimientos que fueron propios de su juventud. En su redaña se soslayaron los rencores, dando flujo desbordado a los instintos maternos. Ellas, por su parte, hicieron lo propio; venían vestidas como se visten las mujeres maduras y coquetas que vienen de la capital; con sus pelos muy

bien peinados, su vestimenta llamativa, perfumadas, sus acentos al hablar, enjoyeladas...

A pesar de la euforia por el reencuentro, Vidalína y Eudolína sufrieron simultáneamente un dejo de sorpresa; esto no era lo que les había contado su hermana. Fue una engañifa, porque su mamá parecía la hermana menor de ellas, hablaba coherentemente y muy lúcida.

Miguelina comandaba el reencuentro largamente esperado. Todo era felicidad, parecía que ayer sus hijas habían salido de Nicasio; habría fiestas decembrinas por la puerta grande, como debía de ser. El debut y despedida que la mente de ella albergaba se disipaba entre fuerzas de alternancia que creaba la incertidumbre propia de lo catastrófico. Fuese lo que fuese, había que programar lo festivo de la reunión, no se le podía dejar al azar lo bueno que sucediera. Harían muchas cosas, pero el pernil de cochino y el coctelito tenían que ser de la responsabilidad de Miguelina, bajo el argumento de que para el pernil, ella, y solo ella tenía la sazón; y el coctel, era un secreto personal. Eloína tuvo la idea de invitar a un grupo de amistades de toda la vida, que harían de la reunión un manjar afectivo.

La madre expresó alterada:

— ¡No señor!, aquí no habrá ningún bochinche, menos con hombres, esos son peligrosos; bueno, per-

dón, el único invitado será Enderson, quien ya es como de la familia, por todo lo que esta lengua larga le contó.

Cuando Eloína le participó a Enderson de la invitación, le contó los detalles de la llegada de sus hermanas, resaltando que le notó un dejo de malicia y de extrañeza a su madre, quizá porque la conocía tanto sospechó que algo oculto intuía.

Miguelina y Eloína estaban preparadas desde las seis de la tarde del veinticuatro de diciembre, a las nueve de la noche llegó Enderson; vestía elegante, como se visten los hombres en la ciudad capital en ocasiones especiales. Sus hermanas, apenas entraban al baño. La mesa estaba vestida con adornos de navidad y algunos toques de medio luto en las servilletas y los forros de las sillas; lujosos juegos de platos, cubiertos y copas que no se usaban desde hacía muchísimos años, por eso olían al general; toda la comida muy bien presentada y extremadamente apetitosa.

Dos anfitrionas y tres visitantes ocupaban parte de la totalidad de la mesa. Era ostensible la diferencia entre la gente de la ciudad y las de Nicasio. Miguelina seguía dirigiendo la reunión. Anunció que daría un discurso, y comenzó:

— ¡Buenas noches!, hoy celebramos una velada muy familiar. Sea bienvenido este señor, quien ya es un miembro más de la familia: ¡unido en una sola carne, hasta la eternidad! Este encuentro, más que un

renacer, lo nomino un desnacer. Pocos cenan para un reencuentro con Dios. —En susurro indiscreto, Eudolína, que simulaba acomodar una de las servilletas de tela morada a medio caer, musitó: “Mamá está más loca que una cabra”— Tarde o temprano alguien se ocupará de nosotras. Que las penas se ciernan sobre nuestras conciencias para que estos genes pasen a otras formas de vida. Esta noche, de nacimiento opuesto, nos libraremos del vergonzoso y prolongado tránsito vital. Dios nos comprenderá. Abracémonos con tal fuerza que podamos resarcir los abrazos que en mucho tiempo dejamos de darnos, un apretón que nos levite al cosmos en infinita unión. ¡Buenas noches!, ¡buen provecho!, ¡feliz navidad!

No les quedó más que aplaudir las aparentes desjuciadas incoherencias de Miguelina y responder simultáneamente en coro:

— ¡Feliiz navidaaaaad!

La cena comenzó con un ánimo extraño; ahora parecían cuatro hermanas con un forastero, Miguelina estaba en constante movimiento, de la mesa a la cocina y de la cocina a la mesa. Eudolína dejaba poca oportunidad a los demás para hablar, con su relato estereotipado del viaje que hizo a España treinta años atrás y la sorpresa que su figura había producido en todos los españoles. Enderson se limitaba a decir: “¡Y entonces!”. Lo que era suficiente para hacer a Eudolína más verborreica aún. Vidalína en cuanto pudo

tomar la palabra, evocaba una lista de nombres y apellidos, con un ligero perfil descriptivo de los hombres que la habían pretendido, terminando siempre en un: “¡Gracias a Dios!, que no me casé, porque ninguno servía para nada”.

La exquisita sazón del pernil fue avalada por todos, por lo que era necesario repetir, bajo el verbo sugestivo y persuasivo de ella, la autora de tan prestigioso logro, y no solo eso, sino la obligación de tomarse el coctelito: “una ética exquisitez”.

Transcurriría media hora, aún no había nacido el Niño Jesús, cuando Enderson, por temor a hacer el ridículo porque se sentía mal del cuerpo, se despidió. Inmediatamente Miguelina comenzó a llevar a sus hijas, una por una, a sus respectivas habitaciones, porque casi se dormían.

Como a las tres de la madrugada, un grupo de jóvenes que regresaba de la Misa del Gallo encontró a Enderson tirado en una acera, medio cuerpo colgaba hacia la avenida, su cara y su lujoso traje enchumbados de un vómito oscuro que contenía restos de alimentos mezclados con un líquido rojo con rancio olor a alcohol, medio digeridos..., musitaba aparentes incoherencias, pero realmente repetía detalles de los hechos sucedidos, muy difíciles de ser comprendidos por los que le escuchaban. Los jóvenes lo llevaron hasta un ambulatorio de salud. A los tres días, sobrevivía, pero fue necesario trasladarlo a la capital, porque su vida

corría peligro. Según los médicos, había ingerido un poderoso veneno.

Esa misma mañana en que se lo llevaron Nicasio se volcó hacia la casa de Miguelina. Frente al pórtico una furgoneta ululaba. Cuenta la gente que fue un hallazgo horrendo, que los hedores que salían eran insoportables. Miguelina, con la misma vestimenta de la Noche Buena, bizarramente pintada, ojos desorbitados, con una extraña y perversa sonrisa, ayudaba a los paramédicos a sacar de la casa los tres cadáveres de sus hijas. Inmediatamente ella desapareció. Se supone que en aquella confusión de esa mañana del macabro hallazgo escapó hacia algún lugar no precisado, también se dice —que es la mayor posibilidad, porque alguna vez se le escuchó comentar de cómo sería su muerte— que se lanzó al único río de Nicasio, para ahogar sus culpas y terminar con su vida como lo hicieron algunos de sus ancestros.

En el pueblo no hubo más diciembres ni retornados, los pocos pobladores —predominantemente en edad senil porque los jóvenes desaparecieron como en estampida— que quedaron lo que hacían era hablar de la muerte de las Molina, inexplicablemente se morían diariamente de dos a tres seniles, y el auge que tuvo el pueblo meses atrás fue en franco retroceso.

Los últimos en abandonar Nicasio decían que por las noches se oían llantos y la voz de la vieja Miguelina retumbaba en lo quedaba de pueblo, acusando y dán-

dole órdenes a Eloína. Todas las casas abandonadas característicamente estaban olorosas y cubiertas por florecitas de muerto.

EL TORMENTO DEL DR. COVEY

Después de haber agotado todos los recursos imaginables para solucionar sus graves problemas existenciales, sin lograr siquiera un consuelo a lo largo de todo el tiempo invertido en tantos intentos frustrados, no ha tenido aún la suficiente cobardía para acabar con todo de una vez, y poner fin al intenso sufrimiento que lo embarga. Solo le queda el mezquino aliento de su última fantasía esperanzadora con la que cree podrá salir de este suplicio en el que se encuentra sumergido.

A las seis de la mañana, hora no acostumbrada por él, llegó a la Torre Covey. Desde su pent-house, el más lujoso de toda la capital, con su mirada domina la gran ciudad, y desde allí gerencia una de las empresas más importantes del mundo, la que concibió en apenas dieciséis años de trabajo continuo; debiendo incluir doce corporaciones más logradas simultáneamente, siendo el socio más importante de cada una de ellas. Aunque hoy solo trabajará dos horas, porque realizará un viaje con destino incierto, llegó vestido impecablemente como siempre acostumbra, sin que se le escape un detalle. Lo visten los más famosos modistos europeos, salvo las corbatas

de lazo y las camisas, que se las confeccionan en una de sus empresas.

En reunión de la plana mayor de su corporación más importante anunció el súbito viaje; solo él sabe de los intrínquilis de sus planes. Planteó que era una cuestión muy personal y que, por ahora, se reservaba los motivos; pero pronto tendrían buenas noticias. Entretanto sus empleados decían: “es un viaje a Europa para visitar a sus familiares, ya lo ha hecho en años anteriores”. Otros hablaban de “la boda del burgués más apeteído de la gran metrópoli”, y muchas otras cosas que a toda voz se comentaban en los pasillos de la Torre Covey. Las responsabilidades durante su ausencia fueron asignadas en la mayor armonía, sobre todo porque se respetaron jerarquías y antigüedades.

La realidad del viaje es que hoy juega su última carta, con la intención de cambiar su vida, de la que está agobiado por lo bochornoso de sus permanentes recuerdos e irónicos onirismos incisivos y reiterados de ese pasado que obsesivamente le tortura y le hunde en un abismo del que no puede emerger. Su desdicha solo la sabe él, lo que hace más intenso su tormento. No entiende como habiendo partido de la nada, con una vida pasada llena de traumas, luchas, frustraciones, y luego, apenas en su adultez joven, haber alcanzado un rotundo éxito económico y empresarial, ni aun así logra calmar su desdicha. Su único aliciente es solaparse en los tóxicos, los que en momentos le

permiten no saber de nada, de nadie, ni de sí mismo; logrando solo posponer su tormento; porque las esperanzas de reconstruir su vida en los divanes de los psicoanalistas fueron en vano. Ya le repugnaba el gastado discurso: “Son fijaciones a etapas no superadas de su infancia. Se detuvo usted en la fase anal. Son múltiples duelos mal elaborados. Debe reconstruir su vida psicológica...”. ¿Y qué?, si ellos solo parafraseaban lo que él mismo les contaba de su vida, dedicándoles horas y horas, sin que esto le produjera alguna mejoría.

El doctor Audrey Covey —nombre de este exitoso empresario —, a sus cuarenta y un años, concluyó que “solo si volvía a nacer podía reconstruir su vida, y que el dolor de cabeza del que nunca habían podido determinar su causa, como igualmente la permanente angustia y el estreñimiento crónico, todos se habían originado en las traumáticas monstruosidades vividas en su infancia”. No ha acabado con todo de una vez, porque sabe que Dios no se lo perdonaría. Viajando por el mundo llenándose de miles de experiencias y nuevas vivencias de nada le ha servido; contrariamente, a cada día se siente más desdichado, pese a que su mente agotada y desesperada buscando solución a su martirio, produce cosas tan originales que rayan en el exabrupto.

El día anterior a la reunión, bajo efectos de tóxicos, alucinaba y veía como volvía al pueblo donde nació,

el mismo que tanto odiaba y despreciaba, y con una llamarada que salía de su boca, emulando a un dragón, destruía todos los sitios donde vivió la sórdida miseria que le torturó y lo marcó por el resto de su vida. Veía como el rancho ardía, El Hoyo desaparecía, los gusanos se retorcían en muerte lenta, las brujas se desintegraban en pedazos, al igual que exhumaba los cadáveres de sus familiares para darles un entierro digno, como se lo merecían, y se daba una vida de rico en el propio pueblo donde vivió tantas penurias. Estaba impregnado de esos recuerdos que se ataron a su mente en forma irreductible; de allí cristalizó la idea de llevar a cabo su fantasía, como último recurso por agotar, para acabar con ese pasado sombrío y tormentoso que le escinde su vida, impidiéndole tener siquiera una gota de felicidad, pese a ser un hombre infinitamente adinerado.

Ese día tan anunciado no pudo realizar el viaje programado, porque los impulsos incontrollables lo obligaron a drogarse nuevamente a manera de despedida: “será la última vez” —juró—; como otras tantas veces se lo había prometido él mismo. En este momento el doctor Covey está absorto en la inmensidad de su lecho, en sus caprichos, escapándose de su pasado, sin ojos ajenos que lo perturben, ni siquiera los de él mismo, que no entienden lo que miran; siente como las paredes oblongas de su mansión se le acercan y se alejan, se le vienen encima; él eleva ambas manos

para contenerlas, suplicándoles en insulsa plegaria que no lo aplasten. El centelleo de colores de todo lo que le rodea le ciega, los que solo percibe por el olfato, o, más bien, por los oídos que a su vez inventan una música estruendosa que lo excita hasta aturdirlo. No hay testigos, solo están: el etanol, el ácido, él y su locura; sin nadie quien los controle, elevándolo a lo etéreo de su cosmos personal. Después, en su desvarío, sin conciencia de sí mismo, cree haber logrado, al menos por unas horas, el cese del acoso y la tortura de ese pasado que no lo deja vivir, que lo reduce a la nada; y él, allí, en su fatal existencia, sufriendola indefenso. En su amancillamiento el doctor Covey es un ser atormentado, sin poder emerger de ese abismo y desde el fondo del mismo, envuelto en llanto, exclama: “¡Maldita sea mi vida!, ¡maldito pasado!, me marcó para siempre, hubiera preferido haber acabado con todo en mi niñez”. Luego se arrepiente, recapacita, le da nuevas fuerzas a la decisión tomada y vuelve a romper el silencio de la mansión gritando: “¡Por mi madre insepulta que no lo vuelvo hacer!”

Avanzada la noche del día siguiente comenzó el viaje, sin saber si Quiripitar, el caserío donde nació, vivió su niñez, parte de su adolescencia y de donde salió hace veintiséis años, aún existe, porque más nunca quiso saber de él, pero tampoco tenía idea en qué parte de los recovecos de su cerebro podía estar oculto, porque esa fue la orden que le dio a su conciencia:

olvidar. Él mismo manejaba, no había otra forma, era necesario prescindir de su chofer, porque se trataba de algo muy privado. Tuvo que detenerse varias veces en la que creía ser la carretera que lo llevaría a su destino, a preguntar a dónde dirigirse, porque todo estaba muy cambiado y le resultaba desconocido y consecuentemente difícil de ubicarse.

Durante el viaje, en su mente recorría todas las etapas de su vida anterior, lo que lo hacía pensar desesperadamente en las drogas, varias veces deseó regresarse. Era una lucha interna incierta, difícil de ganar. Simultáneamente afloraba su otro yo, el obsesivo y desproporcionadamente responsable, el de la rectitud, que le dictaminaba que una decisión de tal magnitud como la que él había tomado no tenía vuelta atrás, por lo que debía llevar a cabo el plan que tanto tiempo le llevó trazarse. Se sentía un ser asimétrico, que había crecido mucho en lo material; pero habitaba dentro de él un alma vacía y un ser amor al que no le dejaba vivir en paz; aunado a ello el hecho de no tener el calor de un hogar bien conformado, estaba vacío de afectos y lleno de nuevos dolores y frustraciones.

Al llegar al pueblo, ya con el amanecer, estaba sorprendido, porque casi todo le era novedoso. Gradatamente, era una pequeña y bella ciudad donde se palpaba el progreso y aunque había un nuevo y extenso cinturón de pobreza, no quedaban huellas del caserío donde él se crió. Como que si era otra

ciudad, de la que desconocía por qué no se había enterado de su existencia.

A primeras horas de la mañana, estaba alojado en el mejor hotel del pueblo. Desde el quinto piso, la ubicación de la suite que escogió, disponía de un bello panorama de casi toda la ciudad; su mirada se desplazaba en semicírculos, hasta que se detuvo en unos silos abandonados; no tuvo dudas de que allí existió la casucha, El Hoyo y la callejuela donde él vivió, que si bien no eran visibles literalmente, afloraban de los escondrijos de su memoria; inmediatamente la piel se le coloreó de fatalidad y tristeza, un dolor quemante invadió todo su pecho; cuando su cuerpo estaba a punto de estallar, emitió un grito desgarrador que partiendo de la base de sus pulmones se oyó hasta en las afueras del pueblo. Se recordó que en algunas de las consultas siquiátricas a las que asistió, le dijeron que eso se llamaba “el grito primario”, que era muy importante para curarse de los males síquicos crónicos. Él quería expulsarlo todo, porque intuía que cualquier partícula de ese monstruo de tristeza o rencor que quedara en su alma se reproduciría y todo volvería atrás.

Continuaba observando y poco a poco lo fue inundando una sensación extraña que lo llevó a un estado de trance. En su mente comenzaron a desfilan imágenes que durante muchos años estuvieron secuestradas, que emergían de ese sitio de su cerebro donde

estaba aposentada la huella indiscreta de su pasado; sintiendo el odio en su rostro afligido de la vergüenza que no puede ocultar: “la de haber vivido tan extrema y profunda pobreza, como él nunca le ha conocido a otro ser humano que haya transitado sobre la faz de la tierra”, cuyo recuerdo incansablemente lo persigue y le tortura en sus sueños, en sus intoxicaciones, en cada minuto de su vida. Las vivencias de la escuálida y polvorienta hilera de ranchos de bahareque, con sus uniformes barrocos, sombreros de cataratas, la callejuela de granzón, vacías e indefinidas remembranzas con pesadas nubes de tristeza posadas en todas partes. Con sus ojos llenos de lágrimas, evoca con nitidez el rancho donde se crió, el mismo que rompía la uniformidad de los otros ranchos, con tal fealdad que llamaba al desprecio; que en su interior era solo un espacio sucio, sin piso, salvo la tierra; de fogón apagado y esteras pútridas, raídas y dispersas. Allí vivió Benjamín —este era su verdadero nombre, el que le puso su madre, Teófila a los dos años después de haber nacido, porque él era su benjamín— su desesperada y traumática infancia, como actor y espectador de miseria, con mocosos mayores que él destrozados por las carencias y el abandono. Allí se sentía como un extraño, como que no era uno de ellos. Maldecía la hora en que le tocó nacer y vivir en ese rancho, ¡precisamente en ese!; a sabiendas que sus gustos, su forma de hablar y hasta de ataviar lo

poco que tenía: “eran diferentes”. La madre también vislumbraba que él no era de allí, y por eso lo protegía excesivamente.

La vida afectiva de Benjamín transcurría entre la escuela y El Hoyo. En la primera podía sentir lo que suponía la felicidad, a pesar de que nunca llegaba a superar su tristeza. El segundo no era ningún hoyo, era un sitio que alguna vez lo fue, ocupaba parte del traspatio, rodeado de maleza y grotescos árboles. Allí habían colocado unos cabríos que servían de apoyo en aquel lodazal para hacer sus necesidades, y, en el mismo sitio, un tambor metálico lleno de agua que servía para asearse. Fue El Hoyo el que taladró más profundamente su frágil mentecita; al que no se podía ir de noche porque allí dormían las brujas, las mismas que le chupaban la sangre a Teófila. Él presenció desde su estera muchas veces durante las tormentosas noches las espasmódicas sacudidas del cuerpo de ella, con los ojos en blanco, desorbitados y desviados, con espuma sanguinolenta en la boca, ronquidos y chasquidos, mientras ellas le chupaban todo su cuerpo. Al día siguiente de la llegada de las brujas, a la madre se le veían los moretones en las piernas, los brazos y hasta la lengua se le veía rota. Ella no se recordaba de nada. En ese mismo sitio había miles de gusanos que no tenían más de un centímetro de longitud, de color nacarado aceitoso, con una suerte de anillos y dos cabezas, una en cada

extremo. En época de lluvia, infinidad de ellos flotaban en aguas pútridas del traspatio; en sequía, salían a montones a morir lejos de El Hoyo, y se les veía reptando hacia el rancho. Él pasaba largas noches de insomnio y sufrimiento, con los ojos fuertemente cerrados, cubriéndose su carita con un harapo, al que se aferraba esperando que los gusanos se fueran o se murieran, de lo contrario le chuparían los ojos o se le meterían por sus orificios naturales.

Así fue su infancia: sintiendo a las brujas, sin poder dormir, conteniendo sus necesidades, el pecho hinchado por la angustia, el corazón en la boca y el estómago rabioso ardiéndole de vaciedad. “¿Cuándo pasará esto? ¿Cuándo salgo de aquí?... ¡Dios mío líbrame de este tormento!”. —Imploraba Benjamín—. Ignoraba que: entre la pérdida de sus padres, el rancho, El Hoyo, los gusanos y el hambre le marcarían la vida en un poco a poco, en un día a día y por siempre. Cuando él apenas tenía siete años, la madre salió a parir otro mocoso y en el intento murió. No hubo quien fuera a retirar sus restos. Benjamín, a su corta edad, lloraba sin consuelo por la pérdida y la frustración de no poder enterrarla. Necesitó un minuto más de la vida de ella para pedirle perdón por haberla hecho llorar cuando la responsabilizó de su hambre; con sincera inocencia golpeó sus sentimientos en la ocasión en que le preguntó: “¿Por qué Dios me dio una madre tan pobre?”. Ella estalló en llanto y le res-

pondió: “Hijo, nunca más me vuelvas a hablar de esas cosas que tanto me hieren; un día, por mis consejos y tus propios esfuerzos, tendrás todo lo que me pides y yo ahora no te puedo dar”.

Después de la muerte de la madre, él tiene un claro recuerdo de cuando su tía lo llevó a vivir con ella. Son vívidos los momentos en que lo mandaba al jagüey a buscar agua. Nunca aprendió a mantener en equilibrio la pimpina en la cabeza, sus piernitas desnutridas no resistían la escalada y el agua se le derramaba. La tía por esta razón lo castigaba, tomándolo por el cuello le golpeaba la débil cabecita contra una pared de bahareque; castigo que él, impotente, tenía que soportar.

Cuando apenas cumplía quince años culminó el bachillerato, tenía que decir el discurso de los graduandos por haber sido académicamente el mejor; lo que más le alegraba era que: “había llegado la hora, saldría del rancho, de la tía... todo quedaría atrás, en el olvido”. Ya albergaba la idea de que nunca más volvería a ese caserío, estaba seguro de que vencería en la vida, llegaría muy lejos, conquistaría el mundo; así como paradójicamente los juguetes de su niñez, el entierro de la madre, las comodidades y todo lo demás, llegarían tarde.

Al salir del caserío, solo hubiera querido llevarse su morral lleno de las más prometedoras esperanzas y la imagen de la reina del liceo, la que fuera su novia,

aunque ella nunca lo supo; pero, lamentablemente: “todas las vivencias traumáticas ya estaban albergadas en el morral, mucho antes de que él se lo imaginara”. Entendía Benjamín, que el mundo gira y a cada vuelta se lleva y trae cosas diferentes; por eso no quería estar fijado a nada que le atara a su pasado, ni siquiera recuerdos, menos rencores; tendría que sepultarlos o expulsarlos de su vida, si ellos quedaban allí, indemnes, no solo serían su pasado; sino, también, un perenne presente, su futuro, su tortura, su desgracia. Él lo sabía.

Su vertiginosa vida era incomprensiblemente admirable, apenas a sus veinte años, simultáneamente, había culminado dos carreras: leyes y economía, siendo el mejor en ambas. Fue en esta época cuando decidió cambiarse legalmente de nombre y apellidos, buscando borrar su pasado aterrador. Todos los triunfos los lograba sin muchos esfuerzos, todos sus pasos eran exitosos; quizá su intuición, su inteligencia o algo superior a la suerte le acompañaba. ¡Todo llegó tarde!, el destino se burló de él, cuando necesitó una miseria para enterrar a la madre, dar de comer a los hermanos, llenar su estómago, era un impotente infante que nada podía hacer ni siquiera para aliviarse a sí mismo. En su vida adulta, de rico, no había una noche que no fuera una tortura; cuando no era por las drogas, era por los sueños, de los que despertaba sobresaltado, lleno de angustia, de frustración; con los ojos enla-

grimados veía borrosamente y repugnado su lujosa mansión con numerosas habitaciones vacías destinadas a la madre, a su tía, muertas de carencias y sufrimientos, y a sus hermanos, de los que más nunca supo, quién sabe las que estarían pasando en donde se encontrarían. En los sueños menos tormentosos él se ve como el imberbe inerrante y retador, de bolsillos vacíos, penetrado por miradas de desprecio, de lástima o de admiración de sus compañeros de universidad. Él, con su sonrisa fingida, la de los placeres pospuestos, impertérrito, no se amilanaba; más bien se enaltecía y arreciaba su enigmática personalidad, se sentía que era intelectualmente superior; a la vez que urdía: “su futuro de éxitos”.

El segundo día en su pueblo natal, deambulaba con destino incierto, nada le calmaba, sentía las calles vacías, nadie lo reconocía, y él, por su parte, se negaba a reconocer a alguien. Lo que realmente buscaba no existía, todo le era muy doloroso, sentía ganas de desaparecer, era como que si él tampoco existiera.

Al quinto día, ya no aguantaba más tantas noches de inconsolable llanto, sus esfuerzos por permanecer allí se recomfortaban con el olor a tierra seca, a flores, frutas tropicales y algunas pintorescas calles del pueblo que le producían cierta tranquilidad, lo que a su vez le aliviaba un poco su tristeza. En otros momentos se sentía masoquista, no entendía que hacía en un sitio donde las horas y los días se le iban en puro

llorar y expiar sus penas, sin encontrar lo que buscaba, y donde el deseo de consumir sustancias afluía merodeando en forma amenazante.

El recuerdo de las imágenes vividas en su última intoxicación, donde destruía todo con el fuego que salía de su boca, no se apartaba de su mente. Hasta ahora solo sabía dónde había estado El Hoyo y el que llamaban el Cementerio Viejo, donde suponía que se encontraba la tumba de su tía. Cuando la ubicó, comenzó a pensar diferente: “ella no tuvo hijos ni a más nadie a quien proteger, solo a mí; si no hubiera sido tan rígida, tan exigente y con el deseo de hacer de mí un hombre perfecto, no permitiéndome jugar como lo hacían los otros niños o que me enamorara..., mi vida era solo estudiar; de no ser así, quizá, nunca hubiera llegado a ser alguien en la vida. A pesar de los injustos castigos que ella me infringía, en el fondo no había mala intención, solo que ella en su ignorancia creía que lo hacía bien”.

Sus infalibles planes seguían sobreponiéndose a su dolor y a sus impulsos, en apenas una semana había creado una empresa que haría exploraciones petroleras en el área de los silos abandonados, donde muchos años antes se hicieron las primeras inhumaciones del cementerio viejo, y adquirió varias fincas para la siembra de café y cacao. La primera propuesta le resultaba bastante beneficiosa económicamente a la alcaldía; aunado a ello el compromiso de que si los resultados

eran negativos, en esa área se haría una bella plaza, con monumentos que enaltecieran a los fundadores de la ciudad. Solo en lo que fue El Hoyo se encontró material parecido a petróleo, pero con el hedor que de allí emanaba se descartaba toda posibilidad.

Luego se hicieron las exhumaciones de las primeras parcelas, para enterrar los cadáveres de los fundadores del pueblo en un camposanto decoroso. Para todos los curiosos que observaban los desenterramientos, fue sorprendente ver como uno de los cadáveres extraídos se mantenía intacto; como que si lo habían enterrado ayer. Era el cadáver de Teófila, que esperaba por un sepelio digno y honroso. Nadie tenía la más remota idea de quién era esa persona, lo que llamó mucho la atención fue que cuando el doctor Covey la vio, salió corriendo hacia su carro y no se supo más de él por el resto del día. Gimoteando llegó al hotel y se echó en su cama en posición fetal a llorar como un niño desesperado, inconsolable, sin saber que parte de su cuerpo apretarse para calmar el intenso dolor.

Al día siguiente, el doctor Covey caminaba las calles de la ciudad con la cara hinchada; extrañando los tóxicos, sus empresas, el tráfico, la muchedumbre, el ruido y las comodidades de la metrópoli; pero simultáneamente sentía que flotaba, como que se había quitado un peso de su cuerpo, era como otra persona. En la noche, por primera vez, se atrevió a acer-

carse a la tasca-restaurant del hotel. No era nada sencillo como parecía lo que pretendía hacer, significaba enfrentarse a la prueba de fuego, porque bien sabía que después del tercer trago —era su detonante— el impulso a consumir drogas era incontrolable. Él confiaba en que saldría airoso, porque, por primera vez frente a ella, aunque fuera su cadáver, así se lo había prometido a su madre Teófila. A las diez de esa misma noche, la tasca reventaba de tanta gente que llegaba a libar, comer, compartir. Él se sentía tranquilo de que nadie se recordara del alfeñique paliducho y mal vestido que salió del caserío veintiséis años atrás. Le llamó poderosamente la atención una de las mesas más concurrida —no tenía dudas que era una reunión de empresarios a las que él estaba acostumbrado—, presidida por una joven y bella dama, enchaquetada, muy enjoyelada, cuyo rostro le parecía conocido. Le bastaron dos gestos de ella para retrocederle treinta años, no estaba seguro, pero esa era Lilibeth, la otra reina del liceo; sorbió un trago con mayor avidez, quiso gritar su nombre, pero así como había aprendido a contener la rabia y el dolor, supo contener su exultación. Lo único que se le ocurrió para acercarse a la mesa —puesto que no estaba acostumbrado a abordar a nadie de esta manera, le parecía irrespetuoso— fue preguntar:

— ¡Buenas noches!, disculpen la interrupción, ¿es esta la reunión del viceministro de la cultura?

—No señor, esta es una reunión de la alcaldía... ¿no es usted el que dirige las obras de la plaza y del cementerio? —le observó la dama que presidía la mesa.

—Realmente soy el responsable económicamente, pero la dirigen los conocedores de la materia. ¡Mucho gusto!, Audrey Covey —se presentó.

—¿Si desea acompañarnos mientras comienza su reunión?, ahora o más tarde, porque después que conversemos algunas cosas de trabajo, estaremos celebrando mi cumpleaños, que comienza a partir de las doce —le dijo la señorita Lilibeth.

El doctor Covey se turbó.

—Bue...bueno, les voy a acompañar porque de verdad ellos debían estar aquí desde las ocho..., algún retraso del vuelo, sucede con frecuencia.

El doctor no podía ocultar la emoción, sí era Lilibeth, uno de sus compañeros le había dicho “la señorita”, estaba de cumpleaños y lo invitó personalmente. El tiempo celestino fue presuroso..., hasta bailaron. Ella le confesó que él le parecía a una persona conocida, pero que no podía precisar, aunque en su fuero interno esperaba que toda la verdad saliera por iniciativa personal de su propia boca; al fin, ¿cuál era el problema?, o a lo mejor estaba realmente confundida. Todo el grupo de la mesa estaba sorprendido al observar una conducta no acostumbrada en la señorita Lilibeth; una solterona empedernida, con dinero

hasta más no poder, que todos se morían por apenas una sonrisa de ella, y ahora se comportaba de lo más extrovertida y feliz, y para colmo, con un extraño que apenas acababa de conocer.

Quedaron en llamarse. El doctor Covey no pudo dormir en toda la noche de la intensa emoción y felicidad que le producían tantas cosas buenas al mismo tiempo; al fin le había llegado el momento esperado, pero faltaban muchos aspectos por desvelar. Al día siguiente, muy temprano, la llamó y la invitó a cenar.

El reencuentro fue en un lujoso restaurant. Él le contó partes de su vida, le habló de sus éxitos en la capital, de su familia dispersa en países europeos, a las que visitaba por lo menos dos veces al año. También le expresó lo maravillado que estaba con la ciudad, que trasladaría hasta acá alguna de sus empresas, porque, de verdad, se sentía enamorado de esta pequeña metrópoli; además, ya tenía cuarenta y un años y estaba decidido a formar su propia familia y a estabilizarse.

Ella, que escuchaba muy atentamente, le respondió:

— ¡Imáginese!, que puedo decir yo, que tengo su misma edad y estoy soltera, pero con la desventaja de que soy mujer; una debe de tomarse su tiempo, pero no tanto, y no es por falta de pretendientes, sino que simplemente no es fácil, es un paso muy comprometedor con el que no se puede jugar, las personas que me aprecian me dicen que mi príncipe azul anda por ahí, aunque a veces me desespero, y ahora cada vez

con más frecuencia me pregunto ¿hasta cuándo?. No sé usted, pero yo he tenido que ir al exterior a verme con psiquiatras, y no por ninguna otra cosa que no sea por la que le estoy hablando, lo más esperanzador me lo dijo un psicoanalista en Zaragoza, de que mi problema era una fijación en la infancia, por un amor aparentemente banal, pero donde invertí mucho afecto sin lograr mi objetivo, lo que me dejó una gran frustración, y por la forma de ser que estructuré en mi adultez, este objetivo no logrado desde mi inconsciente me fustiga. A veces llego a convencerme que sí fue así, porque aquí entre nosotros, de verdad, yo soy terca cuando me propongo a lograr algo, pero resulta que no se trata de terquedad, sino de mis sentimientos y yo no creo que algo, que ni siquiera recuerdo, me haya dañado tanto —hasta allí pudo mantener el control, porque le dio una crisis de llanto y él tuvo que acompañarla al baño para que se calmara y apenas pudiera arreglarse un poco.

—No se sienta mal por lo que ha sucedido, somos humanos, yo también lloro a veces por mi soledad, porque es diferente el amor de la familia, esa de donde uno procede, el que uno en lo personal sí necesita, pero, es un afecto diferente, uno desea hacer su propio núcleo, su propia familia; pero, más daño me hace pensar tanta pobreza que hay en el mundo, no es mi problema directo, porque bastante aporté creando fuentes de trabajo obras de beneficencia y los altos

impuestos que pago, sin embargo, no lo niego, me pone triste y veces hasta me hace llorar...

—Discúlpeme doctor Covey, y usted nunca ha visitado a un psiquiatra.

—Como amigos sí, de aquí y de fuera, lo que sí sé es que ellos hablan mucho de fijaciones y que la culpable de todo lo que le sucede a un adulto es la infancia, hasta oí decir en una ocasión a uno de ellos que “El niño es el padre de las neurosis del adulto”, ese sí me dejó frío, pero de verdad yo no creo en eso, suena como muy especulativo, debe ser que uno toda la vida ha sido de la ciencia, de la lógica y del razonamiento...

—Yo lo veo diferente, mentiría si niego que he tenido mis dudas, y fuertes, pero los psicoanalistas me han llegado a decir cosas de las que dudo en primera intención, luego creo en ellas, y se quedan como taladrando mi mente, me dan tanto que pensar que termino convencida de que ellos sí han cambiado muchos rasgos de mi personalidad; porque yo no soy ninguna rica de cuna, y no sé si para bien o para mal, fui la más aventajada en mi familia, bastante numerosa por cierto, y si algo ha influido en mi soltería ha sido el hecho de tener que llevar a mi gente a tierra firme, no es que pretenda culparlos de las que deben de ser mis decisiones personales, porque para eso muchas me ha tocado tomar y no me ha temblado ni un dedo; no solo personales, sino también laborales

y de las que sean. Porque hubiera sido peor el remedio que la enfermedad si me hubiera preocupado por acomodarme yo sola y por las costuras me salieran los orígenes, las verdades se curan con verdades, y cualquier cabo suelto acabaría con la mentira, como cualquier moneda falsa que rueda y rueda y a la vuelta de esquina la descubren. ¡Doctor se nos ha hecho tarde y mañana hay que trabajar!, bueno a mí, porque usted anda de vacaciones, a menos que quiera acompañarme mañana a ayudarme en lo que sea, ja, ja...

—No se preocupe, cenemos algo ligero, mañana y después nos veremos las veces que sean necesarias.

Pasaron los días y los encuentros fueron cada vez más frecuentes. Eran el tema de conversación en la alcaldía y en las empresas de la señorita Lilibeth.

En uno de los acercamientos, ella, bajo una gran confianza, le preguntó:

—Audrey ¿cuántas veces tú te has enamorado?

—Muchas veces, pero una sola vez de verdad, ¿y tú?

—Pareciera que nos estuviéramos mintiendo, hablamos como que si fuésemos unos adolescentes, pero de verdad, yo también me enamoré una vez.

— ¿Y qué paso? —acotó Audrey.

—Parece una tontería, pero yo me enamoré sola. Fue cosa de muchachos, yo tendría diez u once años, ya ni recuerdo bien, él se llamaba Benjamín; era un jovencito flaquito, muy pobre, pero siempre bien arregla-

dito, y a pesar de que era el mejor estudiante del liceo casi no hablaba, quizá por eso nunca me dijo nada, él se sonrojaba cuando me miraba. No lo tomes a mal, pero, respetando las distancias, él se parecía mucho a ti, claro imaginándolo físicamente recuperado, pero a veces cuando miras sesgado, cuando piensas, es como que si fueras Benjamín.

— ¿Y qué se hizo... él? —preguntó sin poder evitar turbarse, reforzando las sospechas que Lilibeth venía incubando en su mente, pese a que por su status social y la riqueza del Dr. Covey, difícilmente pudiera tratarse de la misma persona.

—No sé, aquí no había ricos, todos éramos pobres, pero ellos eran los más pobres del pueblo; creo que la mamá murió, después de esa muerte los hijos desaparecieron, quién sabe que se harían, pero lo que sí sé es que a Benjamín se lo llevó una tía, porque en el liceo me enteré que él vivía con ella. Él tiene que haber estudiado, porque era un niño muy inteligente, ese debe de vivir en Caracas, alguna vez aparecerá, porque no es fácil desenraizarse de ese tipo de vivencias y recuerdos.

Pese al mundo de dudas que se tejía en la mente de Lilibeth en relación a los orígenes de su amado, el amor la cegaba y le privaba de la posibilidad de su pensamiento analítico propio y característico de ella, lo que más dudas le creaba era la ausencia de manifestaciones de la existencia de familiares, teniendo

como pocas pruebas algunas llamadas que ella nunca presenció, pero Audrey se las testimoniaba y siempre le decía que sus hermanas y tías, de tanto nombrárselas ya la conocían, de la madre no le hablaba nada, porque según él llevaba unos años fallecida.

Transcurrirían tres meses de amores, entre uno que otro viaje a la capital a supervisar sus negocios, y ya habían fijado carteles para el matrimonio. El doctor Covey, sin conversarlo con Lilibeth, trasladaría la sede de su empresa más importante a Quiripitar; de las otras asociaciones, todas sus acciones estaban en venta a precio de oportunidad. Por acuerdo mutuo, la boda se celebraría el mismo día de la inauguración de la plaza, ya el monumento de “los pioneros de la ciudad” había llegado desde Europa, hecho por un famoso escultor italiano. Teófila se veía en el grupo como que si estuviera viva.

El doctor Covey no tenía dudas que el esfuerzo que invirtió a lo largo de su vida para borrar su pasado, sus frustraciones y reconstruir su vida, valió la pena: porque se había curado de las drogas, las pesadillas y las huellas que habían impregnado los recovecos de su mente habían desaparecido. Era un hombre nuevo. En cambio para Lilibeth, ahora su esposa, no era así, ella, a medida que recuperaba el juicio de realidad, perdido parcialmente durante el desproporcionado enamoramiento, lo veía como un parapeto que él había creado, un arlequín con una

familia inventada que no existía en Europa ni en ninguna parte, por eso él, con esas fantasías, nunca iba a poder ser feliz, porque el niño que había luchado desde menos de la nada para salir de abajo tenía que desaparecer en su totalidad, y tampoco nunca existiría el hombre que debió resultar de ese niño, que con su inteligencia, perseverancia y tanto coraje pudo, en la cortedad del tiempo, llegar tan lejos; entonces había resultado un híbrido que no era ni lo uno ni lo otro, por lo que restaba esperar que la inconformidad y el auto desconocimiento le pasaran factura más temprano que tarde, porque al fin de cuentas no era Teófila ni Benjamín los que habían triunfado, era un tal Dr. Arthur Covey, que solo él sabía de su procedencia, y todo su entorno había conocido a un farsante, ambicioso que ocultaba sus verdaderos orígenes y hasta a su familia, y quién podía querer o respetar a alguien así, y ¿cuánto dura una moneda falsa? Todo esto la llevó a deprimirse, sentía que tanto esperar por su príncipe azul para llegar a lo peor, y sin poder confiarle a nadie lo que le sucedía, que de paso le hacía daño al feto que tenía en su vientre, solo quedaba una carta por jugar: que el amor se atenuara, se restaurara su verdadera personalidad, la de la rectitud, luchadora y de carácter fuerte, la auténtica Lilibeth, y tomar cualquier decisión que fuera necesaria para recuperar su estabilidad.

Llevaban seis meses de casados y Lilibeth tenía veintitrés semanas de embarazo, soportando una mentira más grande que la llenura de su matriz, presionando día a día a su esposo con sus preguntas, dejándolo cercado sin respuestas, esperando que él se confesara, abriera sus fauces para vomitar su falsedad, su blanda mentira, porque al fin no sabía a quién se enfrentaba, y en una actitud ambivalente: de verdad aún lo amaba y temía perderlo, el hombre que ella esperó y hubiera esperado por la eternidad.

Llegó el día en que ella no pudo más, y mientras él estaba echado en su regazo, como acostumbraba, acariciándole su globoso abdomen, extasiado levantó la cara hacia la de ella para contemplarla, cuando Lilibeth fijó su mirada escudriñadora en la de él; de rostro fruncido espetó:

— ¡Audrey..., tú eres Benjamín...!, ya vamos a tener un hijo, todo lo que sucede en esta vida tarde o temprano se sabe, hasta cuándo piensas engañarte a ti mismo, tu cura nunca llegará hasta que no seas natural, sincero y llegue el orgullo real y necesario de todo lo que has logrado, comprendas que la vida es un juego aleatorio donde uno no tiene siquiera la oportunidad de meter la inocente mano para extraer un número con posibilidad de cambiar su sino, cuántos desearían haber nacido dónde sea, pero con tu inteligencia, tu porte, tú sagacidad... Cuando aceptes quién eres en realidad, tendrás la verdadera oportu-

nidad de salir de este atolladero, de remediar todo el daño que tú mismo te has propiciado..., y más aún, el que me ocasionas a mí y a tu hijo, por tu cobardía. Él se echó a llorar, la abrazó fuertemente, besó su abdomen, le dio las gracias y le juró que desde ese momento comenzaría a cambiar, tendría que revertirlo todo para lograr ser realmente feliz, no tendría que ocultar nada; pero no tuvo dudas que si no aparece Arthur Covey en su vida llena de fantasías, quizá, por la idiosincrasia de su pueblo, todo se le hubiera hecho más difícil, o no llega a ser nadie.

Ambos se dieron un poco de razón, pero ella también le recordó, que no era rica de cuna, que para llegar a donde llegó, quizá, tuvo que hacer más esfuerzos que él, pero muy orgullosa de sus logros porque nunca necesitó de la mentira, y segura de que el respeto y el sitio logrado no tenía pies de barro.

—Perdóname mi amor con tu ayuda yo también podré superarlo todo, sin ti me hubiera sido muy difícil pretender echar todo atrás... Nunca es tarde.

EL TOBOGÁN DE LA VIDA

Subir los peldaños del tobogán de la vida no es fácil, porque para llegar al más alto, de donde se supone que te deslizarás y disfrutarás de tu esfuerzo, tienes que vencer muchos obstáculos, enfrentar diversidad de retos y tropiezos. Es como un juego de azar: hay quienes apenas suben cuatro, seis peldaños y caen; otros, suben diez y retroceden tres; otros, desde cualquier escalón pueden caer, sin saber si podrán subir otra vez... De manera que son pocos los que logran llegar al deslizador para disfrutar del descenso. Sin embargo, Manuel, un hombre que siempre se sintió con derecho a nada, se encuentra en el peldaño sesenta y uno. La condición de él es muy particular, ya que encontrándose en un peldaño tan alto, por fuerzas desconocidas, puede descender a tramos inferiores y hacer una revisión de pasajes importantes de su vida, tal como si viera un video de etapas de su pasado, y revive ese episodio como una realidad, puede analizarlo y plantearse nuevas opciones para solucionar los problemas que en ese momento no pudo resolver, aunque no puede cambiar los hechos, ya que simplemente ese es su irreversible pasado; no obstante, le gusta revisarlos, para luego lamentarse por lo que pudo haber sido y no fue. Esta capacidad de subir y bajar peldaños la adquirió en vida, aunque

la desarrolló más después de su muerte, debido a su empeño de bajar y subir peldaños cada vez que lo deseara, con la intención de reparar todas aquellas situaciones que en vida le salieron mal.

Involuntariamente ha descendido al peldaño cinco, se lo atribuye a la fuerza de la añoranza. Permanentemente desea regresar a aquellos años cuando era un niño desamparado que vivía en la orfandad, aunque era feliz con cualquier cosa que su inocente existencia le deparrara. En este momento está en la callejuela pedregosa bordeada de casuchas donde nació y vivió su infancia. Aún siente el agrado en sus piecitos desnudos acariciados por el tibio granzón, como evocación de las escasas diversiones que tuvo en su vida.

Cada peldaño nuevo que subía era muy importante, por ser el resultado de la ilusión de alcanzar la vejez, siempre con la esperanza de verle otra cara a la vida que no fuera el sufrimiento. Cuando iba por el tramo sesenta sintió miedo, miró hacia todos los lados girando sobre su propio cuerpo, le quedaban algunos peldaños por subir que eran borrosos, aunque los de abajo lucían claros estaban deformados; él sabía que a pesar de tener forma de tramos, no se correspondían con los que él había visto y palpado cuando le tocó pisarlos; esas diferencias se las pone su memoria, que toda la vida, más para bien que para mal, lo engañó tratando de mitigar sus penas, y él se aferraba a las efímeras alegrías que esas mentiras piadosas le producían.

Cada vez que rememoraba los peldaños inferiores se recriminaba el no haber conquistado sus derechos por sí mismo, se acusaba de haber sido un cobarde, que permitió que su infancia y su adolescencia estuvieran llenas de maltratos, de menesterosidad, cuando todo le fue negado y nunca intentó luchar para hacer justicia por sí mismo, ya que no sabía cómo hacerlo, o siempre lo arrojaba el temor a fracasar. Después, cuando se sosegaba, racionalizaba argumentando que en aquel momento él era un imberbe para defenderse. Lo que la gente decía acerca de lo que todo niño merecía por derecho solo eran habladurías. Estaba convencido de que él era una persona, tenía todo para serlo, pero dónde estaban sus derechos, esos que mencionan como inherentes a la vida misma de todo ser humano.

Regresa al peldaño sesenta, para inmediatamente sentir que deseaba volver a los más bajos, sobre todo, al que más añora, el del encuentro con Ernestina. Se concentra, desciende y ahí está en el escalón dieciocho; vuelve a revisar cómo fue lo de ella, la que decidió casarse con él y darle dos bellos hijos: Endrina y Manuelito, ellos eran su adoración, constituyeron el único motivo para vivir. Los vio crecer, pero al hacerse adolescentes llegaron sus verdaderos dolores de cabeza. Ernestina, al tener una vivienda muy bien dotada y confortable como siempre la soñó, y un buen nivel socio-económico llevaba una vida de tranquili-

dad; pese a sus múltiples ocupaciones. Según Manuel, esas fueron las metas que ella se trazó y ya las había logrado, de allí su ecuánime alejamiento. En cambio él, después que su vida prosperó, quería resolverle los problemas a todo el mundo, porque trabajaba como un esclavo, palabra que siempre detestaba, pero así era, y nunca abandonó los grupos de defensa de derechos humanos a los que se había integrado tiempo atrás, porque estaba consciente de que el haber nacido no garantizaba nada; mentira que los hacedores de las leyes estarían pendientes de los derechos de nadie, ¡no!, cada quien tenía que estar en un alerta sin fin. Mientras tanto sus responsabilidades paternas estaban a la deriva, porque realmente el tiempo no le alcanzaba, y esto le acarreó posteriormente graves consecuencias. Como este peldaño lo desespera, prefiere seguir descendiendo para recordar cuando quería ir a la escuela y le estuvo vedada la inscripción, execrado por su pobreza extrema. Después, tampoco lo aceptaron en ninguna banda de delincuentes, porque tenía un grave defecto: era sentimental, y esa característica no era propia de los psicópatas, por eso le fue negado el derecho a ser malo.

El transcurrir del tiempo lo había obligado a subir peldaños, la primera mitad del ascenso fue rápida, después, cuando avanzaba a la parte alta del tobogán, lo hacía lentamente, quizá por miedo, o la edad lo enlentecía. Todas las posibilidades se

aferraban a un abismo que ofertaba dos opciones: una, donde el cuerpo caería e iría a abonar la tierra, y la otra, donde el alma se elevaría al cielo, o a pagar penas en el infierno; a él le correspondería el cielo por ser bueno.

El tobogán de la vida es alucinante, la subida lo tiene sorprendido; no tiene claro cómo lo descubrió, menos quién lo inventó, aunque cree inadecuado considerar un disfrute el acto de subir escalones, pero sí lo es, porque representaba la vida, él no hubiera querido subirlo, ya que nunca tuvo afinidades por lo novedoso, menos por aventuras; sin embargo, mientras ascendía sentía la emoción de algo extraño no desagradable, además, que allí advierte lo más próximo a eso que llaman igualdad, pese a todas las desigualdades. Si todo comenzara de nuevo y tuviera la oportunidad de decidir si volvería a subir el tobogán, respondería: “no lo sé”.

La visión panorámica desde el escalón sesenta y uno le convencía de que todo era multidimensional, desde allí se veían muchos toboganes copados de gente, parecían rayos de sol que penetraban capas horizontales de telas de araña esparcidos en un espacio infinito, llenos de puntos de todas las tonalidades, y visto desde el lado opuesto él era uno de esos puntos. Percibía con claridad a los que estaban abajo, hacia arriba no podía diferenciar por lo confuso y tenebroso del espacio. La mayoría de los que subían rápido caían

más pronto, le hacía recordar a las personas de éxito precoz o que alcanzaban metas muy altas en la vida, que también se iban tempranamente.

Hoy bajó al escalón quince, uno de los más aparatosos, nunca sabe qué hacer, todas las puertas se le cierran, será por su cara, su vestimenta, o será todo él que es insípido y a nadie le cae bien; pese a haber señales de esperanzas que le hacen pensar que todo cambiará, no se imagina cómo, pero cambiará.

Ayer, mientras regresaba al escalón diecisiete, una joven se fijó en él, no tiene dudas que no fue por lástima, ella le miró fijamente a los ojos, se interesó por esa expresión rara de él, que característicamente reflejaba una ilusión fantasiosa, aunque en el fondo algo le dictaminaba que su destino era el fracaso; no obstante, haber sido mirado de esa forma le reforzaba la esperanza de que todo se revertiría para bien, aunque se culpabiliza, porque él no respondió como debía de ser a esa mirada. Acaso esa joven que se había fijado en él era su salvadora, la que le permitiría vivir tantas cosas que le habían sido vedadas. No sabe de qué manera lo lograría, pero esa era su fantasía, sentía que “había llegado su invierno para tener derecho a echar hojas, todas sus flores se abrirían y al fin podría dar frutos”.

Los toboganes más altos, pocos, pasaban de cien peldaños, él los veía entre tinieblas, siempre esperando que en algún momento alguien se desprendiera. Los

que allí se mantenían estaban como obligados, eran sombras carcomidas por el tiempo; por lo traumático de sus vivencias personales no sabía a qué atribuirle que la mayoría de los que se encontraban en esos peldaños se habían privado de tantas cosas, purificándose a lo que cueste para tener larga vida, y después qué; él no quisiera llegar allí, sí a viejo, pero no tanto, ¿para qué?; aunque más bien le gustaría estar siempre en los primeros peldaños, en el veinte, en el treinta, o cuando mucho en el cuarenta, ya que en ellos vivió los pasajes más esperanzadores de su vida.

Hoy quiere trasladarse al peldaño preferido, donde se une a quien luego fuera su esposa, porque a partir de este toma fuerzas y se le abren muchas posibilidades para enfrentarse a la vida. Junto a ella se da cuenta que esperaba esta circunstancia para luchar por él mismo y por tantos que no tenían oportunidades. Este nuevo mundo que se abría ante su vida lo llenaba de felicidad; todo lo que hiciera se traduciría en impulsos para la lucha y sentía que adquiriría estabilidad. Para lo que se propusiera había tiempo, y las motivaciones que nunca tuvo ahora le sobraban. Manuel entendía que las cosas se daban poco a poco, pequeñas acciones sumaban los cambios, quién sabe si se requerían varias generaciones para alcanzar esos derechos de los que tanto hablaban, por eso se casaría, tendría hijos y la lucha seguiría por siempre.

Ernestina, en el intento del rescate de Manuel, quien, según ella, cree que la vida es andar por ahí a ver de qué Dios le provee, lo hizo su esposo, lo guió hacia el camino de la certidumbre a luchar por sí mismo y a trazarse nuevos objetivos. “Tienes que entregarte totalmente al combate, estar decidido a que será por siempre, y no en soledad, debes unirte a mucha gente para que tus acciones no se pierdan en el vacío; que sean personas decididas a vencer, no importa en qué tiempo. Aquí, opuestamente, en vez de divide y vencerás, podemos decir: únete, persevera, vencerás y tendrás felicidad. Después de todo, el denuedo tiene su valor, Dios está contigo, también nos dotó de la habilidad para triunfar”, le decía.

Manuel, pese a sus nuevas motivaciones, en su internalidad se resistía al cambio, se empeñaba en indagar para qué servía la moral, la bondad, el respeto; si quizás por esas virtudes él tardó para casarse, y lo logró porque su mujer así lo decidió, sino por ahí anduviera convencido de que no servía para nada; fue incapaz de faltarle el respeto nadie, menos a las pocas amigas que tuvo; quien sabe si antes de Ernestina alguna que lo había deseado terminó cambiándolo por alguien que la irrespetara, allí radicaba su abismal duda en relación a la bondad y el respeto. Ernestina estaba en un permanente alerta, porque cualquier fisura de duda podía derrumbarle todo lo que ella iba logrando con su permanente trabajo persuasivo hacia él, por

eso le decía: “hay que pisar tierra, las leyes pueden ser iguales para todos, lo que es diferente a pensar que todos debemos de ser iguales; los más capaces se frustrarían al creer que todos merecemos lo mismo, así la vida sería muy aburrida, las cosas se ganan con esfuerzos, y ahí vienen las desigualdades”.

Va al peldaño treinta y cinco, allí está Endrina, su hija, quien literalmente es irrespetuosa, él nunca le puso carácter, siempre sobreprotegió a sus hijos para que no pasaran por lo que él había vivido, ahora ha tomado interés en aconsejarla, como que si el tiempo no pasara y algunas cosas llegaran tarde. La relación de ella con ese tal Emerson fue mala, y él no hizo nada por evitarla. El trato que la familia de él les daba a ellos era discriminatorio, ya que los Medina —el apellido de esa familia que le terminó de arruinar su existencia— los miraban con desprecio, con una total supremacía, y no era justo. Endrina poco a poco los conquistó, y comenzó a hablar, a reírse y a vestirse como sus cuñadas. Eso le recordaba cuando él era un execrado y trataba de ser como los que lo rechazaban para que lo aceptaran, con lo que solo lograba más maltratos.

La relación terminó en matrimonio. La familia de Emerson se comportó discriminatoriamente con ellos; porque no estaban de acuerdo con la boda, “por las diferencias sociales”. Cuando regresaba al tramo sesenta se sentía agotado y confuso, “todo

pudo ser diferente”, se reclamaba a sí mismo, y culpabilizado pensaba: “Por qué no se me permitió morir, si yo creía que era de mi propia decisión, pero si lo hacía perdería el derecho al cielo. En este peldaño se siente muy enojado, otra vez había fallado en sus decisiones, esa relación de Endrina nunca debió ser, por eso se sentía culpable. No se había sentado en su peldaño de aislamiento cuando escucho la voz de Ernestina: “Bájate de ahí, el tobogán solo está en tu mente, transita el camino de la libertad, lo que has elegido es un presidio, si te propones hallarás la felicidad, podrás descubrir todos tus derechos, ellos no están en ningún sitio determinado, son intangibles y tú tienes que buscarlos”. Mientras continuaba aislado en el tobogán, él rumiaba con pensamiento lloroso: “qué son los derechos humanos, para quién y quiénes los crearon, por qué luchar para conseguirlos, si derecho en el sentido estricto de la palabra es algo con lo que se nace”. Ella estaba consciente de que mucha gente nace para perder, llámense deprimidos, desdichados, neurasténicos, como sea, y a esos por más apoyo que les den siempre van a depender de alguien, nunca lucharan por sí mismos, había que ayudarlos. Tenía el temor de que Manuel fuera uno de ellos y ella estaba perdiendo su tiempo, de ser así en algún momento desistiría.

Ahora Manuel está acurrucado en el peldaño sesenta y uno, ha pasado un buen tiempo y no ha visto ni

sentido a alguien lanzarse por el deslizador de alguno de los toboganes, el que él llama hacia adelante, aunque realmente no existe ningún lado. Cuando se ha trasladado a otros peldaños ha visto gente que se ha quedado fija en un solo sitio, de ellos apenas se percibe un leve movimiento de sus labios, y se entera que lo que hacen es orar, lamentando su desdicha, no sabe cuál, la de la edad o la de su vida. Algunos piensan que es bueno quedarse rezando antes que lanzarse, ya que no se sabe de nadie que se haya precipitado por el deslizador de uno de esos toboganes y haya regresado para contar que hay al final; en cambio los que lo hacen desde los peldaños bajos la mayoría retorna y pueden reparar sus errores. Cómo desearía que Ernestina algún día volviera, porque ella se fue joven, no sabe a dónde, teme que se haya ido cansada de él. Cuánto la extraña.

Toda la aparente felicidad de Endrina terminó después que se casó, porque inmediatamente quedó encinta, y en lo que le comenzó a crecerle el abdomen y perdió la cinturita de avispa Emerson cambió totalmente, la atendía muy poco, cuando tomaba alcohol la agredía físicamente, aun estando embarazada. Su hermano Manuelito recurrió a todas las instancias posibles para que la justicia actuara y protegiera a su hermana, a sabiendas de cómo su padre había sufrido para salir de abajo y llegar a tener una familia. Esta situación lo tornó violento, lo que su mente alberga-

ba no era bueno. Desde entonces desapareció de su casa; adelantándose a los hechos, se sentía un fugitivo de la ley por lo que él pensaba hacer con su cuñado, porque para él sí habría ley.

Manuel nunca deseó como ahora regresar al peldaño sesenta y uno, convencido de que si algunas normas funcionaban era solo para joder a los desposeídos. No quería vivir nuevamente, ni siquiera en recuerdos, etapas traumáticas superadas como lo eran su infancia, la adolescencia y otros períodos que le fueron tan difíciles. A Endrina tenía que seguir protegiéndola, pero a Manuelito, con Manuelito ¡no!, con él tenía que hacer algo especial, porque ese era su pupilo, su esperanza, en él veía la posibilidad de dar el salto definitivo para salir de una vez por todas del foso donde ha estado desde su nacimiento. Tanto luchar y pasar sus años más productivos en un solo esfuerzo por tener una familia, la que nunca antes tuvo, para que luego viniera la hecatombe de su vida; sin ninguna consideración todo se derrumbó en un dos por tres, y sin ni siquiera imaginar que todavía no había pasado lo peor.

El extremo de las ofensas de Emerson fue el día que en estado de ebriedad, desde el frente de la casa de Ernestina y sin bajarse de su auto, vociferó:

— ¡Mire señor, es bueno que aconseje a su hija, porque si me sigue siendo infiel y haciéndome hechicerías: no respondo, se la voy a matar!

Manuelito, harto por las cosas que su cuñado le hacía a su hermana, y que para este momento ya no era un muchacho tranquilo y obediente, había ingresado a un grupo político violento y siempre andaba armado, salió a la calle y se fue hasta el coche de Emerson y le dijo:

— ¡Prueba a matar a mi hermana..., mujercita, y verás que no durarás vivo ni un día más!, ¡igual le pasará a la podrida de tu madre, mal parío!

Emerson, desde esa vez comenzó a tenerle miedo y a vociferar ante sus amistades cuánto lo odiaba por lo que le hizo, a sabiendas de que Endrina estaba en sus manos y precisamente con ella tomaría venganza.

Un miércoles Manuel bajó al escalón treinta y ocho, recuerda que era perentorio hablar personalmente y muy seriamente con Manuelito, el que últimamente no paraba en su casa. Son las diez de la noche, Manuel está cansado, son tres días de espera, su hijo tenía que venir a buscar ropa y a recoger un paquete importante que alguien le envió. Quería volver al escalón sesenta y uno cuando llamaron a la puerta, por la forma de tocar era él. De repente de su mente se borraron todas las duras verdades que había pensado decirle, más bien se alegró de verlo.

— ¡Bendición papá!, que tienes que te veo ansioso — lo saludó Manuelito, quien se veía agotado a pesar de sus dieciséis años.

—Dios te bendiga mijo, ¡no, no, yo estoy bien!, solo preocupado por los días que llevas fuera de la casa, y nosotros sin saber de ti.

—Mi viejo, tú tranquilo, nunca andaría en malos pasos, pero sí estoy muy mortificado por mi hermana, por mi país, esta vaina no puede seguir así, lo están desvalijando, se están robando nuestro futuro, y a ti, que bien sé cómo has luchado para salir de abajo, ahora que medio asomas la cabeza para ver otra faceta de la vida, te cortan todas las posibilidades. Esto no se puede quedar así.

—Mijo, escúchame, primero tienes que estudiar, prepararte; después de tantas luchas, trasnochos y arriesgando tu vida, porque yo sé que es así, te atrapan y nadie se acordará de ti, salvo tu papá; en estas cosas siempre caen los más inocentes.

—Viejo, no debes pensar así, si nadie hace nada, a dónde vamos a llegar

—No seas inocente Manuelito, la historia seguirá siendo la misma, siempre las calles se llenan de sangre de jóvenes inocentes.

—Entonces que nadie haga nada y ellos sigan embargando nuestro futuro y se sigan robando nuestras riquezas; de mi parte yo no descansaré de defender mis derechos, si hay que dar la vida para salir de esta pesadilla, así será.

—Muchacho, no seas loco, cómo que entregar la vida, los muertos, muertos se quedan, no hay que dejarse usar.

—Adiós papá, tengo cosas muy importantes que hacer, ya deja de pensar en retroceso.

—Adiós mi Manuelito, cuídate, porque si a ti te sucede alguna vaina yo me moriría de pena.

Manuel quedó con un mal presentimiento, nuevamente se sintió bueno para nada, ni siquiera para convencer a su hijo.

El tobogán dejó de ser el sitio de aislamiento, meditación y en cierta manera de tranquilidad y esperanza, ahora le exasperaba porque solo quería trasladarse a esos escalones llenos de vivencias perturbadoras, que las rememoraba para culpabilizarse de su falta de decisión y voluntad para reclamar sus derechos, que por el solo hecho de existir le correspondían. En este momento quiso saber de Endrina, aunque su mayor preocupación era Manuelito que andaba perdido. Al llegar a este peldaño se encontró con que todo seguía igual: Emerson en sus parrandas, mujeres, las golpizas a Endrina eran más frecuentes. Pese a todo, la forma de ella ser no cambiaba: siempre con su contagiosa risa, muy sociable, tolerante, amorosa y dedicada a sus hijos. La suerte no estaba con Endrina, porque al año y medio de iniciada una empresa que creó Emerson, que era prospera y hasta una sucursal planeaban fundar, fueron atracados; él por su soberbia hizo oposición, y los malvados le dieron dos tiros en la espalda. Después de la recuperación de Emerson, que se salvó pero quedó paralítico de ambos

brazos y una pierna, a Endrina le comenzaron a dar asfixias por las noches, todos se lo atribuían a la mala vida que él le daba, ya que ahora era peor, como no podía valerse por sí mismo, se acentuó su celopatía, aumentaron sus agresiones verbales y físicas, y ella se transformó en su esclava de veinticuatro horas.

Manuel llora cada vez que recuerda que eran las seis y media de la mañana cuando Emerson lo llamó desde su móvil para decirle que no había sentido a Endrina levantarse en la madrugada como de costumbre. Enseguida él, muy angustiado, se fue a la casa de su hija. Al entrar a la habitación, ella estaba rígida, le impresionó como que no respiraba, lo que se lo atribuyó a su estado de nervios, se le acercó y le tomó el pulso de la muñeca, trató de oírle el corazón..., y luego le cerró los ojos... Él se puso gélido, creyó que se desmayaba, luego estalló en un llanto agudo y pausado. Emerson, al escuchar los gemidos de su suegro, enseguida se desplazó de su cama, se sentó en la silla de ruedas, cosa que ya no hacía solo, y llegó hasta ellos. Al verla, convencido de que allí no había vida, con llanto seco y golpeando las paredes decía:

—Ay Dios mío, por qué me haces esto..., ahora qué me haré sin ti Endrina, mi vida, mi todo..., verdad que no estás muerta..., háblame Endrina...

Enseguida vecinos y curiosos comenzaron a llegar a la casa. Manuel relató que en algunas noches que acompañó a su hija se enteró que esta tenía unos tu-

mores malignos que le habían tomado casi todo el cuerpo y, según le dijeron los médicos, ya no había nada que hacer. Estuvo todo el día contando a los presentes lo que había sucedido, atribuyéndole el cáncer de la difunta a los golpes y preocupaciones que le daba el imbécil del marido, y como una forma de ella expresar tan macabra experiencia y del sufrimiento que reprimía le provino esa enfermedad. Todos comentaban que Emerson era el culpable de la muerte prematura de Endrina, y de una forma muy cruel, porque la había matado lentamente, destruyendo su moral y sus deseos de vivir para ver a sus hijos crecer como el único deseo que expresó en vida. “Las enfermedades tienen muchos orígenes, pero el cáncer de esa niña, porque la pobre era una niña, se lo produjo tantas angustias y sufrimientos que tuvo que vivir y reprimir; y los que le causan la muerte lenta y sin piedad a una persona, merecen una pena y un castigo terrenal mucho mayor que el que en forma violenta elimina a alguien”, expresó una de las vecinas que estaba presente.

Manuel, aun sin regresar al peldaño sesenta y uno, subió dos tramos para recordar lo que nunca superaría: serían las nueve y media de la mañana cuando leyó en las noticias del día que a Manuel Andrade de diecisiete años de edad, lo mataron de unos perdigonazos en el pecho en una protesta por el derecho a la alimentación, a la salud y a la educación. Dicen los

testigos que del sitio de los hechos se lo llevaron vivo, pero al ambulatorio de salud ingresó muerto. En lo inmediato, quería cerciorarse primero sí se trataba de su Manuelito, ya que no lo podía creer, es que apenas hacía un día habían conversado como nunca antes lo habían hecho. Él había cifrado tantas esperanzas en su hijito..., se sentía como en el aire, con la boca entre abierta porque no tenía fuerza en los labios para cerrarla. No sabía a quién llamar, cómo deseaba que Ernestina nunca se hubiera lanzado del tobogán, allí se percató que no tenía a nadie a quien pedirle ayuda. Había caminado unos ocho minutos sin sentido alguno, cuando desembocó a una avenida que estaba obstruida por una muchedumbre enardecida, se sentía el olor a caucho quemado, se veían pancartas improvisadas que decían: ¡Manuelito tu muerte no quedará impune!, Manuelito el pueblo esa contigo. ! Tú muerte será vengada...! Unas jóvenes levantaban afiches con una foto ampliada sacada de su último carnet de estudiante. No había dudas, era su Manuelito, ese era su destino: sufrir, sufrir y más sufrir, no había tregua; tanto esconderse del sufrimiento y este lo había encontrado otra vez; ahora lo atacaba con más furia que nunca, sentía que su cuerpo no era de él, parecía que flotaba, quería desaparecer, deseaba estar soñando. Desesperado, se vio urgido de regresar al peldaño sesenta y uno, por eso él había jurado que nunca más descendería hasta ese pasaje a revivir

ese momento tan crucial, lo peor es que lo había hecho por su propia voluntad, lo deseaba tanto, porque era como que sí regresar allí le creaba de nuevo la expectativa de que eso no fue cierto; a la par que terminaba estar volviéndose masoquista. Después que esto sucedió en la realidad es cuando Manuel descubre y comienza a subir el tobogán de la vida.

Sin haber llegado al deslizador, Manuel decide lanzarse del escalón sesenta y uno. Cuando vuelve en sí, solo está Ernestina, quien lo encontró en su habitación acurrucado e inmóvil: estaba sin signos vitales; ella gimió unas tres veces, carraspeó la garganta y le susurro en el oído: “Descansaste, nunca dejaste de ser un niño que no pudo salir de esa enfermedad depresiva”.

Él dejó una carta que decía: “... Algunos nacen para siempre sufrir, otros eventualmente; de todos, unos aceptan ayuda, otros no, a veces porque les gusta sufrir y que sientan lastima por ellos, otros, exageradamente exigentes, son un saco sin fondo, siempre se sentirán desatendidos. Por una decisión errada puede arruinarse una y muchas vidas. Lo mío no fue un error, fue que nací para errar permanentemente, porque mi actitud ante la vida fue desacertada. Los derechos de los ciudadanos hay que cultivarlos, en una educación continua desde que nacemos y por siempre, hasta que la especie humana cambie genética, cultural y radicalmente sus conductas, sus sentimientos hacia sí mismo y hacia su entorno”.

Pese a que Manuel juzgaba los derechos humanos por sus experiencias personales, mirando la vida a través de un cristal roto, Ernestina, quien defendía y promulgaba estos derechos con una postura vertical, y quien nunca se arrepintió por haberlos abandonado, consideraba que no había perdido el tiempo en lo que hizo por su esposo y sus hijos, con quienes no sabe si todos sus esfuerzos fueron para protegerlos o porque realmente los amaba, no dudaba que los mensajes que Manuel escribió fueran muy valiosos y ejemplarizantes, hasta aun después de su muerte; sin desestimar que él había descubierto “la forma de regresar a la vida”, aunque sin poder alterar su pasado y la forma de cómo había sido esta vida, salvo si la muerte era precoz, o la persona no quería irse. El ejemplo de Endrina es humillante y vergonzoso, nunca quiso que fuera así, pero ella tenía los genes de su padre. Para Manuelito quiso lo mejor, porque a pesar de que se le fue muy temprano, sin que esto la llevara a derramar una lágrima, considera que él tomó y asumió las enseñanzas que ella le dio con valentía, dejando su huella de dignidad, que ella nunca permitirá que se olvide, tanto por él como persona, como por lo que en tan corto tiempo dio por los derechos humanos y por la juventud.

TONY EL QUEJUMBROSO

Yo no le desearía a nadie lo que le pasó a Tony, es injusto, fuese lo que fuese, a él se le pudiera considerar como un hombre bueno; que más bien siempre fue un niño, porque sus ocurrencias no eran más que producto de su inmadurez. Él era una persona exageradamente sugestionable y con una gran obsesión por enfermarse, a cambio de ganarse una lastimosa gota de afecto cargada de desprecio y no de verdadero amor. Algo superior lo castigó y de tanto desearlo se enfermó del padecimiento más extraño y tormentoso que los médicos hayan conocido.

Durante el primer año de vida de Tony sus padres vivían muy ocupados, lo que hizo que en ese lapso apenas le dieran retazos de amor y protección. Esa fue la gran oportunidad para que su abuela, Toñita, que se sentía muy sola, se posesionara de él. Ella rayaba en los sesenta, y era una mujer muy achacosa, con frecuentes dolores de cabeza y muchos problemas de salud; de manera que ese niño vino a llenar un gran vacío en su vida, con los irrefutables argumentos de que: nadie podía quererlo como ella, ni le darían la formación que ella podía darle, porque para eso experiencia y tiempo le sobraban.

Desde que Toñita asumió el cuidado de su nieto ya no andaba sola, porque pese a sus achaques, ella llevaba una vida social intensa: altruista como nadie, visitas, reuniones, llamadas, y que no hubiera un enfermo, porque se lo tomaba para ella, por lo que lo hizo su compañero de todas sus actividades. Su humanitarismo explicaba el gran cariño y el respeto que la gente le tenía. Siempre estaban pendientes de ella; los regalos que le hacían generalmente los escogían en las farmacias, y no por voluntad propia, sino que, sin un pelo de timidez, la misma Toñita decía: “Si me van a dar regalos, los quiero en dinero o se acuerdan de mis medicinas que ustedes saben cuáles son”.

El tiempo volaba, en un santiamén Tony tenía cuatro añitos, y Toñita había envejecido como diez, porque su obsesión por el niño era tal, que casi no dormía: cuidándolo, contemplándolo, llenándolo de felicidad y preocupándose a cada día más por él. Toda su vida social, en cierta manera, había menguado. Tony resultó ser un niño muy inteligente, por lo que se integró fácilmente a lo que quedaba del grupo de su abuela, en el cual él causaba hilaridad por cualquier cosa que hiciera, porque era muy perspicaz. Cuando se cansaba de estar en un sitio o simplemente tenía hambre decía: “Tengo un dolor de cabeza que no se me calma con nada”, o “estos dolores de rodillas van a acabar con mi vida”. Con sus ocurrencias se hacían chistes; no era raro escuchar cuando algún adulto po-

nía una excusa poco digna de credibilidad, que le dijeran: “Estás como los dolores de Tony”.

No hay una clara explicación de por qué Tony no fue farmaceuta o médico, por una simple relación entre las opciones lógicas que podía escoger con las influencias que recibía de su abuela; pero, muy tempranamente se fue por la opción que no estaba en la mente de nadie: decidió ser hipocondríaco.

En el transcurso del tiempo la vida de Tony se volvió una sola quejadera. El tema de él era creerse enfermo, como la única forma de llamar la atención y ganarse algo de afecto, que al final era lo que buscaba. No podía saber de alguien que se enfermara, porque se sentía obligado a visitarlo, para luego comenzar a sentir los mismos síntomas que el enfermo. Aunque su conducta no lucía tan descabellada, porque si nos ponemos a ver, él vivió rodeado de los dolores, enfermedades y de los medicamentos de la abuela, y esto lo tomó como una filosofía de vida, allí centraba todos sus esfuerzos. Lamentablemente la cosa no quedó allí, porque él con sus quejas superó a Toñita, y sus padecimientos se convirtieron en un arma letal. No había médico que pudiera detectar sus falsas enfermedades, todo lo hacía tan perfecto que era muy difícil atraparlo en sus mentiras o simulaciones.

Cuando Tony se enroló al grupo de los “Caballeros de Azul”, se le abrió la puerta grande, porque ahora se le permitía asistir los hospitales para ayudar

a los enfermos. Esa fue su gran oportunidad para aprender todos los síntomas y signos de cualquier enfermedad que uno pudiera imaginarse, y no solo eso, sino que se ilustraba con una gran diversidad de libros de medicina que ahora estaban a su alcance. A solas, en la casa de su abuela, practicaba: posturas, localizaciones de las molestias y hasta la forma de quejarse en cada una de las enfermedades que se le ocurría aprender.

Después de la muerte de Toñita, el grupo social de ella no lo toleraba, porque él distaba mucho de la conducta de ella, ya que con sus inconsecuencias, sus mentiras, su poco altruismo y el frecuente aprovechamiento de los demás, lo que lograba era que la gente lo rechazara. Él se fue quedando solo, tal como había nacido, además de que nunca tuvo una relación amistosa seria; pese a todo, en el grupo de “Los Caballeros de Azul” conoció a Teotiste, una mujer muy joven que se enamoró de él, porque le admiraba por su inteligencia, su interés por los pacientes, y por qué no, de su sagacidad y su capacidad para mentir. El noviazgo con su enamorada Teotiste terminó en matrimonio; sin embargo, esto no lo alejó de sus específicas y nuevas obsesiones: los quemados, por el sufrimiento inimitable que tenían que vivir; los hipocóndricos, ya que conociéndolos profundamente podía engañar más fácilmente a los médicos, y, sobre todo, por los diabéticos, al preguntarse por qué des-

pués de ser amputados seguían sintiendo que la parte mutilada (pierna, mano...) parecía continuar allí, les dolía, les picaba, se les movía. Esto se convirtió para él en su gran reto, la idea permanente de cómo se explicaba eso, porque leyendo por su propia cuenta no lograba comprenderlo.

Llegó el día que para él fue trascendental, cuando entró a una charla en donde explicaban el fenómeno del “miembro fantasma” de los diabéticos. Hablaban de una especie de hombrecito que topográficamente representaba en el cerebro de los seres humanos todo lo referente a la musculatura que sentían y movían voluntariamente, y a un diabético, aún si le faltaba una pierna porque se la habían cortado para salvarle la vida, esta seguía representada en esa área del cerebro. Esto fue para Tony lo más impresionante e importante que había aprendido en su vida. Buena parte del día se le iba en pensar en ese “fenómeno”; tanto así, que una noche soñó que iba desapareciendo por partes y simultáneamente el hombrecito del cerebro le permitía seguir sintiendo las partes perdidas. Se despertó dando alaridos: “¡Al fin, al fin, lo pude vivir, lo pude sentir, fue muy emocionante!”. Teotiste lo despertó llamándolo por otro nombre, porque ella había aprendido que: “Cuando una persona tenía pesadillas, no se le llamaba por su nombre, porque si en ese momento realizaba una acción peligrosa, como la enfermedad que Tony se había empeñado en tener,

caminar en una cornisa o tomaba un cuchillo, su reacción podía tener graves consecuencias”.

En esa ocasión la cuestión no trascendió, todo quedó en que había sido una pesadilla. Sin embargo él siguió con el deseo de tener esa enfermedad; con la diferencia de que ahora no sería una enfermedad que le había dado a un amigo o a cualquier paciente y él se la estaba copiando, sino que su mente produciría algo muy original, se sentiría orgulloso, sería interesante sufrir algo así, lo haría muy famoso: único en el mundo. Por ser un hombre tan obsesivo seguía permanentemente pensando y disfrutando de la idea de ir desapareciendo por partes; más aún, añoraba el sueño que tuvo.

Su mujer le decía:

—Tony, tienes que olvidarte de eso, recuerda que tú eres de una mente muy frágil, y peor que eso, dicen que si uno piensa que va a tener una enfermedad, le da de verdad, la mente es muy poderosa, así que cuídate, porque bastante te lo he dicho: a ti te gusta estar enfermo para llamar la atención.

Era innegable que Tony, aunque tenía una mujer muy amorosa, era un saco sin fondo en su necesidad de afecto. Nada lo alegraba tanto como cuando él decía tener una de sus enfermedades y algún miembro de los “Caballeros de azul” le decía: “Tony, ¿cómo te ha ido?, supe que estás enfermo nuevamente, ¿qué te dijo el médico?, ¿pero no es

nada grave verdad?, cuídate mucho, que te mejores pronto, estamos pendientes de ti”. Teotiste sabía que eso no era más que un ritual social, aunque a él le cayera muy bien, pero también era verdad que esas manifestaciones de afecto arraigaban más aún su empeño en estar enfermo.

Transcurrirían unos cinco días cuando volvió a soñar que partes de su cuerpo desaparecían, en esta ocasión fueron ambos pies. Podía ver a su alrededor una cantidad de hombres de batas blancas que hablaban en susurro y acercaban sus caras para comentar cosas; él también estaba de bata, pero de paciente. Fue un sueño apoteósico, en el que había mucho movimiento de médicos y periodistas que hacían observaciones y recogían declaraciones sobre su caso. Tony no quería despertar, si no hubiera sido por sus risotadas a todo gañote que alertaron a Teotiste, quien como impulsada por un resorte de inmediato comenzó a gritarle:

— ¡Pedro, Pedro, despierta que estás soñando, despierta por favor!

Era impresionante su irónica sonrisa, y, a pesar de estar aún medio dormido, instintivamente se guardó el secreto de lo que había soñado.

— ¡No fue nada!, ¡no fue nada! —le contestó.

Sin embargo, ella insistió por varios días que le contara el sueño; hasta que lo logró. Sentía con decepción,

como él se deleitaba describiendo detalladamente el contenido onírico donde él perdía sus pies. Ella terminaba repitiéndole lo mismo: “Tony estás empeñado en enfermarte de verdad, yo sé que lo vas a lograr; bien, ese día, solo te vas a quedar”. Teotiste estaba segura que su amenaza había surtido efecto, porque pasaron unos cuantos días sin que Tony mencionara enfermedades, ni aun en sueños. Había sido una tregua bastante recuperadora para ella.

Una tarde soleada y calurosa Tony le pidió a su mujer algo de beber y, después de sorber el tercer trago, comenzó con descarado disfrute:

—Tengo que contarte cosas que no sé hasta dónde te puedan producir desagrado, pero a quién más se las puedo contar, si tú eres mi mujer, la que me sabe comprender y orgullosa te debes sentir de que te cuente mis confidencias.

Teotiste, que en cierta manera —por la reciente tregua— se sentía algo descansada de sus quejas, sin mostrar mucho interés le respondió:

— ¡Comienza pues!

—Resulta que llevo cinco días exactamente, sí, porque eso me comenzó el domingo en la noche, a las nueve y treinta y ocho minutos si no me equivoco, que siento un hormigueo en el dedo pequeño del pie derecho, esa sensación se me va acentuando hasta que se vuelve escozor, con unos cambios de temperatura

que van de frío a calor leve, hasta que comienza a predominar el calor, después se vuelve una sensación de quemazón, y voy sintiendo un cosquilleo fuera de lo normal, pero, lo que más me llama la atención, es que luego: dejo de sentir el dedo.

— ¿Cómo que si lo tuvieras dormido? —Interrumpió Teotiste, en un intento por hacerle creer que ella estaba interesada en el relato.

—¡Noo!, ojalá —se animó Tony a responder, cogiendo fuerzas para continuar—, es que no siento el dedo para nada, me lo toco y no sé, además de no sentirlo, su volumen no es igual, y que conste que tengo mi tacto y mis ojos buenos, y a pesar de eso hay momentos que: ¡por Dios querido! —Juró—, no me veo el dedo. Ella le observó:

—Bueno, por lo menos ahorita lo tienes ahí, no.

—No te digo que es en momentos —aclaró Tony.

—Entonces que quieres, que volvamos con los médicos. Recuerda que todavía tenemos deudas ocasionadas por tus últimas enfermedades —acotó Teotiste.

Con su risa burlona de cuando se trata de sus enfermedades, le agregó:

— ¡Noo, te equivocas!, esta vez no buscaremos médicos, son ellos los que tendrán que venir a mí. Pero bueno mujer, no te acuerdas lo del sueño, yo no tengo dudas que eso se hará realidad. ¡Seremos famosos mi amor, yo sé que un día lo lograremos!

—Si tú crees que no debes visitar médicos, así será.
—dijo Teotiste.

Por fin, alguna vez, coincidieron en relación a no consultar a los médicos, aunque los motivos eran diferentes.

...Transcurrieron trece días y él continuaba con las sensaciones, cuando una mañana de un quince de febrero al dedo pequeño del pie derecho le faltaba la uña, solo se le apreciaba el lecho ungueal rosadito y en ninguna parte de su cama había huellas de sangre. Tony comenzó a gritar, muy emocionado:

— ¡Teotistee!, ¡Teotiste mi amor, ven a ver lo que sucedió!

— ¡Qué pasó!, ¡qué pasó! —Respondió ella—, un día de estos me vas a matar de un susto, yo no te veo nada, sino esa sonrisa insulsa que pones cuando te quieres enfermar.

— ¡Mírame el pie derecho! —le dijo él emocionado, dirigiendo su mirada hacia el dedo chiquito.

—Esto es lo que faltaba, cómo se te ocurrió arrancarte esa uña, estás exagerando al tratar de convencerme de tu nueva enfermedad.

—Nadie te obliga a creerme, si esa es tu excusa para abandonarme, hazlo —le contestó en tono acostumbrado por él.

—Nunca he pensado en eso, porque tú bien sabes cuánto te quiero, y cuando di el paso que di, fue para

toda la vida —expresó Teotiste con voz quebrada.

—Entonces tienes que creerme. ¿Cómo te explicas que anoche tú viste mi dedo con uña y hoy ya no la tiene?; además, ¿cómo me la voy a arrancar sin dolor y sin que sangre?

—No sé, dame tiempo para creerte, yo también me he planteado esa duda, pero como tú vives inventando enfermedades, ahí están las consecuencias.

Pasaron siete días, cuando la alegría de Tony no cabía en su cuerpo; el mismo dedo sin uña había desaparecido por completo, solo se veía un muñón rosadito.

Al despertar, Teotiste vio a su marido en una postura rara: estaba todo cubierto con la cobija, salvo su cara que sonreía absurdamente y miraba hacia el pie derecho que también estaba descubierto, con el dedo pequeño ausente.

— ¡Tony!, ya está bien, esto es un asunto grave, ya es hora de llamar a un médico.

— ¡No!..., debemos esperar, no sabemos en qué momento ese dedo aparece y yo quedo como un ridículo mentiroso.

Desde entonces Teotiste entró en vigilia continua, quería saber la realidad de lo que estaba pasando. Transcurrieron exactamente cinco días, cuando comenzó a repetirse el fenómeno: Adormecimiento, escozor, quemazón... y al amanecer, le faltaba el pie derecho completo. Ella presenció la desaparición y

estalló en llanto. Tony se puso nervioso y se acordaba del hombrecito del cerebro; porque era tal cual como se lo habían descrito, él sentía el pie, pero no lo tenía, y pensaba: “Bueno si nadie me lo ha cortado, en algún momento aparecerá”. Sin embargo le dijo a su mujer:

—Hay que llamar a un médico, esto no me está gustando, me confunde lo que está sucediendo.

Teotiste desesperada comenzó a pedir ayuda médica. En las veinticuatro horas siguientes, nadie le prestó atención: porque se trataba de Tony el hipcondríaco. Esta era otra de sus trastadas. La enfermedad seguía avanzando, ya en la pierna izquierda tenía las mismas sensaciones que habían precedido a la desaparición del segundo pie. La situación se tornaba desesperante.

Pasaron dos días, cuando Teotiste, angustiada, llamó a urgencias y se identificó ella como la paciente, pidió que vinieran a buscarla, porque era una enferma que no podía valerse por sí misma. A todas estas, Tony había retomado fuerzas y sostenía que tenían que ser los médicos los interesados en ver lo que a él le sucedía.

Cuando llegó la ambulancia aullando, sus ocupantes vieron la casa. Los enfermeros que acompañaban a un médico joven, fueron muy cautelosos al comentar:

—Doctor, disculpe, el médico es usted, pero se trata de la casa de Tony el hipocondríaco, este lo que hace es crearse enfermedades y de esa manera se ha burlado de todos sus colegas, porque es un hipocondríaco.

—Les agradezco la aclaratoria, pero esas son razones más que suficientes para entender que esa persona necesita ayuda y hasta ahora no se la han sabido dar —respondió el médico.

Después de recorrer un largo pasillo —con Teotiste adelante— entraron a una habitación. Allí pululaba un fuerte hedor a carne humana que puso en alerta a los visitantes.

— ¡Apúrense! —gritó Teotiste— que se le están desapareciendo las caderas.

¡Era espeluznante!, los enfermeros y el médico se quedaron paralizados: “El cuerpo desaparecía, a la inversa de cuando el agua derramada corre sobre una superficie lisa”. No había otra forma de entenderlo.

El primero en reaccionar fue uno de los enfermeros, quien instintivamente corrió hacia la ambulancia y le indicó al chofer que había que buscar refuerzos, ya que el médico que les acompañaba le parecía muy joven como para que pudiera hacer algo por este caso tan grave.

Simultáneamente, Tony, en su exultación, se tocaba con sus manos indemnes las partes desaparecidas, él las sentía, en esas áreas había un cosquilleo. Pensaba

que había logrado lo que quería: padecer una enfermedad que solo él en el mundo tenía, había logrado algo milagroso, vendrían momentos grandiosos; solo que había un problema: esto no era simulado, y escapaba a su control; ya que eso no era lo que le habían explicado del hombrecito del cerebro, era una realidad que su cuerpo estaba desapareciendo incontroladamente. Si nadie lo había amputado, ¿dónde estaban las partes del cuerpo que le faltaban?, solo se aferraba a la sensación de tenerlas; sin embargo, su ambivalencia era tal, que tampoco quería que su cuerpo reapareciera, hasta que no llegaran los especialistas y la prensa. Quería que el mundo se enterara de lo que le estaba sucediendo.

La casa de Tony fue cercada policial y sanitariamente, bajo el argumento de que “una bacteria se estaba comiendo a un hombre, y si se diseminaba sería desastroso”. Esto no impidió el arremolinamiento de una poblada alrededor de la casa.

Llevaban unas treinta y seis horas de la toma de la casa de Tony, a quien habían metido en una enorme especie de incubadora, un tubo que salía de su boca lo conectaba a una bombona de oxígeno y estaba rodeado de médicos protegidos de tal manera que parecían astronautas. Todos a la expectativa, y con la esperanza de que esto cesara; pero como a las tres de la madrugada comenzaron a desaparecer sus manos, sus miembros superiores, su pecho, su cuello;

solo quedaba su cabeza, cuando uno de los presentes, impactado, comenzó a vomitar. La base de su cabeza, donde segundos antes existió el cuello, era una carnosidad con pequeñas excavaciones color púrpura, sin que saliera una gota de sangre. Tony movía los ojos, quería decir algo que no llegaba a articular.

A Teotiste, ensimismada y extremadamente agotada por el prolongado sufrimiento de ver como desaparecía su Tony, ya no le salía llanto; entendía que él en el desespero quería decir que estaba allí, que se esfumaba ante sus ojos, y ella sin poder hacer nada.

Cuando la cabeza y la cara comenzaron a desaparecer, Tony, dibujó un esbozo de sonrisa dirigido a su mujer de toda la vida, la que lo supo entender y soportar después de la muerte de Toñita, dicha sonrisa se le acentuó al elevarse la comisura derecha de su boca mientras desaparecía la izquierda, hasta la desaparición total de la cabeza.

Para no alarmar a la población, este caso fue cerrado sin mucha alharaca, como un secreto más de los médicos. Ninguna autoridad pudo sacar a Teotiste de su casa para que no se contaminara; casa donde ella vivió los mejores años de su vida, donde Tony seguía presente, ella lo sentía mover cosas, no era su alma ni su espíritu, era su cuerpo en desasosiego que mendigaba cariño, afecto, que solo ella podía darle.

En las noches interminables, Teotiste deambula en la inmensa casa, buscando a su amado y observando

cómo se mueven los libros que él quiere consultar para ver como regresa a la vida. En su soledad, comprende que no es solo el cuerpo de él lo que extraña: son sus quejas, sus reproches, la necesidad de cuidarlo y protegerlo, sus mentiras. Eso era lo que a ella le hacía falta.

A Teotiste se le ha visto en hospitales vestida de negro, con un Rosario en sus manos, musitando rezos y esperando reconocer a Tony metido en el cuerpo de algún paciente hipocondríaco.

LÁGRIMA HUÉRFANA

Hace tantos años que con el atardecer él está en la soledad de esa plazoleta que nadie visita, que ya parece la estatua que ella nunca tuvo. Fue una decisión que tomó un día, de las pocas que ha tomado en su vida, la de estar allí en una espera sin fin. “¡Ay!, qué sería de las tardes y de las noches en la plazoleta si José Felipe no estuviera allí”, eso solo lo piensa él, sin que nadie se entere de su presencia, ¿y quién vela por él?, nadie; si su vida no tiene sentido, desde que su mujer lo echó de su casa le ha tocado vivir solapado en su propio vacío, sin que le quepa más soledad en su estrecho cuerpo; pese a que la piel a cada día le queda más grande, aun así, resulta poca para contener su dolor y sus penas; y parece mentira, como pasa el tiempo, de eso ya hace nada menos que dos años con tres meses y siete días, que su vida transcurre entre su cuartucho, el trabajo y la plazoleta.

Cómo no se va a sentir culpable, si su mujer lo maldijo, y todo lo que le predijo siempre fueron cosas malas, y él, que fue incapaz de rebatirle una sola palabra, solo se limitaba a abrir sus enormes ojos y sobarse su mostacho, mirando al suelo. De no haberle escuchado sus abominaciones, a lo mejor su vida sería otra. Es que todo lo que le decía era tan hirien-

te, que no fallaba ninguno de los dardos verbales que le lanzaba, todos iban a su corazón abierto e indefenso; por eso para él era inevitable oírlo cuando le decía: “¡José Felipe tú no sirves para nada!, ¿cómo fue que dejé que este hombrecito se metiera en mi vida?; pero..., no comprendo qué fue lo que te vi para casarme contigo”. Después que lo hacía estallar en llanto ella lo consolaba: “¡Ay José Felipe!, guarde lágrimas, porque usted es un malbaratador de todo, los hombres como usted se ponen viejos rápidamente, si es que llega a viejo, y ni lagrimas que le acompañen en su dolor tendrá; ¿sabe lo que es feo y triste?, un viejo sin lágrimas. ¡Váyase bien lejos!, ¡donde no lo vuelva a ver!, para que mis niños no cojan tan mal ejemplo de solo verlo trabajar como un esclavo, mimándolos exageradamente, sin infringirles el carácter recio que un hombre necesita para criar a su hijos.

Cuando él salió de su casa, sin resignarse a aceptar lo que le estaba sucediendo, solo llevaba en sus espaldas un viejo morral donde metió las cartas del noviazgo con su mujer, una muda de ropa, dos anillos de fantasía, sus escasos implementos de trabajo y las heridas que ella le ocasionó con sus blasfemias.

El estrépito de las maracas secas de las acacias de la plazoleta agitadas por la brisa de la época de sequía, sonando taca-taca-taca-taca..., lo sacan de los dolo-

rosos recuerdos de su casamiento, para hacerlo evocar momentos más alentadores: de cuando ayudaba a su madre en los quehaceres del hogar, siempre listo para realizar cualquier trabajo que sirviera de apoyo en el sostén de su casa, la semana santa cuando servía de monaguillo en la parroquia de la comunidad donde vivió su feliz infancia y a las doce del día él sonaba la matraca de madera: ¡¡traca-traca-traca-traca...!!, junto a un grupo de feligreses que también sonaban el mismo artefacto, mientras recorrían las calles donde no se oía el tañido de las campanas de la iglesia, invitando a la procesión del domingo de resurrección del Señor que se celebraba en las tardes, en las que habitualmente todos los años él iba adelante vestido como el párroco, que era lo que su madre quería que él fuera cuando creciera, aduciendo que: “Él es un muchacho tranquilo, estudioso, que nunca ha dicho una grosería, muy inteligente y reúne todas las cualidades para tomar los Hábitos”. Él, junto a la procesión, caminaba calles aledañas a la iglesia, y la madre corría para adelantársele a verlo una vez, otra vez, otra vez, otra vez..., admirándolo desde cualquier sitio, para luego, después de culminada la procesión, decirle: “¡Qué bello te ves José Felipe vestido de monaguillo, un día serás el párroco de esta iglesia!” Lo que él lograba en su ensimismamiento evocativo, con su perseverante rumiación ideática: “¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?...”, era profundizar sus culpas, que

lo estremecen en lo más recóndito de cada fibra de su cuerpo. De haber sido obediente con su madre, que era una obsesiva feligresa de su parroquia, hoy día sería el clérigo de esa misma iglesia, como ella lo soñó.

Al regresar de su trabajo, cuando comienza a despedirse la tarde y se dirige a la plazoleta, una tristeza profunda lo arropa, y él habitualmente a esa hora saca del morral —que solo se lo quita para ir al baño— cualquiera de las cartas de amor que le escribió a su mujer durante el noviazgo, la lee y la relee, hasta que la oscuridad de la noche que llega ahíta de belleza, cortejada por miles de estrellas, ignorando su presencia y no le permite leer más; luego, guarda la carta y gime sin llegar a un verdadero llanto.

Ha pasado tano tiempo, sin embargo, se repite lo de siempre: él se avergüenza de que la noche lo encuentre otra vez allí, con los ojos hinchados de tanto restregárselos, y no le queda más que ocultar su rostro y apaciguar el llanto seco —hace tiempo que su piel no suda, y ni pensar en lágrimas, ni siquiera para su consuelo, menos para drenar sus penas, dejando que estas últimas fustiguen con todas sus fuerzas el cuero mate que no sangra, sintiéndolas en su corazón, en sus pelos, en sus uñas. Después de esto medita con más tranquilidad, sin alejarse de la martirizante idea: “¿quién era ella para decirme que yo no servía

para nada?, si en mi trabajo ayudo a tanta gente a resolver sus conflictos, ¿cómo le pude permitir que me separara de mis hijos de mi propia sangre y de mi propio esfuerzo?, si ella tenía un solo argumento: mi falta de carácter, mi falta de carácter...”.

Sucedió que una tarde, después de leer una de las cartas de amor, sumergido en el dolor de siempre, cerró los ojos y no supo más de él. Al abrirlos bruscamente y percatarse de la llegada de la noche, en su confusión, tratando de disimular su llanto seco, algo salió en aquella oscuridad de uno de sus ojos; él sintió un poco de humedad y un ligero ardor, pero qué le podía importar este pequeño detalle, si ya estaba abrazado por la noche, al igual que su derredor. Fue en ese momento cuando él se percató que había brotado un capullo que emergía del lirio más carnoso que había en la plazoleta, y sobre sí posaba una gota de rocío. Hacía años que él no tenía una sensación como la que estaba viviendo. Consideró que sería maravilloso presenciar el alumbramiento de una flor, al menos más alentador que ir a su cuartucho vacío a llenarlo de más soledad, y esperar el amanecer para enfrentar un nuevo día de trabajo.

A medida que la luna incrementaba lo iridiscente de sus rayos se hacía más notoria la presencia de la “gota de rocío”; pero era muy temprano aún para la llegada de esa visitante. Él pensó: “bueno, a lo mejor el rocío

se adelantó, hoy día las cosas están tan cambiadas”. Todo se aclaró, no solo por la luz de la luna, sino, además, por la voz de la aparente gota de rocío que penetrando en su mente y le dijo:

—¡No soy una gota de rocío!, ¡soy “una lágrima huérfana”, que algún desalmado sin contemplación me ha lanzado aquí! ¿Cómo me echó así sin ninguna consideración, sabiendo que soy tan noble?

—¡No entiendo, cómo puedo oírte! —murmuro José Felipe, abriendo sus enormes ojos, sobándose su mostacho y sin poder salir de su asombro.

—¡Cómo se te ocurre decir que no entiendes!, sí mi mayor sospecha es que ¿quién más si no tú pudo echarme aquí? —le dijo la gota con voz acusadora.

Al sentir la humedad y ligero ardor en uno de sus ojos, él dudó y se solapó en el silencio, reaccionando evasivamente al ser señalado —una vez más— de padre irresponsable, por una lágrima que quién sabe de dónde vino y forzadamente quería hacerlo su progenitor para no morir huérfana. Espetó:

—Estás equivocada, tú no puedes ser mía, yo me quedé sin lágrimas desde hace muchos años, porque soy un malbaratador y las gasté todas antes de tiempo —lo dijo con irónica y triste forzada sonrisa, por considerar irrefutable su coartada.

—Perdóname si ahondo tu tristeza, pero comprende que soy una lágrima sola, y eso es lo peor que le puede suceder a una. Nosotras apaciguamos el dolor de la gente, ¿y a nosotras quién nos consuela?... , pues entre nosotras mismas. Por eso, ¡por favor comprendeme!, es que me hizo una persona tan triste, que vine sola, y no conforme con eso, aquí me abandonó.

La noche indiscreta avanza y se va adueñando del escenario, y en un intento de entender la conversación se agudiza, logrando solo hacerse más oscura. José Felipe, conmovido, sin que le quepa una gota más de tristeza, reacciona sacando fuerzas de lo más profundo de sus entrañas y evadiendo el malestar que pudo ocasionarle la lágrima, le dijo quedamente:

—No le hagas caso a la noche, ella disfruta con nuestra tristeza y nuestra soledad, esa no es amiga de nadie, menos en situaciones como esta; más bien es una alcahueta, cómplice de tanto dolor humano, de tantos desmanes y maldades que suceden bajo su amparo; además, ella se irá y pronto vendrá la madrugada que es más humana, comprensiva, y por qué no decirlo: más romántica; aunque ellas son uña y carne, yo nunca he podido descifrar lo que hay entre las dos; hasta he llegado a pensar que son las mismas, simplemente que la noche recapacita y se vuelve menos tenebrosa, más sensata y se hace llamar madrugada.

— ¡Que mal agradecido eres José Felipe!, cuántas veces he estado contigo: apoyándote, acompañándote. —masculló la noche sin poder retirarse a disimular su entrépita actitud.

—Porque te conozco bien es que pienso así —ripos-
tó él—. No te preocupes lágrima, tú no estás ni es-
tarás sola nunca más, estaré a tu lado todo el tiempo
que sea necesario; y, por qué no, toda tu vida. ¡Tú no
eres ninguna desdichada!, eso dónde estás aposenta-
da se llama capullo, él dentro de poco será una flor
con muchos pétalos, y tú estarás allí en uno de ellos
como una reina; pronto vendrán unas gotas llamadas
rocío, a las que sentirás como hermanas, y lo más
importante: tendrás una larga y hermosa vida, como
ninguna otra lágrima haya tenido.

La plazoleta, la luna, las estrellas, las hojas secas,
los lirios, y hasta la noche que no entendía lo que
sucedió, estaban sorprendidas, porque estas no eran
palabras del José Felipe que ellas conocían. Pero qué
más podía hacer, esa era su verdadera personalidad
altruista que afloraba ante tan apremiante situación,
y simplemente, como psicólogo —en lo que había
trabajado toda su vida—, era lo que le correspondía
hacer por alguien que tenía una tristeza que supera-
ba a la de él.

—Estoy confundida con tus palabras tan alentadoras, aunque una nace decidida a realizar lo que tiene que hacer en su corta vida, ya que somos la representación de la tristeza; imagínate algo tan horrible como un llanto sin lágrimas; son tantas cosas que yo pudiera decir acerca de lo que una representa. En cambio nuestros padres...

— ¿Quiénes? —le interrumpió él.

—Ustedes los humanos son nuestros padres, y nacen con posibilidades de escoger y decidir qué hacer con sus vidas, si quieren ser: sepultureros, plañideras, dueños de una funeraria..., es cosa de decisiones; algunos hasta se dan el lujo de no ser nada. Discúlpame si te ofendo.

—No te preocupes, no me ofendes, así como me ves yo he trabajado muy duro toda mi vida —le respondió, mientras se sobaba su mostacho—; más bien, me das mucho que pensar, y de verdad, creo que no es así como tú dices, imagínate si uno lograra hacer realidad sus sueños y todo lo que aspira. En lo personal yo fui convencido de que no servía para nada y así me quedé. Figúrate que desde que comencé a venir a esta plazoleta mi tristeza es tal que aquí no hay mariposas, los jilgueros dejaron de venir a piar en las acacias y hasta el banco donde estoy sentado se ha tornado triste. Es sorprendente eso de que tú, que apenas acabas de nacer, ya tienes conciencia de cuál es tu destino, y en cambio yo a mis cuarenta años y a pesar de mi profesión, aún no sé qué hacer con mi vida.

—Ahí está —le contestó la lágrima impresionada, al ver que él parecía de sesenta y cinco—, lo que sucede es que no te das cuenta, cuántas personas desearían tener el tiempo libre que tú tienes para disfrutar de los atardeceres, de la brisa, contemplar la noche, en fin, cada momento de su vida. Yo, donde quiera que me encuentre, seguiré siendo una lágrima, y por muy sonreída y resplandeciente que esté, en el fondo siempre percibirán mi tristeza.

—Lágrima, de verdad, tú me haces pensar sobre una gran realidad tan cierta para ti como para mí, ¿por qué me dejé convencer por mi mujer de que yo no servía para nada?, si soy un hombre trabajador amoroso y muy humanitario; igualmente, ¿por qué el destino de una lágrima tiene que ser estar triste?, si decidimos cambiar el rol que otros nos han asignado lo lograremos. —le señaló, mientras en su expresión parecía rejuvenecer.

— ¡Cómo es que no se me ocurrió pensarlo!, —dijo ella—, de verdad creo que una se empecina en que hay un destino que no nos deja ver otras posibilidades de nuestras vidas. Apenas ahora, con tus palabras que fueron las mías, entro en razón y me percaté que soy una afortunada: caer sobre un capullo, esperar la salida de sus pétalos, conversar contigo a la luz de la luna y ver las estrellas en esta hermosa noche, ¿qué más se puede pedir?; lo único..., bueno..., tengo que decirlo: lástima que sea una lágrima huérfana.

— ¿Las lágrimas nacen de cualquier persona? —le preguntó él compungido.

— ¡No!, hay quienes no las tienen porque las han malbaratado y otros porque ya están viejos. En mi opinión, creo que solo las personas tristes deberían tener lágrimas; tú sabes lo lamentable que es no tener como desahogarse de un dolor moral, como es el caso de nosotros dos.

Él quisiera contarle todo lo atinente a su vida, pero el tiempo vuela, a la madrugada le queda poco y pronto vendrá el alba como mensajera del sol; además, él desde hacía mucho tiempo no se sentía anfitrión y tiene que sacar fuerzas de donde no tiene, para servir de apoyo nada menos que a alguien tan especial como lo es: “una lágrima”. El capullo aceleró su apertura, porque tenía que culminarla antes del amanecer, simplemente que se había entretenido con la interesante tertulia entre Luis Felipe y la lágrima, y eso lo había retrasado. Con el pensamiento, José Felipe rompió el silencio cuando expulsó un grito de desesperación y de alerta a la lágrima:

— ¡Agáchate y aférrate al pétalo para que tengas mayor adherencia y evites que cuando abra la flor te deslices hacia afuera y sucumbas!, ¡trata de mantenerte siempre en el centro, protégete con las gotas de rocío!... ¡Oh, Dios mío ayúdala!

Aquel momento de nacimiento de una flor no tenía parangón: ¡tanta belleza junta!; era algo fantástico, tan impresionante, y ellos lo estaban viviendo. La lágrima por su parte estaba muy asustada, porque estaba en juego su vida. Su tremor delataba que ella no era de allí; a diferencia de las gotas de rocío que se desplazaban incólumes, sin importarles si caían hacia dentro o hacia fuera.

— ¡Muchas gracias José Felipe!, gracias a ti comprendo lo qué es el amor propio. Me queda mucha madrugada por delante para disfrutar de tu compañía en este paraíso. Te juro que con lo que me has enseñado no permitiré que nadie se avergüence de nosotras y siempre traten de ocultarnos. Le pediré a Dios que te dé mucha vida para que un día puedas ver nuevamente tus lágrimas, y que nunca más se nos niegue a un viejo y en todas esas situaciones donde nos necesiten...

Él no salía del grato asombro de estar viviendo algo tan maravilloso; se sentía reconfortado, ahora admiraba la noche, gracias a ella la lágrima había tenido una larga vida.

Se aproximaba el amanecer y todos tendrían que marcharse: el rocío, la luna, la noche, las estrellas, la humedad, y hasta él mismo, porque el trabajo lo esperaba. La lágrima nunca imaginó que llegaría a contemplar un amanecer tan bien acompañada, con otra esperanza de vida que le permitió hacer catarsis de su

ancestral sufrimiento, y pensando en su transustanciamiento a lirio.

Cuando el alba asomaba hacía más resplandeciente y puro el blanco de los pétalos donde posaban la lágrima y muchas gotas de rocío, estas últimas eran tantas que continuaban en su permanente retozo, deslizándose: unas hacía afuera, a humedecer y enriquecer la tierra, y otras hacia dentro, a ser lirio nuevamente. La lágrima no tenía dudas de que José Felipe le ayudaría a caer hacia dentro, porque él había sido su aliado, su protector, su guía, la había llenado de amor y de esperanzas, dándole aliento para que fuera feliz. Con esa confianza que ella sentía en él y sintiendo que el sol pronto vendría, le expresó:

—Cuánto de agradecida estoy, me has dado una inmensa felicidad, pero no ha sido completa, recuerda que me marchó huérfana, solo alguien como tú se comportaría tan bien con una hija, como lo has hecho conmigo.

Él, en sutil tartamudeo, le respondió:

—Pensándolo bien... si aquí no ha estado ningún otro humano... más que yo, no es que quisiera ser tu padre: ¡es que lo soy!; solo que el temor de serlo, por la seguridad que me fue quitada y tú me la regresaste, me creaba una profunda duda. —Simultáneamente sintió sus ojos inundarse de lágrimas, lloraba de alegría; la lágrima sonreía mientras se deslizaba hacia el interior del lirio. Hubo un coro de adioses sostenido

por un estruendoso aplauso de todos los presentes. Sintiéndose un hombre cambiado por el milagro producido por su propia lágrima, José Felipe, al levantarse del banco, ahora sonreído y erguido como que si tuviera treinta años, se ajustó los pantalones, miró al frente, se sobó el mostacho y avanzó decidido a trabajar, reconquistar a su familia y crearse un nuevo modo de existencia.

INFORTUNIO

El caserío San Lorenzo era un vivero de intelectuales; habitualmente los jóvenes que allí se criaban tempranamente salían a abrirse camino en la vida, a conquistar el mundo. Iban sobre todo a la capital, porque allá había donde estudiar, estaba el dinero y el progreso; de lo contrario estaban condenados a ser peones en las haciendas de los Sifontes, que eran los potentados del pueblo, y esclavizarse para toda la vida.

En ese pueblo nació y se crió Misael Molina, quien era negativamente diferente a los demás, porque le llegó la adultez y no había culminado la primaria, no había salido a la ciudad ni era peón de hacienda; más bien, era un patiquín, enamorado como nadie, que andaba bien vestido y con una guitarra terciada al hombro cantando boleros y rancheras. Su conducta se explicaba por la sobreprotección que le brindaba Matilde —la madre—; puesto que sus otros hijos salieron, uno por uno, y habían sido exitosos. Esta vida fácil a Misael súbitamente se le revirtió y todo comenzó a salirle mal; como pagando sus pecados en la mismísima tierra.

Doña Matilde —así la llamaban después que su hijo Arnulfo se graduó de ingeniero—, no entendía como un joven tan buen mozo como Misaelito

podía ser corto de mente, que solo había logrado el quinto grado a fuerza de regalos a las maestras, y no aprobó el sexto porque se encontró con una maestra bastante exigente, que a pesar de ser su madrina y haber recibido regalos como las otras, le dijo: “Comadre Matilde, usted no se imagina como yo quiero a mi ahijado; pero, de allí a regalarle un título de sexto grado hay mucha distancia, es una gran responsabilidad. Ese muchacho no está preparado; de mi parte no me arriesgo”.

Con el tiempo Misaelito se transformó en un joven delgado y alto con una melodiosa voz, que cargaba en su pecho una cadena de plata de gruesos eslabones, con sus características sandalias de cuero, las uñas de las manos y de los pies bien arregladas y siempre con su guitarra terciada al hombro. A él le costaba aprenderse la letra de las canciones, la música le era fácil, pero una vez que las ensayaba bien: era como oír un disco; además, ángel le sobraba, a todo el mundo le caía bien. La prueba más fehaciente de ello era la cantidad de muchachas que habían pasado por sus manos y cuántas habían perdido su virginidad.

Una mañana de un seis de agosto, época de vacaciones, había mucho jolgorio, porque se realizaría un casting para cantantes noveles de San Lorenzo y pueblos aledaños. Se formó una cola de aspirantes mucho más larga de lo que se esperaba. Esto inquietó a Misaelito, que era el único candidato acompañado de

una barra de muchachas y varias pancartas acabadas en pintura de esmalte, sobrecargados de contenidos como: ¡Misaelito ya ganó! ¡Se nos va el flaco!, ¡no te vayas por el primer contrato!...

Misaelito tenía en su pecho un cartoncillo con el número trece, lucía su mejor percha, incluso, el pantalón era nuevo y repleto de vela rayada en su bolsillo izquierdo delantero y en el derecho un cuartico de miel de abeja de la más pura. A cada momento carraspeaba su garganta para asegurarse que su voz estaba allí, y masticaba vela que apuraba con la miel, que más que mejorarle la voz —que era la creencia—, le servía para calmarse los nervios. Hasta ahora todo parecía fácil para que él fuera el ganador. Solo Miramar, procedente de San Tayupo, había hecho una interpretación que de verdad conmocionó al público, tanto así, que hubo un murmullo aprobatorio de los presentes.

Llegó el momento, se produjo una gran tensión en la muchedumbre, porque después de la actuación de unos cuantos participantes le llegó el turno a Misaelito. La mayoría de las muchachas lucían agotadas de tanto gritar. Sería su última actuación en San Lorenzo, porque sin duda alguna la empresa televisora se lo llevaría a la capital. Estaba a segundos de comenzar a cantar, y le abrumaba la idea de que alguien, por envidia, le hiciera un maleficio para que se le olvidara la letra de la canción o se le fuera la voz.

Anunció el animador, papel y micrófono en mano:

—Señoras y señores, un placer saludarles, ahora con ustedes el número trece, ¡Misael!, es un joven nativo de San Lorenzo, quien les va a interpretar una canción de su propia inspiración: “La Espiga”; género: ranchera; con ustedes... ¡Misaeel!

Le entregaron un micrófono inalámbrico, lo golpeó en la rejilla en forma de cúpula con el dedo índice, el músico rasgó la guitarra y Misaelito se llevó el micrófono a la cara, hinchó su pecho, abrió la boca... y no se le oyó la voz. Todos se miraron. El animador se acercó, le quitó el micrófono. Sintió la mano fría y rígida de Misaelito —como un garfio—. Anunció nuevamente:

—Respetable público disculpen la falla técnica —movió el off-on del micrófono, sacudió un cable y probó— ¡Holaa!, ¡holaa!, uno, dos, tres, soo...nii...doo...

Le entregó el micrófono a Misael, quien ya había sacado la miel de abeja y rápidamente ingirió un abundante trago.

Volvió el animador:

— ¡Y con ustedes! ¡Misaeel! Interpretando “La Espiga”, de su propia inspiración.

El músico rasgó las cuerdas de la guitarra. Misael hinchó el pecho, abrió la boca y: no le salió voz. ¡Increíble!, ¡Misaelito acababa de perder la voz! La barra quedó boquiabierta, como haciendo un coro de vo-

ces perdidas. La madre de Misael y Flor, la hija del hacendado don Empréstito, fueron las únicas en saltar al escenario para bajar su cuerpo frío, invadido por un hedor y un temblor generalizado. Reinaba un silencio sepulcral, solo se oyó la voz de doña Matilde quien en su baladro espetó:

—¡Por qué tanta envidia!, ¡no hay dudas de que a mi hijo le hicieron un daño!

La muchedumbre decepcionada fue abandonando poco a poco la calle de granzón donde se celebraba el acto; unos consternados y otros se burlaban entre risas y risitas.

No hubo hierbas ni medicamentos que trajeran nuevamente la voz a Misael a su garganta en lo inmediato. Transcurridos exactamente cinco días, a la una y media de la tarde, fue cuando Misaelito salió del mutismo. Sus primeras palabras fueron:

— ¿Qué... pasó...?

Acababa de recuperar la voz, cuando la familia Sifontes fue sacudida por la mala nueva, de que su única hija estaba preñada de Misaelito.

Don Empréstito Catalino Sifontes De los Montes De Oca, padre de Flor Estrella Sifontes Verihuela, su única hija hembra de nueve hijos que tuvo en su matrimonio; hombre de mucha dignidad, prestigio y altísima moral, al enterarse que su bordona y su más grande amor estaba embarazada de un patiquín, su-

frió una rama de hemiplejía que lo postró en forma inmediata. Siendo don Empréstito admirador de la familia que había formado doña Matilde, y no solo eso, sino, que siempre se preocupó por ella; hasta un dálmata le regaló para que estuviera protegida de malhechores. ¿Y por qué Misaelito vestía ropa de marca?, porque solapadamente él se la hacía llegar; no obstante, desde su lecho de enfermo ordenó: “¡Lo buscaremos, debajo de las piedras hasta encontrarlo, y saldaremos la ofensa!, ¡hay que impedir ese nacimiento!, ¡prefiero que no se dé tal monstruosidad!”.

Comenzaba la noche cuando la algarabía que reinaba en la casa de doña Matilde porque Misaelito había recuperado la voz súbitamente se apagó. Todo fue por la inoportuna llegada de un peón de don Empréstito; quien en susurro le dijo a doña Matilde que tenía que entregarle un mensaje.

— ¡Entréguelo pues! —le respondió ella característicamente hosca.

—Tiene que ser en privado doña Matilde porque el mensaje es hablado.

Caminaron hasta un viejo fogón, alejado de la sala de la casa donde se encontraba el flaco rodeado de admiradoras.

—Doña Matilde, que don Empréstito le manda a decir que los Sifontes van a matar a Misaelito porque empuñó a la niña Flor.

Ella no se amilanó, más bien el cuello se le hinchó cuando le contestó al peón:

— ¡Qué se ha creído ese maricón, que Misaelito no tiene quien lo defienda! Esto no se va a quedar así; enseguida usted me le va a llevar un escrito.

—Pero doña Matilde, yo no puedo.

— ¡Usted sí puede!

Todo fue muy rápido, parecía que lo que escribía lo había pensado mucho tiempo atrás: “Empres no te mereces mi saludo. Me entero que quieres mandar a los castrados de tus hijos a matar a su hermano; que de paso, es el único de tus hijos que se parece a ti, simplemente porque lo hiciste tú mismo, porque tus otros ocho varones no son de tu fratría, ya que tu impotencia no te permitía procrear tantos bichos. Eso lo sabe todo San Lorenzo. Lo de Misaelito no lo saben, pero parece que te empeñas en que se divulgue y se derrumbe tu falsa moral; como también que se sepa lo que hiciste con mi marido cuando fue a tu oficina a buscar el trabajo que tú le ofreciste y nunca regresó, solo porque habías puesto tus ojos en mí. No tienes que mandar a nadie a matar a nuestro hijo, ¡ven tú mismo cobarde!, ¡sépallo bien, que antes de tocar a Misaelito tienes que pasar sobre mi cadáver! Tú sabes que después de hacerme viuda y luego madre, desde entonces tuve que ser madre y padre; esa parte de padre, es el hombre que llevo dentro de mí; en cambio tú, detrás de ese mostacho con el que

ocultas lo poco varón que eres, lo que hay es una triste cuota de hombrecito impotente. ¡Ven embrión de homicida!, culpable de incesto y de posible fratricidio, para que te enfrentes a una mujer encolerizada, que bien debes de recordar cuántas veces tuve que escucharte decirme en el oído: ‘Es que cuando te veo así pierdo todas las fuerzas’, por eso cuántas veces me quedé dormida esperando que tú respondieras como hombre en la cama...”.

De: “Matildita de mi vida”.

Apenas el peón se metió el escrito en un bolsillo del pantalón y raudo salió de la casa, doña Matilde se fue a su cuarto a llamar por teléfono a su hijo Arnulfo —el ingeniero—, quien había conquistado la capital, estaba casado, se había ganado un buen prestigio profesional y tenía muchos amigos de influencia.

Cayó la llamada:

— ¡Mijo!, ¡Dios me lo bendiga!

— ¿Qué pasó mi viejita?, ¿por qué a esta hora?

— ¡No se me asuste, no es nada malo!, es que los Sifontes me quieren matar a Misaelito.

— ¿Quién?

— ¡Los Sifontes!, los mismos que hace seis días por envidia le hicieron brujería para que perdiera la voz, pero primero tendrán que matarme, porque de mis hijos ese es el que más quiero, y usted sabe por qué.

— Tranquila mi viejita, no se me desespere, no quiero

que usted se me vaya a enfermar, mándemelo inmediatamente, desde este mismo momento y en adelante ese problema es mío.

—Gracias hijo, Dios le dé vida y salud. Después le explico los detalles. Espérelo a eso del mediodía en el terminal..., el terminal de siempre.

—Bueno mi viejita, duerma tranquila, tómese una pastillita si es necesario.

A doña Matilde se le quebró la voz cuando se despidió.

—Dios me... lo ben... diga hi... —y colgó.

La esposa de Arnulfo, media dormida, al este regresar a la cama, le preguntó:

—¿Cuál es el problema?

—Mamá no me adelantó nada; tiene que ser que Misaelito se metió en cuestiones de faldas otra vez, tú sabes cómo es él.

—Bueno, para acá no lo vayas a traer, es tu hermano, pero yo le tengo miedo.

—No te preocupes, ahora mismo le busco una residencia en clasificados —

Ojeó el periódico y leyó: Pensión “Coromoto”. Solo para caballeros...

De un closet de puertas de romanillas, cuyas bisagras rechinaron al abrirlas, doña Matilde extrajo de uno de los compartimientos superiores una petaca de

cuero puro, amarillo ocre, con etiquetas de expresos La Provincia que lucían frescas. La misma petaca que usó cada uno de sus hijos cuando salieron del pueblo por motivos nobles: a estudiar o a buscar fortuna en otros lares. “Con esa petaca a todos les ha ido bien, ¡gracias a Dios!, Misaelito no iba a ser el de menos”, pensó ella.

A media noche lo llevó al terminal de pasajeros. La ex-niña Flor los acompañó. Al fin Misael salía del pueblo, y de qué manera.

Desde temprano Arnulfo esperaba en el terminal; sentado frente a un kiosco tomaba café y revisaba unos presupuestos. Cuando llegó el autobús, inmediatamente lo reconoció. Misaelito salió de primero, vestía jean azul y camisa de cuadritos manga larga. Estaba delgado. Al verlo, a Arnulfo se le aguaron los ojos, pero no por su hermano, sino por la petaca que traía en su mano derecha. Era la misma. Igual estaban los recuerdos de él cuando llegó por primera vez a la capital. “Tantos esfuerzos y sacrificios... valió la pena” —pensó.

El saludo de Arnulfo fue seco:

—¿Qué fue lo que pasó?

—Mamá no te contó por teléfono pues.

—No, cuéntamelo tú.

—Bueno, nada, los Sifontes cogieron una vaina conmigo, y mamá de escandalosa me mandó para acá;

porque y que me van a matar.

—Pero, ¿qué fue lo que hiciste?

— ¡No te digo!, nada, que varios de ellos me tienen envidia; hasta un daño me hicieron para que yo perdiera la voz cuando participaba en un casting.

Arnulfo le quitó la petaca y la abrazó para él llevarla hasta la camioneta.

—Hacia el estacionamiento; aquella camioneta azul.

— ¡Tremenda nave! —comentó Misaelito.

Tomaron una amplia avenida, con muchos chaguaramos en el centro y bordeada de colosos de concreto que le daba poca oportunidad al sol para penetrarla. Misaelito iba abstraído, era increíble lo que estaba viendo. Primera vez.

Arnulfo le decía:

—Te conseguí una habitación en una buena pensión; esta céntrica, es como si estuvieras en la casa.

— ¿No voy a estar en tu pent-house pues? —preguntó Misael.

—No..., porque... es pequeño, y lo importante es que estás aquí. Es tu oportunidad para superarte, estudiar, y por dinero y trabajo no te preocupes, esta misma semana te ubico en una de mis empresas, en un horario cómodo, como para que puedas hacer todas las cosas que te digo.

—Hermano, no necesito tener trabajo para sentirme

bien, no creas que he perdido el tiempo, todo se lo he dedicado a mamá para hacerla feliz. Tienes que entenderme...

—Misael, mientras pienses así no serás nadie en la vida.

—Es muy fácil decir, no pienses así, simplemente porque nunca te he hablado de mis cosas, y uno no se las puede contar a todo el mundo; sé que tú me sabrás escuchar, y más allá de eso: comprenderme. Ninguno de mis hermanos se imagina lo que hemos sufrido mi vieja y yo. En un poco a poco ustedes fueron saliendo del pueblo a estudiar, a superarse, y así mismo la casa grande se fue inundando de soledad. A medida que ustedes se graduaban y triunfaban, la vieja se ahogaba sumergida en una gran tristeza por no verlos más, y noche a noche sin poder tragar más tristeza, cansada de fingir al responder el saludo a la gente del pueblo: “¡Mis hijos están bien!, ¡pronto vendrán!”. Que doloroso, a su edad, tener que mentir a cada momento. Cuando dices: “¡Misael, tienes que superarte!” , esos son estrujones que llegan a mi corazón, al yo preguntarme: ¿con quién quedará mi vieja si salgo a superarme como salieron ustedes?, que cuántas veces la he oído en sus rezos pedirle a Dios que le mande la muerte. Yo sé lo que es ver partir a un hermano y a otro y a otro... —cuando Misael vio que a Arnulfo se le aguaron los ojos, contraatacó—. Yo sé lo que son las noches de soledad en el pueblo

consolado por una vieja guitarra, metiendo mis penas en su caja, en el silencio de la noche, sin lograr ahogarlas...

Arnulfo detuvo la camioneta en zona prohibida, lo abrazó fuertemente con el brazo derecho y la mano izquierda se la llevó a sus ojos que ya no podían contener las lágrimas que emergían a chorros. Misael continuaba:

— Hermano, yo soy joven y puedo tolerar toda esa masacre afectiva; pero, mi viejita que los parió y los vio partir uno a uno, y más nunca los vio regresar. Y el despiadado destino lo que le ofrece es esperar la muerte pasivamente, al lado del fracasado, del que no pudo estudiar, el desafortunado que nada pudo hacer, salvo consolarla.

Llegaron a la pensión Coromoto y Arnulfo no se pudo bajar de la camioneta hasta que no controló la crisis de llanto que le había provocado Misaelito; luego le presentó a la señora Lola —la conserja—, e inmediatamente se fue.

Ya calmado, en el regreso a su pent-house, Arnulfo pensaba: “con razón que a Misael no hay muchacha que se le escape”

Al día siguiente la señora Lola lo llamó:

—Misael, tiene una llamada de su hermano.

— ¿Como la has pasado? —le saludó Arnulfo, y continuó—. Esta tarde no puedo ir, tengo una reunión.

Cena en uno de los restaurantes que te quedan cerca, son buenos. ¡Cúidate!

Misael se encerró en la habitación y durmió toda la tarde. Se despertó a las seis y cincuenta, muy nervioso. No sabía si había soñado o sí fue verdad. Recordaba que la voz de una mujer joven le decía: “Me llamo Alejandrina, soy un alma en pena. Mi novio, un guardia nacional, me trajo a esta pensión un sábado por la noche y al oponerme a sus pretensiones se enardeció hasta enloquecer y me estranguló; después de muerta me poseyó. Al día siguiente cuando la pensión quedó sola, cavó un hoyo y me enterró debajo de la cama donde tú duermes. Denúncialo, es el capitán Rojas, destacado en puerto Moya; denúncialo”.

—Creo que fue un sueño; parecía tan real que me estremeció. Todavía estoy nervioso —murmuraba Misael.

Comió unas torrijas que le ofreció la señora Lola y nuevamente se fue a su habitación. Como a la hora de estar mirando el techo sin lograr dormirse, el fenómeno se repitió. Podía verla, era una adolescente muy linda, vestida de novia, pelo largo, ojos muy grandes, negros como su pelo, no tenía nariz; flotaba, no se le veían los pies. La lámpara que estaba en la mesita de noche se movía y titilaba repetidamente. Ella le repetía lo que le había dicho en la tarde, y agregaba: “Ayúdame, denúncialo, no esperes que a ti también te toque el tormento”.

Al día siguiente, al amanecer.

— ¡Buenos días!, se ha levantado usted muy temprano, acaso no le cayeron bien las torrejitas —le saludó la señora Lola.

— ¡Buenos días!..., ¡no, no!..., es que tuve pesadillas anoche. Fue algo malísimo, me siento muy nervioso.

—Hombre, por Dios, madre mía, sueños son sueños, no le haga pecho —y siguió con su tobo y el colete limpiando hacia la entrada de la pensión.

A Misael algo le hizo voltear, y súbitamente vio a la joven flotando saliendo de su habitación; él perdió el control y salió en estampida, se llevó por medio a la señora Lola, quien sabía lo que sucedía. Fue a parar la carrera en una avenida, frente a una parada de autobuses. Con fuerza sobrenatural levantó la rejilla de una alcantarilla; allí se introdujo. La gente se aglomeró; por suerte por allí transitaba una unidad de cuerpo de bomberos que lo sacó totalmente enchumbado de aguas pútridas, solo resaltaba lo blanco de sus ojos. Considerando que era un loco lo llevaron al manicomio más cercano. Después que lo asearon dijo con voz gangosa:

— ¡Busquen al capitán Rojas, está en puerto Moya, él la mató, él la mató! —Trataron de contenerlo y se tornó agresivo, le pusieron una camisa de fuerza, lo sedaron y así lo mantuvieron por cinco días.

No podían localizar a sus familiares. A los siete días

Arnulfo lo encontró, después de haber agotado su búsqueda en puestos de policías, hospitales con sus respectivas morgues... Dos meses después, le dieron de alta. Arnulfo estaba desconsolado; se sentía culpable de la locura de su hermano. Pasó por la pensión y le contó a la señora Lola lo que había sucedido, ella le entregó la petaca, sin tocar el tema de Alejandrina. No quedaba más, debía ir a San Lorenzo con Misaelito. Tal como había salido, oculto sin que se enteraran los Sifontes. Con un informe escrito lo llevó amarrado, bien cubierto y sedado en el asiento trasero de la camioneta, tal como se lo recomendó el médico. Llegaron avanzada la madrugada. Doña Matilde se tuvo que tragar el llanto, para no delatar la llegada de Misael. En susurro decía:

—Fueron ellos los que me le hicieron un daño, ellos juraron matarlo y al no lograrlo me le han hecho algo peor.

Ella —doña Matilde— se enteró que los Sifontes estuvieron en Curisopo, un caserío donde residía un brujo famoso. Ese tenía que ser el que le había hecho el daño a su hijo, y por lo tanto solo él podía curarlo. Fueron hasta allá. El brujo Eulipo negó rotundamente que él le hubiera hecho algo a Misaelito. Sí les confesó que le había sacado de las entrañas un carajito a la hija del señor Sifontes.

La repentina llegada de Arnulfo a San Lorenzo, un hombre tan ocupado en la capital y primera noche

que el dálmata dejara de aullar desde que Misaelito salió del pueblo, despertó muchas sospechas. Sin embargo transcurrieron quince días y nadie, salvo Arnulfo, que ya se había marchado y doña Matilde que le acompañaba, sabían que él estaba allí; sedado por las pastillas, farfullando, repitiendo lo que la voz de Alejandrina le ordenaba: “Denuncien al capitán Rojas, trabaja en puerto Moya...”.

Una tarde la voz le dijo: “Hasta hoy tienes oportunidad para denunciarlo, es tú último día, de lo contrario amanecerás muerto”. Serían las once de la noche; todos dormían, hasta el dálmata, cuando Misaelito decidió huir antes que Alejandrina se lo llevara. Se arrastró desde su cuarto por un largo zaguán, para alcanzar el inmenso patio de la casa; el que conocía como la palma de su mano, donde pasó su infancia, su adolescencia y donde tantas veces ahogó con sus manos los gritos susurrados de las muchachas más inocentes de San Lorenzo mientras las desfloraba; ahora como castigo tenía que arrastrarse como una lagartija fugitiva, fuera de sus cabales, mordiendo la tierra y la hojarasca polvorienta. Se desplazó hasta lo último del patio, donde estaba el primer pozo séptico que tuvo la casa, le quitó la tapa de madera y se sumergió en el negro espesor de una sustancia gelatinosa con hedor a heces rancias. Ya no oía la voz de Alejandrina. Era como decía la señora Anuncia: “Cuando quieran que un duende o un espíritu se aleje de ustedes, coman en el excusado o en un pozo séptico, a ellos les da asco y se van”.

Al quinto día de búsqueda infructuosa lo dieron por muerto: “Algún espíritu o el mismísimo Satanás se lo llevó” —decían—. El velorio sin cuerpo hubiera sido frustrante, por eso unas muchachas de San Lorenzo hicieron un muñeco con un rostro bellissimo, un salón velatorio..., todo quedó muy bonito. Por allí desfiló casi todo el pueblo, unas lo besaban, otras se desmayaban, la mayoría lloraba. Arnulfo no pudo asistir, porque la responsabilidad de la construcción de la nueva etapa del metro que pasaba por la parte vieja y céntrica de la capital no se lo permitió. Había que derrumbar muchas casas vetustas en la inmediatez, hasta la pensión Coromoto estaba incluida. Al excavar en la pensión para hacer una de tantas fundaciones de cemento que llevaba el metro, encontraron el cadáver de una joven que extrañamente se mantenía intacto. En el pie izquierdo, por arriba del tobillo, tenía una esclava de oro con una placa cuya inscripción decía: “Alejandrina”.

Anuncia, quien dirigía los rezos del acto velatorio de Misael dijo:

—Las cosas se hacen bien o no se hacen, hay que llamar al cura para que le dé los santos óleos.

El cura se negó, aduciendo que era una sinvergüencería hacerle una misa a ese monigote, menos en su casa, y que ni se les ocurriera pasarlo por la iglesia. Doña Matilde dijo que esa respuesta era una decisión de los Sifontes, que con su poder y amistad con el

cura, hasta los santos óleos le negaban a su hijo. El entierro de todas maneras se hizo con música y todo. La guitarra del difunto iba sobre la urna, amarrada por la caja para que no se cayera con el bailoteo.

En la séptima noche del novenario, en pleno rezo, el dálmata se ahogaba en sus latidos, en momentos hasta parecía el llanto de una persona, latía como que si se comía a alguien, iba y venía hacia el pozo séptico. La gente arreciaba el rezo; alguien quiso alumbrar con velas. Anuncia, quien portaba un frontal que no alumbraba porque hacía años que no tenía batería, iba hacia el perro y alertó:

— ¡No traigan velas, que eso atraerá a las ánimas y a otros muertos hambrientos! Así les ladran los perros a esos bichos, a menos que sea el espíritu de Misaelito que no quiere descansar. ¡Búsquenme palmas y agua benditas!

La luna estaba a favor de Misaelito, gracias a sus claros rayos lo pudieron ver: casi todo su cuerpo estaba sumergido en el oscuro y pútrido batido de rancio estiércol; asomaba apenas la nariz y la boca llena de gusanitos nacarados ensortijados que masticaba con parsimonia, a la vez que alardeaba:

—Yo soy el hombre de hierro..., el hombre de hierro nunca muere...

Transcurrieron los años y a Misael nunca más lo abandonó la locura. Doña Matilde murió de sufrimiento

sin tener quien la consolara.

Desde el fondo del patio de la casa de los Molina, en el pueblo se escucha la voz gangosa de Misaelito, bamboleada por la brisa de la madrugada haciéndola más desafinada aún, cantando “La Espiga”.

EL ALTRUISTA

Ella era una asmática empedernida, por lo que frecuentemente asistía a la emergencia del hospital más cercano buscando ser atendida para no morir por asfixia. Su único hijo, el que no conoció familiares salvo a su madre, en su desesperación fantaseaba querer ser médico en la inmediatez para que ella no lo abandonara cada vez que se enfermaba. Este trauma quedó incubado en la mente del niño después de la muerte de ella, y buscando un camino expedito para salir de este sufrimiento terminó su existencia en un oscuro atolladero.

Cuando Estilita murió por insuficiencia respiratoria, desencadenada por un status asmático, después que uno de los vecinos levantó al chiquillo y acercó su cara al rostro de su difunta madre para que se despidiera, no le quedó más que plantear el caso del niño Canuto al “Departamento de Niños Abandonados”, quienes al estudiar la situación al día siguiente del velorio lo trasladaron a un orfanato. De allí egresó a los dieciséis años de edad con el título de bachiller en ciencias; ya tenía a todos sus compañeros y al personal cansados de decirles que sería médico, “para ayudar a todos las personas sufridas, pero sobre todo para que no pasaran por lo que él pasó”.

Comenzó en la facultad de medicina muy entusiasmado, pero rápidamente se fue desilusionando porque se sintió sumergido en asignaturas teóricas que no tenían fin, y él, en su apuro, lo que quería era practicar la medicina de una vez. Aunque aprobaba las materias que cursaba con facilidad, se fue desesperando y, valiéndose del carnet que lo acreditaba como estudiante de medicina, comenzó a asistir a los hospitales a ayudar en suturas sencillas, presenciar la atención de partos, meterse en consultorios para colaborar tomando la tensión arterial, la temperatura, explicarle a pacientes y familiares acerca de las enfermedades por las que consultaban, ya que los médicos no tenían tiempo para hacerlo; abandonando así el curso formal de la carrera.

Terminando el tercer año comenzó a ver las consecuencias de haber abandonado las aulas. Sus notas eran un desastre, lo que fue muy doloroso, porque él estudiaba con muchos sacrificios; sin embargo, esa necesidad de ir a los hospitales lo arrastraba, era como una adicción.

Cuando logró alcanzar el cuarto año de la carrera, era un repitiente crónico. No obstante, tenía muchos seguidores, porque de tanto poner inyecciones, conseguirle algunas muestras médicas a personas limitadas económicamente, una que otra consulta, la gente que no tenía acceso a los médicos lo buscaban para que los ayudara. Él lo hacía con una gran entrega;

además, de que no faltaban los comentarios que reforzaban su conducta: “Ojala que muchos médicos tuvieran los sentimientos y el trato que Canuto le da a los pacientes”. La exaltación de su condición altruista por la gente a quienes ayudaba le hizo mucho daño, porque fue lo que dio pie a continuar con su permanencia en los hospitales, sin haber aprobado las asignaturas previas establecidas en el pensum de estudios para realizar pasantías que le permitieran prácticas con pacientes en instituciones de salud.

Una noche de un quince de julio, se encontraba en su habitación cavilando, agotado y triste pensando que ese día se graduaban los que comenzaron los estudios con él. Su conclusión fue que él no se quedaría atrás, por lo que decidió irse a un pueblo lejano donde pudiera poner un consultorio para “ayudar a los más necesitados”. Se sentía preparado para trabajar como médico rural, para eso bastantes conocimientos había adquirido como para estar seguro de que lo haría bien.

A los ocho meses de ejercicio ilegal de la profesión las cosas habían cambiado mucho, lo llamaban doctor y lo trataban como a un rey, poseía un carro usado que parecía nuevo y tenía amor con la hija de un rico hacendado del pueblo. Esto no quedó allí, sino que al consultorio llegó un paquete que solo podía ser recibido por el doctor, el cual contenía nada menos que el título de médico que a precio bastante elevado mandó a hacer.

Uno de los motivos por el que la gente del pueblo consultaba con más frecuencia era: “dolor de cabeza”. Canuto, preocupado, buscó una solución para estos pacientes, e hizo un equipo con un juego de bombillos de navidad insertados en una correa de cuero. El artefacto lucía muy bien acabado, gracias a que él tenía una gran destreza manual. En una habitación oscura colocaba dicho dispositivo en la frente de los pacientes, abrochado en el occipucio; al encenderlo los bombillos titilaban en forma impresionante, luego en el consultorio les mostraba un electroencefalograma que era común a todos los pacientes, donde les indicaba que su cerebro estaba completamente normal. Con este artilugio a la mayoría de los pacientes se le quitaba el dolor de cabeza, pero despertó muchas sospechas en la gente y hasta se llegó a decir que ese tipo era un truhan.

Cuando llevaba dos años ejerciendo la medicina rural, el doctor Canuto había tomado tanta fama que venía gente de pueblos aledaños a consultarlo, hacían cola desde la madrugada para poder verse con él. Tenía dos secretarías que repartían números, cuarenta era el límite de pacientes por día —solo pagaban la consulta los que tuvieran condiciones económicas para hacerlo, y él nunca aceptó que se diferenciaron en las colas los que cancelaban y los que no, y así se los ordenó a sus secretarías.

El éxito del doctor Canuto radicaba en que desde pequeño aprendió a ponerse en los zapatos del otro, y para él cada persona merecía respeto, cada quien era un mundo diferente, por lo que ameritaban tratamientos personalizados aunque consultaran por el mismo problema, por eso aventajaba a la mayoría de los verdaderos médicos que eran normativos y tenían esquemas diagnósticos y de tratamientos para manejar a las personas.

Algunos de los que estudiaron con él en la facultad de medicina tenían dudas de sí ese doctor, era el mismo Canuto Matute: “aquel estudiante muy popular, dicharachero y repitiendo crónico que se jactaba de que un día sería famoso y que luego sin graduarse dejaron de ver por la universidad”. Cuando se encontraban en algunos eventos científicos se convencían de que era parecido físicamente, pero no era el mismo, porque este, a pesar de su juventud, tenía una calvicie total, era delgado, bigotes negrísimos, una voz seductora y de trato huidizo.

En el tope de su fama anunció su despedida del pueblo, argumentando que se iría a realizar un postgrado en medicina interna, porque esta era la especialidad con la que podía ayudar más a la gente, además de ser la más difícil de toda la medicina; pero, realmente, en momentos de soledad y meditación temía por las consecuencias que le acarrearía el ejercicio ilegal de la profesión, porque a sus oídos estaban llegando

rumores que no le gustaban. Sin embargo, ayudar a la gente y la fama lo ilusionaban, y se auto convencía que nunca le pasaría nada, tanto así que después de este lapso en el que decidiría qué hacer con su vida, se compró un anillo de graduación de los clásicos, con piedra color ámbar, tremendo esculapio, y mandó a hacer otros títulos donde se anunciaba como PhD en medicina interna y MsC en cirugía, ambas especialidades realizadas en Houston, con el nuevo nombre de: Dr. José Matías Delgado Echerrisbieita.

Las ambiciones y satisfacciones por los éxitos del doctor Canuto no quedaron allí, sino que después de unas merecidas vacaciones de tres meses, apareció en la capital con los títulos que acababa de adquirir. Ingresó a una de las clínicas más elitistas de la ciudad, lo que le resultó más sencillo que cuando se inició como médico general en el medio rural.

A una de sus ex-secretarias, quien nunca perdió contacto con él, le pareció sospechoso tan poco tiempo para el doctor Canuto realizar postgrados en cirugía y medicina, pero “como era un médico brillante, a lo mejor aprendió muy rápido”, pensaba. En ocasión en que ella telefónicamente lo llamara para saludarlo, la explicación que él le dio respecto a sus nuevos títulos, consciente de que ella se ocuparía de divulgarlo sin que nadie se lo pidiera, fue que esos postgrados los inició antes y por cuestiones de las tesis no culminadas, no le habían entregado los títulos.

Comenzó en la clínica capitalina realizando intervenciones menores: fistulas, lipomas, abscesos, hernias umbilicales. A finales de ese mismo año había incursionado en cirugía mayor; su primer caso fue una emergencia, así él lo decidió para que su entrada y salida del quirófano fueran sorpresivas. Todo salió bien.

El contacto con médicos experimentados que, por la fama del doctor José Delgado, querían acercarse a él para atraerlo al gremio, inclusive algunos de sus “colegas” querían hablarle acerca de pacientes que ellos le habían referido, era casi imposible porque él temía que le descubrieran sus flaquezas en la semántica médica, de las que estaba consciente, y era muy riesgoso delatarse de una manera tan torpe. Él siempre simulaba andar apurado, su conducta se la atribuían a que era un hombre muy ocupado. Sin embargo, las sospechas de que no fuese médico cada vez eran mayores, hasta que llegó lo que tenía que llegar: realizó una colecistectomía a don Rafael Sifontes —un personaje de la comunidad, con cuatro hijos abogados y dos nietos médicos—, quien a las cuarenta y ocho horas de ser intervenido se complicó y estuvo a punto de morir con una insuficiencia renal. Se dijo que la complicación se produjo por falta de pericia, por lo que la familia de don Rafael lo demandó, no por ser un falso médico, sino por mala praxis. Canuto contrató a los mejores abogados de la capital, desembolsó todo

que se había ganado con muchos sacrificios en casi tres años de ejercicio ilegal de la profesión, logró ganar el juicio y salió indemne. Pero optó por alejarse un tiempo prudencial del trabajo.

Al año de este incidente apareció en otro estado muy distante del anterior y comenzó a ejercer como cirujano, con un título cuya nueva identidad era: Arthur Leandro Cubillaga; cuidándose de no realizar intervenciones de cirugía mayor; aunque en cosa de meses la presión de la gente con sus solicitudes, que apenas al conversar con él quedaban convencidas de que era un profesional muy ducho, y atrapadas en su lenguaje persuasivo y seductor, lo llevó nuevamente a realizar intervenciones complicadas. Era muy cuidadoso, ya llevaba un año y medio operando lo que se le presentara y todo le salía bien. Continuó en su escalada y se casó con la hija de un cirujano jubilado. Este se convirtió en un problema para él, porque su suegro quería estar hablando de los casos difíciles que él tuvo que resolver en su época de activo, en esa medicina de una generación anterior donde tenían que defenderse con las uñas porque los avances científicos eran pocos. El avezado suegro, quien le encontraba muchos vacíos de conocimientos a su nuero, se hizo el tonto para atraparlo en sus incongruencias, y por protección a su hija, que nunca quiso escucharlo, dejar al descubierto de que este no era ningún médico como siempre él lo había sospechado, sino un psicópata embaucador.

Gracias a Dios no fue necesaria la acusación del suegro, ya que hubiera sido muy traumático para su hija que estaba muy enamorada de Arthur, sino que uno de los nietos de don Rafael Sifontes le venía siguiendo los pasos y disponía de varias evidencias para acusarlo y que se produjera su detención policial. Esta vez la acusación no sería por mala praxis, sino por ejercicio ilegal de la profesión.

Durante este lapso el doctor Arthur había madurado mucho y se había tornado más atento y altruista, a donde lo llamaran y a la hora que fuera asistía muy solícito. Cuántas veces dispuso de su dinero para ayudar a personas necesitadas de un medicamento, una consulta, una operación y de lo que fuera. A veces se le veía ojos de traspasar por trabajar sin descanso, le pagaran o no, aunque al final su situación económica era cada vez mejor. Eran muchos los que opinaban, algunos sospechando que no era médico y otros no: “ojalá que siquiera una mínima parte de los médicos fueran como él en el ejercicio de su profesión”.

El día en que los cuerpos policiales lo detuvieron, serían las diez de una mañana lluviosa. Los gendarmes, camuflados de civil, solo llamaban la atención porque eran dos hombres y dos mujeres que llegaron a la sala de espera y no se sentaron, habiendo asientos desocupados, como lo hacen normalmente los pacientes, sino que caminaban inquietos, todas sus actitudes eran sospechosas.

A las ocho de la mañana exactamente, el doctor Arthur hizo la entrada a la amplia sala de espera de su consultorio. Enseguida los gendarmes lo abordaron:

—Doctor, está usted detenido por estar acusado de ejercicio ilegal de la profesión —le dijo en voz baja el policía que en el grupo aparentaba más edad y mayor rango. Lo llamó doctor y le habló bajo porque la personalidad de Canuto era de humildad, persuasiva e impactante.

— ¡Buenos días!, mucho gusto soy el doctor Arthur, por favor les agradezco tener paciencia, veo a mis pacientes y después hablamos. ¡Secretaria!, por favor, traiga jugos y café para los señores. Pueden tomar asiento mientras realizo la consulta, porque eso me llevará algún tiempo. —Su voz no era cariñosa, más bien recia e imperativa con mucho aplomo y denotaba seguridad en sus palabras. Los gendarmes automáticamente se sentaron como poniéndose a la altura del civismo del doctor.

Transcurrirían unas dos horas cuando el doctor salió del consultorio, le dijo a la secretaria que podía marcharse por un momento, que luego regresara a archivar las historias de los pacientes que él había visto. Se dirigió al gendarme que le dijo momentos atrás, casi en susurro, que estaba detenido:

— ¿Vamos a la comisaría?, creó que allá podemos hablar mejor. Pueden acompañarme en mi camioneta. — Durante el trayecto hubo una conversación amena con los gendarmes acerca de la delicada situación del país.

—Ahí, ahí es la comisaría doctor, veníamos tan entretenidos que se me olvidó alertarlo de que ya estábamos llegando —le dijo el de mayor rango.

—Muchas gracias agente, no se preocupe, ya tendremos tiempo de hablar más de ese tema tan interesante. En el puesto policial lo atendió un comisario con canas incipientes:

— ¿Este es el señor Arthur Cubillaga? —preguntó el comisario a sus subalternos.

— ¡Sí mi comandante! —contesto el cabo poniéndosele firme.

Por su expresión el comisario también sintió la impresionante personalidad de Canuto. Le habló acerca de los cargos de los que se le acusaban, le dijo que lo lamentaba, que esperaba que todo saliera bien

—Tendrán que hablar con mi abogado —fue lo poco que respondió Arthur.

—Es su derecho —le dijo el comisario—, pero usted quedará detenido doctor, porque para eso bastante lo hemos buscado.

Canuto Matute guardó silencio. Sacó un celular de su maletín y comenzó a hacer llamadas con las que suspendía consultas y operaciones

Muchos de sus pacientes fueron a visitarlo, hasta algunos abogados le manifestaron su apoyo incondicional, incluidos sus servicios profesionales. El doctor Canuto, estoicamente no aceptó ninguna ayuda,

a todos le prometía que él mismo se defendería; lo que posteriormente no fue así. Su actitud ante la ley fue pasiva, y hasta de conformidad. Se comentó que él corría muchos riesgos, porque en el internado judicial podían hacerle daño, violarlo o hasta matarlo.

Los reos supieron por la prensa de su detención y contrariamente a lo que se temía, fue recibido como un benefactor, un aliado de los pobres, quien al mes y medio de estar preso los mismos privados de libertad le habían preparado un consultorio. Allí comenzó a hacer consultas médicas sin descanso, los fines de semana se incluían a los familiares, los que frecuentemente le hacían obsequios. Las autoridades ante el riesgo de despertar la ira de algunos presos si tomaban medidas contra este falso médico, retiraron al galeno que estaba contratado para atenderlos “porque se agotó el presupuesto”, se dijo; además, este casi nunca asistía a su trabajo, y las pocas veces que iba los trataba con mucha distancia porque les tenía miedo. Y si a los privados de libertad se les permitían tantas cosas ilegales el recinto penitenciario como: un buen cafetín, un bar, venta de drogas, una gallera muy bien acondicionada que funcionaba los fines de semana... porque no permitir la consulta del doctor Canuto Matute, quien era un gran benefactor de la humanidad, idolatrado por la población penal.

Cuando se entra al “Centro de orientación de ciudadanos privados de libertad”, al pasar frente a la quin-

ta celda a la derecha, se puede ver sobre las rejas una placa en acrílico de sesenta por treinta centímetros, hecha por los mismos reos, que dice: Dr. Canuto Matute, Médico especialista en cirugía, PhD en Medicina Interna. Al lado del consultorio desocuparon una celda, dotada de lo esencial para atender urgencias —así lo especifica otra placa que esta sobre la puerta de entrada de esa celda—, donde Canuto a cuántos reos que en trifulcas han salido mal heridos les ha salvado la vida.

HOLOCAUSTO DE LOS CONEJOS

El abuelo llevo a su nieto Manuelito a conocer el “Museo de animales extintos”, donde se exhibían la mayoría de las especies que habían desaparecido hasta finales del siglo XXII. A medida que se desplazaban por largos pasillos miraban inimaginables especies: unos disecados, otros en afiches, arcilla horneada, otros apenas eran esqueletos fosilizados; había variedades que el abuelo Andrés nunca había visto ni siquiera en fotografía. Al cruzar en uno de los pasadizos, el niño, quien era muy listo e inteligente, se detuvo ante un extinto que le pareció conocido y le preguntó:

— ¿Abue, por qué ese ratón es tan grande?

El abuelo le aclaró:

—Ese no es un ratón, aquí abajo en el cintillo puedes leer en letras doradas: *Oryctolagus cuniculus*; eran unos animalitos muy bellos que coloquialmente llamaban conejo, podían llegar a pesar hasta dos kilogramos, es decir, mucho más grande que un ratón. Además, estamos en un museo de animales que se extinguieron hace más de un siglo, y el ratón aún existe.

— ¡Sí, es verdad abuel!, ¿y esos no eran peligrosos?

— ¡Nool!, más bien eran muy dóciles y convivían perfectamente con los humanos.

— ¿Si ellos eran unos animalitos buenos, por qué tuvieron que desaparecer?

— Sentémonos en aquel banco de madera, que te relataré cómo fue que se extinguieron.

— No abue, entremos en esa área privada de paneles de vidrio, allí estaremos en un ambiente climatizado y tu relato será más agradable.

Una vez que se pusieron cómodos y un poco alejados de los otros visitantes el abuelo comenzó:

— Se cuenta que un alto jefe de los conejos era muy hembrero y se pasaba horas en el espejo viendo que bello era, enamoraba a cualquier coneja que se le acercara, y no descansaba hasta no acostarse con ella. Su amor por su misma figura era tal que en el fondo prefería a alguien de su mismo sexo, más aún, siempre admiró a los conejos fuertes, porque de verdad él sentía que era débil; siempre estuvo al lado de ellos amándolos en silencio, teniendo que reprimir algo que cuántos también sentían, pero por el qué dirán tenían que callarlo.

El macho de una de las abusadas por este don Juan, ofendido, le hizo una conjura y le pidió a su Dios que le hiciera justicia por haber destruido su hogar. Al parecer su pedido fue oído, porque no transcurriría una semana cuando el alto jefe no pudo contener más lo que había reprimido, y comenzó a caminar un poco raro; progresivamente todos sus movimientos se fue-

ron cargando de amaneramientos; la cosa no quedó allí, sino que a la semana siguiente se cortó los bigotes y se tiñó todo sus pelos color lila, salvo los de la cabeza que se los pintó amarillo pollito; era seductor con sus semejantes machos, les picaba el ojo, les hacía regalitos y comenzó a rechazar a las conejas. Algunos explicaban su conducta afirmando que la atracción por sus congéneres del mismo sexo se produjo por cambios hormonales que le ocasionó un insecticida que los humanos le echaron a las hierbas preferidas por este en su alimentación. Él sabía que eso no era nada nuevo como creían los demás, simplemente que se armó de valor y comenzó a expresar lo que tanto había guardado

Un grupo importante y numeroso de estos animales se identificó con el gran jefe, transformándose en una moda la unión amorosa entre conejos machos. Consecuentemente se produjo un movimiento de protesta social con marchas y violencia, integrado por un sector de la población de estos animales que no estaba de acuerdo con esta práctica. La cosa no quedó allí, porque muchas hembras argumentaron que por despecho y venganza hicieron parejas entre ellas, ya que sus maridos las habían abandonado, pagándoles de esta manera con la misma moneda.

El tiempo transcurrió aceleradamente, el escándalo y las habladurías se diseminaban como pólvora y fuego, por dos motivos: porque cada vez más conejos

se unían entre ellos y por el riesgo de extinción que corrían estos mamíferos. Algunos optimistas sostenían que solo era una moda y, como toda moda, era transitoria y pasaría; pero, en el curso del tiempo el mundo de esta especie se estremeció, porque muchos conejos del alto gobierno fueron cayendo en la novedosa práctica, y confabulados promulgaron una ley que dictaminaba que ellos podían unirse legalmente en lo civil y hasta al matrimonio eclesiástico podían llegar si así lo deseaban; la ley incluía la posibilidad de tener hijitos adoptados.

Había un fenómeno muy llamativo, los jóvenes se sentían más seguros uniéndose a otros conejos, porque estos cuando daban cariño y se enamoraban no lo hacían por ningún interés material, sino por un sentimiento sincero y puro. El amor pudo más que el instinto de preservación de la especie y las uniones del mismo sexo eran cada vez más frecuentes. Hacían reuniones festivas exclusivamente para ellos que las llamaban ambientes, las cuales eran de asistencia masiva.

El momento más preocupante de este acontecimiento fue cuando la tasa de natalidad de ellos llegó a cifras sumamente bajas. Las conejas, muy preocupadas, se movilizaron a instancias superiores e internacionales y nunca lograron conseguir apoyo alguno; más aún, la organización mundial de la salud de los *Oryctolagus cuniculus* (O.M.S.D.O.C., por sus siglas en español), solo supo responderles que la atracción de esta

especie por sus congéneres del mismo sexo no era una enfermedad hereditaria, de carácter hormonal ni producida por ninguna hierva toxica, que no debían preocuparse por ello, porque eso solo constituía “una variante sexual fisiológica que no hacía ningún daño”, lo importante era que las partes estuvieran de acuerdo y defendieran su postura, más que angustiarse por su actitud.

— ¿Qué es una variante fisiológica? —Interrumpió Manuelito, quien estaba absorto en el relato.

—Eso es bueno que me preguntes lo que no entiendas, pero es algo así como un gusto diferente al que nos asignó la naturaleza, y, contrariamente, se dijo que esta variante era muy buena para la salud y que si el hombre la había practicado durante toda su existencia, por qué no podían hacerlo estos animalitos”. Total que, esta respuesta fue altamente decepcionante para ellas y no les quedó más que regresar a sus moradas con una gran desilusión. El jefe que comenzó con esta variante que se propagó por todo el mundo, en un momento de culpa ocasionado por los comentarios de la gente y las acusaciones que le hacían, con los restos de cobardía que aún le quedaban, volvió con su pareja, la preñó y despotricó del tipo de relación que se había puesto de moda; aduciendo que este comportamiento si era perjudicial, porque detrás de él, paralelamente, había muchas conductas criticables, que iban desde consumo de drogas,

perversiones, se propagarían muchas enfermedades venéreas, y lo peor: había el riesgo de que se extinguiera la especie; por eso el temía por lo que estaba sucediendo, que lo perdonaran, que realmente él no sabía cómo explicar lo que le había pasado —aunque sí lo sabía, simplemente que por la presión familiar y social se vio obligado nuevamente a mentir— y que cada vez estaba más convencido de que era un daño que le habían echado.

La última coneja que quedó embarazada fue condenada a ser incinerada viva: “por traición a la patria”, en una hoguera que harían en el centro de la llanura más extensa del mundo, la que en una parte estaba cubierta por una cúpula de polietileno transparente de un diámetro de dos kilómetros, con refrigeración y asientos cromados dotados de cojines dorados acolchados destinados a los altos jerarcas, donde era obligatorio para todos los oryctolagus asistir a presenciar el castigo, vestidos de smoking blanco y corbata de lazo azul cielo, otros atuendos y embellecimientos eran de su libre albedrío.

El padre de las criaturas —el mismo jerarca que impuso la moda, quien había actuado así, según él, confundido, y ahora se sentía culpable de lo que le sucedía a esta pareja que él usó para lavar sus culpas—, cuando vio que la quemaban viva, embadurnado en aceite de ricino se abrió paso entre la muchedumbre, se lanzó al centro de la hoguera y dijo las lapidarias

palabras: “Así muere el último conejo macho de largos bigotes y de pelo en pecho que existió sobre la faz tierra”, e inmediatamente se abrazó a ella, a la vez que ambos morían convirtiéndose en conejos asados bajo cánticos y aplausos de los espectadores.

Un día los medios de comunicación anunciaban que los *oryctolagus cuniculus* no podían reproducirse, porque todos habían envejecido viviendo entre parejas del mismo sexo, y su destino era la desaparición de la especie. Nadie movió un dedo para salvarlos: “porque ellos mismos fueron los culpables”, se dijo. Ellos no lo asumían de esa manera, porque consideraban que se habían dado el gusto existencial de vivir felices al descubrir la pureza del amor que existía entre seres del mismo sexo, era como quererse y admirarse a sí mismo, sentían como desaparecían malestares y sufrimientos; el día y la noche no tenían límites, se volvieron más trabajadores, lo hacían en equipos, sus momentos de descanso lo invertían en regocijarse en largos paseos, disfrutando del verdor de los bosques, los ríos, el mar, del aire; contemplar la luna abrazados, y siempre en sus conversaciones expresaban que sentían lástima por todos aquellos seres humanos que eran heterosexuales obligados, solo por temor a expresar sus verdaderos sentimientos, que si no hacían lo mismo que ellos nunca conocerían la verdadera felicidad, para de todas maneras, un

día cercano, desaparecer bajo un holocausto o por cualquiera de las locuras que ellos inventaban y llamaban avances científicos.

Todas estas conductas tenían su mayor fundamento en el conocimiento de que ya no habría ninguna otra generación de conejos, porque sí ellos no desaparecían hoy, sería mañana; ya que la especie más depredadora del planeta los exterminaría por otras vías: comiéndoselos, por tóxicos, enfermedades incontrolables, guerras, enfriamiento de la tierra y muchos otros motivos; y no querían que sus descendientes pasaran por ese sufrimiento. Por lo que le habían dado un vuelco a su destino hacia un final feliz; puesto que antes de extinguirse, ya venían sintiendo que estaban en sus postrimerías, por lo que llegaron a la conclusión que: “Antes de estar guindando es mejor caer de una vez”.

—Abue, esa historia es triste, pobres animalitos verdad, ¿a nosotros nos puede suceder lo mismo, o tendremos que rechazar a las personas que quieran imponer esa moda?

—No, porque nosotros tenemos un Dios que nos protege, y Él es quien decide nuestros destinos, y, en todo caso, los humanos no debemos imponer gustos y conductas a nadie, menos hacer pronósticos y discriminaciones a nuestros semejantes y respetarles por su color, raza, género y todas aquellas cosas que nos permitan vivir armónicamente, a sabiendas de que

hay espacio y gustos para todos.

—Gracias abue, eres un sabio, cómo haces para saber de todo.

—Estudiando Manuelito, estudiando, hay que leer bastante y ser muy observador de las vicisitudes de la vida, para que un día tengas muchas cosas que contarle a tus hijos y con los años a tus nietos.

— ¡Por Dios abue!

— Bueno, volvamos a casa que se nos hizo tarde y ya van a cerrar el museo.

EL FANTASMA DEL BOEING 878

Como nubes borrascosas posadas sobre sí, el destino le deparaba a Ana Gabriela una infancia tormentosa, por la desgracia de haber nacido en un hogar humilde donde ella era la menor de diez hermanos. Su infortunio no cesó con la infancia, sino que tratando de huir de la oscuridad se hizo mujer antes de tiempo, y a los veintiún años ya tenía cuatro hijos de padres diferentes. La quinta vez que se enamoró fue la debacle, porque terminó en la peor prisión que puede haber en este mundo para un ser humano.

Pese a ser una joven atractiva y trabajadora no tenía suerte, los hombres que la enamoraban le timaban su inocencia. En cada relación amorosa a los dos meses quedaba embarazada y la abandonaban sin un adiós. Después de sus fracasos sus hermanos la ayudaban y la protegían; hasta que fueron claros al decirle que tenía que prepararse para trabajar y buscar a los malvados padres de sus hijos para que asumieran la responsabilidad que les correspondía.

Un día ella leyó un aviso de prensa que hacía un llamado a jóvenes a realizar un curso para formarse como azafatas, en el que inmediatamente se alistó. Transcurridos trece meses hacía su primer vuelo en un Boeing 878, de la empresa Air avanza. Todo mar-

chaba muy bien, hasta que a ella le llegó lo que tenía que llegarle, tanto por su personalidad como por su atractivo físico. En el asiento 21c del Boeing 878, se sentó un caballero muy elegante, dicho asiento casi hasta la salida del vuelo estuvo desocupado. Este pasajero fue muy inquisidor en el teto que le dio; ella, a la vez, fue muy parca en la atención que le prestó, porque bien claro lo tenía como azafata, que su función era hacerlos sentir bien, sin dar lugar a ningún otro tipo de relación.

Transcurrirían quince días cuando vio al referido pasajero en el mismo asiento, quien esperaba que ella estuviera sola en el pasillo del avión para mostrarse enamorado. Después del vuelo quedó con la imagen de este hombre, aunque no muy nítida, pese a su excepcional memoria fotográfica.

Llegó la tercera ocasión, en vuelo del mismo destino, y el pasajero del asiento 21c, en cuanto la vio sola, le entregó una servilleta perfumada donde decía que se llamaba Luis Daniel, era empresario, le declaró su amor, le anotó un número de teléfono y quería que se vieran luego. La emoción la embargaba, era la quinta vez que Ana Gabriela se enamoraba, se dijo para sí misma: “no hay quinto malo”. Sintiéndose impactada, al llegar el vuelo a su destino se paró frente a la puerta de salida, cosa que no acostumbraba; a ella le gustaba más anunciar la salida y la llegada de los vuelos. Después de decir adiós y hasta luego, en suma,

más de cien veces, salió el último pasajero que por cierto era una mujer muy emperifollada, que no paró de hablar durante todo el vuelo. Extrañamente no vio a Luis Daniel salir, aunque estaba segura de no haberse distraído ni un segundo, buscó a lo lejos con su mirada y no logró visualizarlo. Total, que se conformó con pensar que sí se distrajo.

Ella le contó a una de sus compañeras lo que le sucedió con el pasajero del asiento 21c. Su compañera con cara de preocupación le pidió que le describiera el personaje; al hacerlo, sorprendentemente, le dijo que él era sobrenatural, algo así como un fantasma, que hacía unos dos años en una zona de turbulencia en ese asiento murió de un infarto cardíaco un joven como el que ella le describió, todas las azafatas sabían lo del misterio del asiento 21c, pero nadie decía nada acerca del fantasma que salía en el avión por no desprestigiar a la empresa, y hasta perder el cargo podían. Al enterarse en detalles del hecho ella se desmayó; luego, al recuperarse, después de evaluarla un médico, le dieron reposo por ocho días, el que no quiso aceptar por el temor de que dudaran de capacidad judicial y la despidieran del cargo.

En su sorpresa, pensando que todo era una confabulación contra ella, se recordó que tenía el número de teléfono del susodicho pasajero anotado en una servilleta. Lo llamó y él personalmente le contestó, le dio la dirección de su apartamento, le dijo que al día

siguiente estaba de cumpleaños, que quería verla; lo que para su sosiego le corroboraba que el joven del asiento 21c sí existía. Concluyó que todo era intriga de su compañera de trabajo.

Ana Gabriela se preparó para la noche. Cifró muchas esperanzas en su nueva conquista, al fin se le volteaba la suerte y saldría de la pobreza como siempre lo soñó. “Yo sabía que mi Dios no me podía olvidar, que algún día me concedería el lugar que me corresponde en esta vida”, pensaba.

Al llegar al apartamento tocó varias veces el timbre. El silencio la hizo dudar acerca de que allí hubiera alguna fiesta, sin embargo perseveró, hasta que una señora de unos sesenta años, o más, la atendió. Ella le explicó el motivo de su visita, y la señora la invitó a entrar. Era un apartamento muy lujoso. En el recibo vio una foto de Luis Daniel, lo que le hizo recuperar la confianza; al mirar al fondo del pasillo que daba a las habitaciones vio la misma foto, pero más pequeña, rodeada de siete velas encendidas.

La señora con voz quebrada y senil le preguntó:

— ¿Mija tú lo conociste...?

—Sí, me dijo que se llama Luis Daniel.

—Así se llamaba, todavía no nos recuperamos del dolor, venía de Londres, contento porque había terminado su postgrado, tan joven, tan inteligente mi hijo; durante el vuelo, en una zona de fuerte turbu-

lencia, le dio un infarto y allí se nos fue... —Entre sollozos la señora continuó—. Hoy estaría cumpliendo treinta y tres años..., era un ferviente enamorado de la vida... uugh uhg..., discúlpame... Su alma no ha podido descansar, porque lo llaman muchas personas a quienes él les da su número de teléfono como señal de que no se ha ido... Quieres tomar un jugo, o un café.

—No, gracias... tengo que marcharme..., porque abajo me espera un taxi... —le respondió Ana Gabriela haciendo un gran esfuerzo para que le saliera la voz.

—Ay hija, si pudiéramos hablar un rato más, de todas maneras gracias por la visita, espero que en algún momento que dispongas de más tiempo vuelvas.

Ella salió del apartamento rauda y temblorosa; solo pensaba que su destino era ese: la soledad. No le contó a nadie lo que le había sucedido por temor a que no le creyeran. Solicitó cambio de área de trabajo con el argumento de que tenía que cuidar a sus hijos y de azafata no disponía del tiempo adecuado para ellos. Cuando ya no soportaba tanta presión por el recuerdo de su amado, aunque no había tenido ningún otro signo de su presencia, les contó a sus familiares lo que le sucedió. Uno de sus hermanos conocedor del tema de fantasmas le dijo que para que el difunto descansara, tenía que morir por segunda vez. Desde entonces ella se la pasaba rezando para que su amado descansara.

Una mañana nublada y sombría le dieron la infausta noticia de que el Boeing 878, sufrió una explosión en pleno vuelo y se precipitó al mar. Bien claro decía en la lista que publicaron los medios de comunicación el nombre de Luis Daniel Berrizbieitia Echeverría, de treinta y tres años de edad, como uno de los doscientos noventa y dos fallecidos en el accidente. Ella pensó que Luis Daniel había muerto por segunda vez, su alma reposaría, lo que no pudo ser cosa de Dios, sino del empeño de ella para que su amado descansara. Esto se le reversionó en la inmediatez como un boomerang, y desde ese momento comenzó a culpabilizarse de tantas muertes, porque ella bastante lo había perdido, por lo que la culpa no la dejaba dormir, estuvo ocho días sin pegar un ojo, comenzó a divagar, a hablar sola, cantaba, se reía sin motivos, no comía ni quería salir de su habitación.

La madre optó por llevarla a un hospital general. Allí el médico que la evaluó decidió internarla por las malas condiciones de salud en que se encontraba. A los quince días de tratamiento, sin lograr mejoría, la trasladaron a un manicomio. Allí la veían en las mañanas que iba al patio a sentarse en un banco, desde el que anunciaba: Buenos días señores pasajeros, el comandante y todos nosotros les damos las gracias por elegir este vuelo del Boeing 878 de la compañía Air avanza... La duración estimada de vuelo será... Luego se pasaba toda la mañana bajo el sol. Para los

que la miraban estaba hablando sola y bajito, lo que alternaba con risitas y muecas, y para ella, conversaba con Luis Daniel.

A la hora de almuerzo nuevamente se ponía de pie para anunciar: Señores pasajeros bienvenidos al aeropuerto El Plateado. ¡Por favor!, permanezcan sentados y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión... Si desean cualquier información, por favor diríjanse al personal de tierra en el aeropuerto... Muchas gracias y buenos días.

Así vivió Ana Gabriela, veinticinco años en el manicomio, sin tener visitas, sin salir nunca más de la locura. Cuando murió estaba gordísima, ya nadie recordaba su nombre, sino que la llamaban La Azafata.

ELLOS TIENEN ALMA

Cuando llegó a la urbanización nadie daba nada por él, porque su deplorable estado de abandono conllevaba al rechazo de las personas a quienes se les acercaba; a algunos hasta les producía asco. No solo lo digo yo, sino que era la opinión de todos; salvo los Figueroa que siempre se caracterizaron por ser muy humanitarios y no tuvieron escrúpulos para atenderlo: desde bañarlo, hasta darle la comida en la boca.

Así lo trataron por semanas, hasta recuperarlo de su paupérrimo estado de salud. Su rostro cambió totalmente, toda su actitud de agradecimiento no cabía en su cuerpo. Es la mera verdad, que si no hubiera sido por ellos, Filiberto, —nombre que le puso la misma familia Figueroa— hubiera muerto. Una vez que pudo valerse por sí mismo salía a caminar por la urbanización; más nunca se perdió ningún objeto: sillas, juguetes..., que por olvido dejaran frente a las casas, como sucedía regularmente, porque para eso él estaba allí en permanente vigilia, no obstante, todas las tardes a la misma hora siempre estaba frente al porche de la casa de los Figueroa, esperando cualquier cosa que le dieran de comer.

Pasaron dos meses y él era conocido y querido en toda la urbanización, en un poco a poco lo comenza-

ron tratar como un miembro más de la colectividad, porque a medida que fue tomando confianza hacía varias rondas durante la noche, para proteger a los moradores de la urbanización Las Lomitas de pillos y ladronzuelos. A él solo le faltaba hablar, pese a ser muy comunicativo porque su mirada desparramaba palabras y con su blanca dentadura siempre dibujaba una sonrisa. En las mañanas se le veía sentado en una silla de mimbre debajo de un Samán, allí se adormitaba; y la orden, a todos los niños que querían jugar con él, era de no perturbarlo: porque descansaba agotado de la labor librada por las noches. Allí le llevaban su comida; los vecinos habían acordado rotarse para llevar a cabo este cumplido.

Una mañana él no amaneció debajo del samán; afortunadamente era día sábado y la mayoría de las personas estaban de asueto, lo que hizo posible que se organizaron en grupos para su búsqueda. De estar en la urbanización sería fácil localizarlo, sin embargo, había preocupación y tristeza, porque algo le había sucedido. Culminado el día no lo encontraron ni en los sitios más recónditos; solo restaba la esperanza de que regresara en la noche al Samán. Lo que no llegó a suceder.

Dos días después de su desaparición fue encontrado a un kilómetro de la urbanización, estaba tirado al pie de un frondoso Pino. Le habían ocasionado varias heridas con arma blanca, la del cuello era mortal, su

barriga embadurnada en tierra, que supuestamente el mismo se había echado tratando de aliviarse, dejaba traslucir abundante sangre que se hacía marrón al combinarse con la tierra. Lo extraño es que esa noche nadie escuchó nada, ni un quejido para consuelo. Fue un enfrentamiento sin voces. Filiberto huyó por vergüenza; debe haberlo agredido algún conocido que él creyó que le llevaba comida o quería saludarlo. La primera cuchillada fue en la garganta y seguramente a traición —porque si no otro sería el cuento—, dejándolo sin la posibilidad de emitir sonidos. Él solo esperaba que lo encontraran para morir, porque apenas se aglomeró la gente a su derredor: boqueó; aun así, entre gemidos de los adultos y llanto de los niños, para no movilizarlo por el delicado estado en que se encontraba, salieron a buscar un veterinario.

Él fue un perro muy noble, que se supo ganar el cariño de todos, lo sentían como uno más de las familias de la urbanización. La frustración y rabia se explicaba porque algún conocido lo había atacado. Serían las nueve de la mañana cuando alguien apareció con un veterinario. Continuaban los llantos y susurros: “¡Sálvalo Dios mío!; ¡ayúdalo mi Señor que él es bueno!...”.

El veterinario en oposición al ruego de todos expresó: —No hay nada que hacer, está exangüe, déjenlo descansar en paz.

Hubo un estallido de llanto revuelto con protestas:

—¡Pero haga algo doctor!, ¡siempre se puede hacer algo!... —gritó uno de los presentes desesperado.

Lo dicho por el doctor se corrió en la urbanización y mucho más allá. En plena confusión se acordó que sería enterrado al pie del Samán. El sepelio fue a las diez de la mañana. Había mucha gente. La primera corona que llevaron tenía una cinta que decía: “Filiberto: Un gran guardián. Descansa en paz”. Flía. Figueroa.

Pasaron las semanas y todas las noches se sentían sus aullidos. Los vecinos se levantaban incrédulos en la madrugada, porque nunca se supo del alma de un animal en pena que vagara en los espacios terrenales. Algunos opinaban que había tantos perros, que así como él llegó un día, otros perros habían hecho lo mismo. La familia Figueroa invitó al párroco de la comunidad para que le hiciera una misa, y si de verdad él tenía alma esta descansaría; ante la seguridad de que era Filiberto que andaba en pena porque no quería irse de este mundo; además, como podía descansar si no se había hecho justicia con el culpable de su vil muerte. La misa que le ofrendaron no dio ningún resultado, porque su alma seguía haciendo rondas por las noches.

Una madrugada se escuchó los aullidos de un perro enmascarados por un grito humano, y después una calma tétrica... Con el alba del mismo día, se escuchó a alguien gritar:

—¡Socorro, auxilio, Henrito se muere! —e inmediatamente, la misma persona, llamó al ochocientos once. Henrito era un joven que acababa de cumplir dieciséis años, se le conoció como “un mala conducta”. Esa noche del grito un insomne desde una ventana vio a un perro que avanzó hacia Henrito, él le lanzó una puñalada, la cual el perro no esquivó, sino que su puño se fue en el vacío en un movimiento circular del cuchillo que terminó en el corazón del mismo Henrito, quien dio un grito sordo, luego caminó hacia su casa tambaleándose, hasta que cayó al suelo estrepitosamente. El ulular de una ambulancia anunciaba la llegada del médico, quien diagnosticó: muerte. Dijeron que había que hacerle autopsia, porque alguien le había partido el corazón de una puñalada certera. Pese a lo sucedido esa noche, siempre se escuchaba al perro aullar. Todos estaban seguros que Filiberto había muerto asesinado por algún conocido, y estaba bien enterrado; pero, apenas llegaba la madrugada lo sentían rasguñar el pavimento frío con sus pezuñas, el chasquido de sus dientes y lengua como cuando algo anormal husmeaba. Los primeros rumores acerca de la aparición de su espíritu en la urbanización Las Lomitas causaron estupor. Los más religiosos no podían creer que un perro tuviera alma, más aún, el cura negó que los animales tuvieran espíritu, menos un alma. Un señor de barbas comentó en voz alta: “Si en cielo no hay almas de vidas nobles como la de los

perros, ovejas, pájaros, flores..., no vale la pena ir para allá, porque debe de ser muy solo y feo”. Otros juraban que se trataba de otro perro, por la seguridad que tenían de que Filiberto había muerto; pero los que lo habían visto aseveraban: que se trataba del mismo perro que aparecía hasta con la placa que una vez le colgaron los Figueroa en su pecho, y no solo eso, sino que lo veían en varias partes al mismo tiempo; además, que sus aullidos eran inconfundibles.

En el curso de los tres meses posteriores a su muerte, ya le habían realizado tres misas debajo del mismo samán donde fue enterrado. Los malhechores que trataron de aprovecharse de que el perro que vigilaba la urbanización había muerto quisieron regresar, y se llevaron la gran sorpresa de que ahora no solo era un perro, sino el espíritu de un perro con la capacidad de la omnipresencia.

Han pasado los años; hay que ver cómo ha crecido la urbanización Las Lomitas y Filiberto sigue siendo visto por las noches en su permanente vigilia.

FANTOCHE

En medio de un viernes lluvioso llegó al barrio, su aspecto llamaba a la jocosidad, nadie sabía de dónde venía, no tenía nombre, solo apelativos; él decía que no tenía familia, y le era igual como lo llamaran. Allí se quedó a vivir. Apenas se hizo un hombrecito le llegó la dicha, la misma que rápidamente lo llevó a la desgracia.

La barriada tenía cinco callejones que escalaban horizontalmente el cerro. Su gente era muy trabajadora, salvo uno que otro guasón. Desde allí se veía la gran ciudad, inmediatamente, debajo del cerro, la vista de la urbanización. La competencia arquitectónica daba la impresión de algo extraterrenal, por sus grandes mansiones, piscinas, bellos jardines, carros lujosos y sus distinguidos usuarios. Desde que ese niño llegó a la barriada simpatizó con toda la gente que allí vivía. Su risa daba risa, su enorme boca llena de dientes blanquísimos hasta más no poder, dicharachero como ninguno, hablaba con la boca, los ojos y todo el cuerpo simultáneamente. Era innegable que su mayor cualidad era lo voluntarioso para hacer favores, dentro de lo que podía a su corta edad. Fue doña Mena, quien además de ser muy maternal y se identificaba con su espíritu dicharachero, la que se adueñó

de Fantoche —ese fue el apodo que le quedó después de probar muchos—. Aunque ella pregonaba que el niño era de todos, dispuso de una vetusta petaca y una colchoneta en un rincón de la sala de su rancho para que él viviera.

Allí se terminó de criar, haciendo favores a todo el que podía, a cambio de afecto y uno que otro plato de comida. Resultó ser más querido que muchos de los que en el barrio habían nacido y se formaron junto a él. Era un hombrecito lleno de virtudes cuando comenzó a trabajar en una empresa de la ciudad. Al ganar dinero su forma de vestir se hizo extravagante, usaba muchas prendas de fantasía; si se quiere: un fantoche, y, aunque había estudiado poco, tenía un verbo prodigioso y una voz muy melodiosa, sobre todo para cantar boleros. Después que comenzó a trabajar, siempre le prometía a doña Mena que un día la sacaría del ese rancho a una mejor vida.

Él era coetáneo con Eufrasína; nombre que a ella no le quedaba bien, porque a pesar de ser una muchacha que también nació y se crió en el barrio, parecía una reinita. Así la puso su abuela, aduciendo que era la copia de su bisabuela, quien tuvo el mismo nombre. Fantoche era su eterno enamorado, pero en silencio, porque pensaba que ella se merecía mucho más. La madre de Eufrasína trabajaba en una de las mansiones que se veían desde el cerro. Siempre la llevaba con

ella, porque no tenía con quien dejarla en el rancho. “A esa niña hay que cuidarla mucho, porque es muy atractiva; además, está en la edad de aprender los oficios de la casa que debe saber toda buena mujer”, decía con orgullo. Un día, su patrona le dijo: “Deme a Eufrasina para criarla, usted sabe que siempre será suya; aquí le daremos suficiente educación, para que se labre un buen futuro”. Así fue como se crió como una rica, sin dejar de darse sus escapaditas al cerro para visitar a los suyos, bailar y disfrutar con ellos; sobre todo, cuando en alguna de las mansiones había fiesta cualquier cosa se celebraba en el barrio para aprovechar la gratuidad de la música en vivo.

Eufrasína terminó casándose con un joven vecino de la mansión donde ella se crió. Era un muchacho muy apuesto: Ingeniero y empresario como su padre; fue una boda por todo lo alto. La familia de ella no pudo asistir, por las evidentes diferencias sociales. Su vida matrimonial fue un caos. Su esposo, a pesar de su juventud, estaba centrado en los viajes, reuniones de trabajo y sociales. Eufrasína no participaba ni siquiera de las últimas. Su pasado la había marcado, había hecho de su vida un híbrido de pobre-rica, donde resultaba anhedónica para lo segundo. Por eso se escapaba al barrio cuando su esposo viajaba. Su mano derecha era Fantoche, el que había dejado el trabajo de la ciudad para ser su amo de llaves. Para Eufrasí-

na las cosas iban de mal en peor, su matrimonio se derrumbaba; los viajes del esposo eran cada vez más frecuentes y prolongados. El acabose fue catalizado por las agresiones verbales, a puertas cerradas, en las pocas veces que se veían, las que terminaban en agresiones físicas de parte de ambos.

Todo se acabó, ella no podía creer lo que estaba sucediendo, deseaba volver atrás, como al comienzo. Se acostaba sin probar un bocado de comida en todo el día. La tristeza, el insomnio y las preocupaciones se encargaban de hacer las noches interminables; después venían las ahogadas crisis de llanto. Pasaban los días y las noches, ya no se vestía como antes, su vida era un solo sufrimiento, sin tener con quién desahogarse.

Una noche, cuando el agotamiento la venció, soñó con Fantoche, a quien ella por cariño llamaba Papito. En el sueño lo abrazaba y lo besaba intensamente, la gente se detenía a observarlos por lo llamativo de la pareja: ella tan emperifollada, él tan escuetamente vestido, ella tan bella, la propia reina, y él tan común... Se despertó sobresaltada y a gritos lo llamó: ¡Papito, Papito, ven, corre, siento ruidos, tengo mucho miedo!

Él voló, en ropa interior, como acostumbraba dormir,

casi derrumba la puerta de la habitación de ella.

— ¡Qué sucede mi reina, qué sucede! —gritaba desesperado.

Al entrar a la habitación, ella lo abrazó y en susurros le decía:

—No me dejes sola, quédate aquí conmigo, tengo mucho miedo...

—Nada le puede suceder mi reina, no se preocupe que no la abandonaré.

Ella comenzó a hacer el sueño realidad; él, por su parte, la hizo muy feliz, aunque esa noche él perdió su virginidad.

Desde ese momento no quiso separarse más de ella, arguyendo que temía que le sucediera algo y él no estuviera; además, que toda la servidumbre se había marchado poco a poco, por los mismos conflictos de la pareja. En los días siguientes, ella lloraba desconsoladamente sentada en las piernas de Papito, sin arreglarse, sin querer comer, balbuceando decía:

—Cómo se acabó todo, quién lo iba a creer, parece mentira...

Él la consolaba:

—No llore más mi reina, aquí estoy yo para darle todo lo que sea necesario, nunca la dejaré sola, no

quiero verla sufrir, menos por una persona que no vale la pena; usted tiene que quererse más. No entiendo cómo puede llorar tanto por alguien que solo la maltrata; ya con lo que ha llorado es suficiente, esa persona no merece ni una lágrima más de usted.

—Si es verdad Papito, tú tienes razón, no sé por qué lloro; pero, ¿cómo hago para no llorar? Si no fuera por ti, no sé qué hubiera sido de mi vida.

—No diga eso mi reina, todo lo que pueda hacer por usted, lo haré. Lo importante es que no sufra, para eso estoy aquí. Ordéneme lo que quiera mi reinita.

Pasaran dos días y él quería tener a Eufrasína todo el tiempo sentada en sus piernas; allí la consolaba, le daba la comida en la boca, le mesaba su suave y largo pelo. Con su verbo lleno de manierismos y una canción de vez en cuando ella fue quedando atrapada en esa aureola de armonía, tranquilidad y felicidad que Papito le propiciaba. Era su único apoyo, su consejero, su todo.

A medida que ella se recuperaba, se preguntaba: “¿Si no fuera tan pobre?”. Por su parte, él continuaba empeñado en tenerla todo el día sentada en las piernas. Ante cualquier necesidad de ella, la colocaba rápidamente en una poltrona y saltaba solícito, repitiendo lo mismo: “No se mueva mi reinita, para eso usted tiene a su papito”. Lo peor era cuando ella iba al baño, la

hacía llevar el teléfono móvil, para luego llamarla varias veces y asegurarse de que todo estaba bien. Frecuentemente se quedaba mirándola y le preguntaba: ¿Qué piensa? —Para luego dudar de cualquier cosa que ella le respondiera.

Pasaron varios días sin que Eufрасína tuviera nuevas crisis de llanto; ella le rogaba un poco de libertad, de privacidad. Hasta que en un momento le expreso:

—Papito, te quiero mucho, pero no podemos seguir así. Él abrió enormemente los ojos, los cuales se le humedecieron, y balbució:

—Mi reina, el daño que ese cobarde le ocasionó no se supera tan fácilmente, puede durar mucho tiempo, pero una recaída puede dejarla triste para toda la vida y no quiero ser el culpable. Sería muy peligroso para usted que yo dejara de protegerla.

Las frases que antes intensificaban el llanto de Eufрасína, ahora no causaban ningún efecto. Él insistía en que algo de tristeza y llanto debía de quedarle. “Suéltelo todo mi reina” —le pedía—, quédese en mis piernas para explicarle”. Con su insistencia en removerle recuerdos y sentimientos lograba algunas lágrimas; quizá de complacencia, porque ya ella no reaccionaba con la extrema pasión y felicidad que antes le producía. Él comenzaba a desesperarse ante el cambio de humor de Eufрасína. Todo descontrolado le preguntaba:

— ¿Tú me quieres?

— Te quiero mucho, pero así no podemos seguir; cálmate, las cosas tienen que llevarse poco a poco. No debes temer, no encuentro como decirte que sí te quiero. Ya has visto, tantos días juntos, pero debemos hacer una vida normal, no puedo seguir sentada en tus piernas día y noche atosigada de tantos mimos, que más pruebas puedo darte; ¿recuerdas la noche cuando sentí miedo como me entregué? Tienes que confiar en mí.

Fantoche ya no dormía, no quería salir del cuarto de Eufrasína, como ella se lo pedía. Su vida era una profunda confusión, su mente no paraba de pensar, se reía sin motivos, sus ojos de repente se llenaban de lágrimas, musitaba a cada momento: “¿Verdad que usted me quiere?”. Su cuerpo se iba descontrolando, no tenía fuerzas, no dominaba sus carnosos labios y su boca entreabierta babeaba; su buena pronunciación se había perdido, se había abandonado hasta en su aseo personal, al igual que sus boleros —que tanto a ella le gustaban—, ahora eran filosos puñales cuya letra se revertía hacia él, por su contenido triste, de fracaso y despecho. Aquellos momentos de tanto sufrimiento que Eufrasína vivió en su matrimonio por falta de amor, ahora se repetían por exceso. Ella musitaba: “Soy una desdichada...”.

Él le reclamaba, con su rostro hinchado de agotamiento, perdida la finura de su verbo, descuidado

en su vestimenta, sin asearse:

¿Por qué usted ya no se acerca y me abraza como antes?, ¿acaso es qué ha dejado de quererme?

— ¡Sí te quiero, pero déjame tranquila, me asfixias con tu proceder, quiero respirar aire puro! —le respondía exaltada.

Eufrasína salió de su casa por primera vez, después de dos semanas de encierro, a visitar a una amiga que telefónicamente sabía de su desdicha. Cuando él se percató de su ausencia: enloqueció, se desfiguró, la llamó incontables veces por teléfono. Hasta que ella prefirió contestarle, por lástima, para calmarlo. Solo lo escuchaba balbucear disgregado:

—Es peligroso para una mujer... andar sola por ahí, cuide su convalecencia..., debe descansar..., debe desahogar las penas del daño que ese hombre le hizo. Ella desesperada le cortaba la llamada.

Las noches siguientes fueron para él de insomnio total, siempre vigilante, en espera de un ruido, seguido del llamado de ella, diciéndole que tenía miedo: como aquella primera vez. En su oquedad, balbuceaba palabras de amor que se perdían en el vacío, su musa no daba para nada; recurría a párrafos de sus boletines: “Sueño de amor, que se esfumó con tu desdén, vana ilusión, triste dolor, mi sueño fue...”. Su torpeza,

su agotamiento, sus ojos sin brillo, su verbo perdido y de aspecto descuidado, hacían su figura tres veces más grotesca.

A cada día ella lo rechazaba más, salía a la calle a cualquier cosa, buscando evadirse del presidio en que se encontraba, y, al regreso, él allí, más agotado y más enamorado aún. A ella le daba náuseas, otras veces lástima y trataba de calmarlo diciéndole:

—Tú sabes lo mucho que te quiero Papito, pero no quisiera verte más en ese estado al que has llegado; deseo que te vayas para que te recuperes, que seas el de antes, con tu voz melodiosa y bien arreglado. Siempre te esperaré. —Él guardaba silencio, abstraído en un vacío.

Un día jueves a las dos de la tarde Fantoche subió al barrio. Todos sabían lo que le sucedía. Si la misma Eufrasína en sus salidas lo contaba. Por eso no le causó sorpresa a nadie ver el estado deplorable en que se encontraba, y aunque estaba irreconocible, sabían que era él. Ni un saludo, solo miradas escurridizas, unas lastimosas y otras burlonas. Marchaba tambaleante hacia la casa de doña Mena, la primera del primer callejón. Con el ardiente sol de la tarde en la espalda, tocó la puerta varias veces..., ella le abrió y exclamó, casi con un llanto:

—¿Qué le pasó a mi hijito del alma?, ¿qué le hizo esa desdichada?

Él la abrazó fuertemente, con voz débil y temblorosa le dijo:

—Me quiero bañar mi vieja, con el tambor de agua del que siempre me bañé.

—Vamos a hablar primero —le dijo ella, y lo llevó a su habitación—, usté me va a contar la verdad, la quiero oír de su propia boca, ¿qué fue lo que pasó?, porque por aquí se han dicho muchas cosas... ¿Ha llorado mucho? —agregó.

— ¡No! —contestó él a secas.

—Así me gusta mi muchacho, siempre le dije que los hombres no lloran, menos por una mujer. Y sépalo, que usté se merece mucho más.

—Me quiero bañar mi vieja —repetía automáticamente.

—Primero cuénteme —y lo sentó en el borde de su cama.

Él comenzó su relato:

—Mi vieja, nunca creí que Eufraína estuviera enamorada de mí, o sería que no me percaté.

— ¡Bendito sea Jesús! —Exclamó doña Mena.

—Tampoco hubiera querido ser el culpable de las discusiones entre ella y su esposo. Como usted lo sabe, yo tenía un buen trabajo en la ciudad, ganaba bien y me trataban con mucho respeto en la empresa, como a ningún otro empleado.

— ¡Verdaderamente mi muchacho!

—Cuando Eufrasína me pidió que fuera su amo de llaves, nunca imaginé que tenía un plan preconcebido: me quería a mí, bien claro me dijo cuánto me quería, después que hizo ir al esposo.

— ¡Ave María purísima!, pero por esas simplezas como se pudo llegar a tanto.

—Déjeme que le siga contando mi vieja —agregó con incipiente entusiasmo—, Eufrasína perdió completamente el sueño, no quería comer, se la pasaba llorando; toda la servidumbre juraba que era porque el esposo se le había ido, La gran sorpresa fue cuando me confesó que todo era por mí.

— ¡Bendito sea Jesús! ¿Y en qué momento te confesó eso?

—Bueno, una noche que ya ella no soportaba más tanto amor, comenzó a llamarme a gritos: “¡Papito, Papito!, oigo ruidos, tengo miedo”. Ese fue su ardid, una vez que yo, inocente, entré a su habitación, me encerró, y se lo juro mi vieja que ella fue la que comenzó tomándome con desesperación.

—Y tú qué hiciste mi muchacho.

—Bueno, no me quedó más que darle todo el apoyo que pude y responder como hombre; no me importó perder mi virginidad, y estoy seguro que tuve un buen desempeño.

— ¡Virgen santísima, quién lo iba a creer!

—Después, no sé si fue peor; pero, ella quería estar

todo el día sentada en mis piernas y yo la complacía. Me agotaba con sus mimos, me controlaba todo, no quería ir ni al baño sin mí.

— ¡Jesús bendito, qué barbaridad! —exclamaba doña Mena como aparentando asombro.

—Ya no me dejaba dormir —continuaba Fantoche—, me fui cansando y se lo dije, que eso no podía ser, además que ella era una mujer casada. No sé cuánto daño le hice; luego le dio por coger la calle, solo para que yo me preocupara, y lograba su objetivo, porque yo temía que le pasara algo o hiciera alguna locura.

Doña Mena que sabía todo lo que realmente había sucedido, y de boca de la propia Eufrasína; cambiando toda la expresión de su rostro lo encaró:

—Míreme a los ojos, usted sabe que no me gusta que me mientan, y nunca lo enseñé así.

Él no la pudo mirarla a los ojos, se mantuvo cabizbajo, quería desaparecer; su vergüenza era tan grande que deseaba morir. Sin levantar la cara alcanzó a decir:

—Mi vieja me quiero bañar, donde me bañaba siempre, con el agua del tambor que caía del chorro del patio, con mi vaso de plástico... cantando mis boleros...

Con marcha lenta se dirigió al patio donde estaba el baño común de la casa; parsimoniosamente se quitó toda la ropa. Doña Mena, sin salir de la habitación gritó:

— ¡No pasen pal patio que mi muchacho se va a bañá!

Él tomó el vaso de plástico y lo llenó de agua del tambor, recordó toda su infancia en cosa de segundos: su llegada al barrio, su alegría, a la niña Eufrasína con sus trenzas amarillas, su carita de reina... No pensó más, al llenar el primer vaso, no se lo echó de la cabeza a los pies como antes lo hacía; sino que se lo bebió..., el segundo, el tercero..., se tomó el noveno. Cuando no pudo beber más, se desplomó y cayó al piso estruendosamente.

Serían las siete y media de la noche, cuando doña Mena decidió ir a ver qué pasaba con su muchacho, que hacía rato que no lo sentía. En aquella oscuridad, con su dificultad para andar, por la edad y la artritis; tropezó con Fantoche que estaba tirado en el suelo, boca arriba, pétreo, con la barriga como de un hipopótamo. Por la comisura izquierda de la boca le salía agua, y por la derecha una espuma sanguinolenta.

— ¡Ave María Purísima!, ¡A...ve... Ma...ma...ma...! — Doña Mena se llevó las manos al lado izquierdo de su pecho y se desplomó en caída libre.

A la media noche encontraron los dos cadáveres, ella atravesada sobre él hacían una tétrica cruz.

Tanto en el velorio como en el entierro había un ambiente sombrío, los difuntos daban más miedo que tristeza. La gente se miraba, como buscando en sus rostros una explicación de lo sucedido; estaban llenos de desconcierto e incertidumbre. Una mujer que ocultaba sus ojos con unos lentes Christian Dior os-

curos que le tapaban media cara, con sombrero, velo, vestido con cuello a la mandíbula, mangas con indiscretos faralaos y ruedo del vestido que terminaba en los tobillos, toda la vestimenta negra..., hacía la tarde más tenebrosa. Ella lloraba sin consuelo y sin regateo en sus gritos, como que si era la única doliente rompía el espeluznante silencio:

—¡Papito, Papito!, ¡no me dejes sola, tengo miedo, mucho miedo!... ¡Perdóname Papito, sin ti no vale la pena vivir!, ¡cómo no me di cuenta que era a ti a quien amaba!, ¡¿por qué lo hiciste?! ¡No me diste la oportunidad para demostrarte que solo a ti te quería!, ¡tienes que creerme Papito..., papiiii!... —Pese a que en momentos parecía que se desmayaba, nadie se acercaba a ayudarla. Las miradas y murmullos expresaban rechazo hacia ella, todos sabían que era la Eufrasína, la de ni de aquí ni de allá, la que había acabado con dos seres tan queridos y tan valiosos.

A las cuatro de la tarde de un día viernes lluvioso, sacaban los dos ataúdes de la primera casa del primer callejón, cortejados por la gente del barrio. Adelante iba el ataúd de doña Mena y detrás el de Fantoche.

DESARRAIGO

Manirote era un caserío pintoresco y tranquilo que quedaba muy lejos de la capital. Allí había muchas limitaciones para prepararse y ser útil a la comunidad. Los niños que en él se criaban tenían que abandonarlo apenas se hacían púberes, y a los que se les ocurría quedarse tenían un sombrío destino: a las jovencitas lo que les quedaba era parir e intentar aprender a atender un hogar, mientras los adolescentes tenían que trabajar el campo por su propia cuenta para apenas subsistir.

En este pueblo nació Godofredo, cuya madre, Ernestina, cuando lo consentía en su regazo le contaba como lo parió en pleno conuco una tarde en que aprovechaban la llegada de las lluvias para sembrar el maíz. Él, con su cerebritito comenzando a crecer, entendía que lo parió la misma tierra, y de allí que se sintiera más enraizado que ningún otro ser que hubiese nacido en el caserío. Su vida había sido entre el follaje de los árboles y diversidad de animales; sin embargo, habiendo logrado el cuarto grado con muy buen promedio tenía que irse a San Francisco, un pueblo, bastante distante por cierto, donde se podía estudiar hasta tercer año de bachillerato; si se aspiraban más logros había que trasladarse a la capital. Generalmen-

te se iban en grupos, de manera que la separación no fuera tan traumática, aunque la mayoría se mostraban alegres y entusiasmados, entre ellos mutuamente se fortalecían para matar el miedo y hacer el desprendimiento más llevadero.

La diferencia con Godofredo consistió en que cuando culminó el cuarto grado no sintió la alegría que vivieron sus hermanos y sus contemporáneos; contrariamente, fueron días dolorosos, porque él era muy apegado a su madre, a los animales, a las plantaciones del caserío, donde abundaba un arbusto que llamaban manirote, de allí el nombre del pueblo. Este contacto con la naturaleza en sus diversas expresiones lo hizo un niño muy sensible; que se sentía como un animalito más de la fauna de Manirote.

Hasta ahora él se había caracterizado por sus profundos sentimientos, muy locuaz con la madre, pero introvertido con los demás; siempre estuvo presto a ayudar en lo que se le solicitara, a veces la madre tenía que contenerlo cuando quería hacer labores que eran para un adulto; hasta llegaba a sentirlo en las madrugadas que se levantaba a darle comida a los animales, regar los arbolitos para que crecieran más rápido. Aunque tenía dudas al respecto, porque hubo ocasiones en que lo sintió en el conuco, que estaba inmediatamente después de los linderos del patio de la casa, para simultáneamente constatar que él se encontraba en su cama durmiendo. Ella se conformó con pensar que el niño era sonámbulo.

El empeño de Godofredo era demostrar que su presencia en su casa era imprescindible, para poder justificar su permanencia al lado de su madre, donde él quería estar por siempre, cosa que a ella le preocupaba porque deseaba que su hijo saliera a superarse como lo hicieron sus hermanos. Por eso a los diez años de edad fue presionado por ella para que abandonara el pueblo, pero no se imaginaba cuánto de enraizados estaban los sentimientos de él hacia la tierra.

Ernestina era una mujer gruñona, con risa tacaña, de cuerpo tan femenino que no se correspondía con su rostro; paradójicamente, en lo poco que su tiempo se lo permitía fue extremadamente maternal con Godito —así lo llamaba por cariño, “porque Godofredo era un nombre muy largo”, decía—. Dios la dotó de fuerzas para trabajar el campo, aunado ello que las circunstancias la obligaban, porque era padre y madre a la vez. Se sentía confusa y contenta con su hijo que no quería abandonarla, que prefería quedarse a su lado para acompañarla, ayudarla, y por qué no, a medida que se iniciaba en la pubertad y veía como su cuerpo se desarrollaba, pensaba que todo podía revertirse y entonces era él quien le iba a brindar protección, ya que el progreso de su prole acarreó quedarse a cada día más sola, sin saber más nunca de ellos, a la par de la preocupación de imaginarse cómo se mantenían, de que vivían; porque desde que su marido se fue a la capital a buscar trabajo y nunca

más supo de él, apenas podía mantenerlos a fuerza de trabajo duro, por eso se desesperaba para que crecieran y se fueran a progresar, a enfrentarse a la vida; pero a la vez tragando culpas en cada bocado de comida, cuando pensaba qué estarían haciendo sus hijos, ya que hubiera querido tenerlos con ella, porque hasta ahora era como que si se hubieran muerto. Por eso Godofredo era una bendición de Dios, que fue incapaz de dejarla sola de una vez.

El tiempo había transcurrido muy rápido, ya Godito había perdido dos años de estudios, físicamente era casi un hombre, que se tornó carismático y muy cariñoso, pero en algún momento tendría que salir porque así estaba establecido por la providencia y la presión que la gente del pueblo ejercía sobre ella, cuando en sus tertulias de las tardes decían: “Cómo un muchacho tan aplicado, el más inteligente de todos sus hijos no va a seguir estudiando, solo por el capricho de que ella no quiera quedarse sola le mete la idea en la cabeza de que no se vaya. Y la cosa no se queda allí, sino que le ha dado por decir que su hijo está tan apegado a ella, que lo siente cuando le falta una hora para llegar de la escuela, y por las noches la ayuda en oficios del hogar a pesar de que él se encuentra durmiendo en su cama”.

Una noche, después de esperar muchas, obedeciendo a la coacción que los vecinos ejercían sobre ella con sus maledicencias, entró al cuarto de Godito, y con cierto tartajeo abordó el tema:

—Mijo lindo..., yo tengo una gran duda... que solo puedo compartir contigo..., con quién más...

—Dígame mi viejita, que para eso estoy aquí con usted, como bien lo sabe, somos los dos pa lo que sea —con un cantaíto en su tono de voz sui generis y en actitud dicharachera.

—Es que no es fácil lo que tengo que decirte..., ni sé cómo empezar —continuó ella indecisa y poco asertiva.

—Lo que sea, yo la sabré escuchar; más aún, entre los dos nunca ha habido secretos ni los habrá. ¡Eche pa fuera!, que aquí está su bordón que la sabe comprender —respondió con su típico entusiasmo y rapidez al hablar; tomando una expresión corporal de apoyo y colaboración. Él pensó que su madre al fin se había enamorado, y estaba preparado para comprenderla y darle todo su apoyo. Cuál sería su sorpresa cuando sus oídos escucharon lo que nunca quisieron oír.

—Mijo, son muchas noches pensando, y ya la gente no me deja vida con es insistente presión, que tú no puedes quedarte sin estudiar, haciendo qué aquí, donde ni un trabajo se consigue, y un día, pronto, tú serás un hombre, Dios me llamará y qué será de tu vida.

Él bajó la cara... hubo un silencio prolongado. Esto no lo esperaba, menos venido de la boca de su propia madre. Era una pesadilla en vigilia lo que había escuchado, pero bien despierto estaba. Su obediencia

a la madre era tal que cuando levantó la cara, con lágrimas en los ojos, casi sin poder articular palabras, le respondió:

—Sí... mi viejita, lo que usted diga... así será...

La conversación quedó cortada, y ella consideró que lo mejor era parar allí. Mientras él se dirigía al baño a lavarse la cara para enmascarar su llanto.

—¿Godito, vas a cenar? —Le preguntó para cambiar el tema.

—Ahora no, a lo mejor más tarde. Bendición..., que pasé buenas noches... —se despidió.

—Dios me lo bendiga mi Santo —le respondió ella con voz musitada.

Pasada media hora, ella no pudo aguantar y volvió a su cuarto para tratar de consolarlo:

—Mijo lindo, no es que tienes que irte ya, quedan varias semanas, y en San Francisco estarás con tus hermanos...

Él solo respondió:

—Uhmju.

En las noches subsiguientes ella lo escuchaba cuando se levantaba e iba al patio, allí se estaba una hora, o más; cuando regresaba ella no le pedía explicaciones de su aislamiento, pensando que se trataba de su capacidad de desdoblarse, sobre todo en las noches, y nunca lo compartió con él por temor a que le sucediera algo malo. Por la frecuencia con que esto sucedía, y ante el

temor de que su hijo se estuviera volviendo loco, o por el alboroto de las hormonas la sexualidad no lo dejaba tranquilo, una noche, después de corroborar que no estaba en su cama, lo siguió sigilosamente hasta el patio para observarlo y cerciorarse con sus propios ojos de la realidad de lo que sucedía. Enmudeció por lo que veía: Godito se despedía con susurros, besos, pasadas de mano, miradas tristes, de cada uno de los arbolitos que él había plantado con sus propias manos, de los animales a los que él diariamente alimentaba con productos recogidos del mismo patio. En momentos se adentraba más en las plantaciones hasta que desaparecía en la oscuridad de la noche.

La madre no se conformó con lo que vio, sino que se preguntó por qué él se internaba en la oscuridad, donde los árboles no permitían que los rayos de la luna violaran su intimidad; por lo que una noche lo sentó en confesión, temiendo que su muchacho se enfermara, o “se le secara el cerebro”, como se decía de los que abusaban de los instintos propios de la pubertad, y le preguntó:

—Godito, ¿qué hace usted todas las noches en esa soledad?, debajo de esos árboles donde hay animales ponzoñosos, o un encanto pueda dañarlo de por vida.

—Mamá usted sabe que yo sería incapaz de hacer cosas malas, pero lo que hago es lo usted vio esa noche que me siguió y desde muy cerca me observó. Ayúdeme, que ya no me quedan lágrimas; pero, yo no quie-

ro irme pa la ciudad; yo puedo trabajar la agricultura, pa eso tenemos tierras donde sembrar, no quiero dejar mis arbolitos, mis animales, y lo más importante, no quiero dejarla sola a usted, algo le puede suceder y yo no me lo perdonaría, eso sí acabaría con mi vida. Usted bien sabe que este es un viaje sin retorno, la mejor prueba son mis hermanos; ya ni siquiera en este diciembre se acordaron de nosotros.

Pasaría una semana cuando la madre volvió a tratar de convencerlo de que con mucho dolor para ambos él debía de irse a San Francisco. Mientras tanto los vecinos se sentaban en la puerta de las casas a comentar los sucesos del día, sin obviar la permanencia de Godofredo en las faldas de la madre. Era como un diario vespertino del acontecer pueblerino de cosas intrascendentes de la cotidianidad, pero para los pobladores de Manirote eran importantes y servían de entretenimiento.

El día de la partida de Godito, Ernestina tenía gripe, y caía una llovizna moja pendejo, de esas que “hacen mucho daño a los que les está comenzando catarro” —según dice la gente—, porque se les complican. Él se preocupó porque no había quien lo llevara al terminal de pasajeros; aunque no tenía muchas cosas, su equipaje cabía en un bolso plástico de los pequeños, pero era doloroso que lo vieran salir de su casa así, sin nadie que lo acompañara; en el pueblo pensarían que se iba por algún problema familiar, y eso era muy

delicado. Ella le recomendó que esperara un rato, que el autobús salía a las ocho y aún eran las seis de la tarde; pero, transcurrida una hora la lluvia arreció, ahora lo que caía era un chaparrón. En el momento de marcharse lucía una mirada vacía, los músculos de la cara rígidos, y con movimientos lentos en el resto del cuerpo le dio un beso seco a la madre en la mejilla, mientras miraba su patio, oía a los gallos cantando y las gallinas cacaraquear bajo la lluvia, como cuando alguien se está muriendo. Caminó hacia el terminal ahogado en lágrimas.

Salió el autobús, él iba en el último asiento, acurrucado, congelándose por el frío, porque toda su ropa se había empapado; el único aliciente era que se encontraría con los avezados y curtidos de ciudad como lo eran sus hermanos y otros conocidos que ya se habían ido mucho antes y se la sabían todas.

Así llegó Godofredo a San Francisco, desconcertado, con un morral en la espalda que contenía dos mudas de ropa y los pocos ahorros que le facilitó la madre, sin saber dónde dormiría esa noche, con su viveza pueblerina que de principio de qué le podía servir en la ciudad. Todas sus esperanzas de apoyo estaban cifradas en encontrar a uno de sus hermanos. En un bolsillo del maletín llevaba la dirección de Heitico, que era el más seguro de encontrar porque era el último que había salido de Manirote. En el terminal, ubicado frente a la única plaza de San

Francisco, apenas se bajó del autobús sacó la dirección del maletín y comenzó a preguntarle al que se le atravesara que si no conocían a su hermano; lo que no le resultó muy difícil, porque todo el mundo sabía quién era Heitico, pero en la casa donde supuestamente vivía le dijeron que él se había marchado hacía un mes para la capital. Con el escaso dinero que le facilitó la madre pudo hospedarse en esa misma casa durante una semana.

A pocos días de su partida, Ernestina creía que iba a enloquecer, ya que ahora podía expresarse con fuerza y llorar todo lo que no había llorado y saber lo que verdaderamente significaba la presencia de su hijo menor en su hogar. Aunque desde la misma noche de su partida ella no dejó de sentirlo en los días subsiguientes, sobre todo en las noches, pero como sabía de qué se trataba, esto no le aliviaba en absoluto, sino que su dolor era mayor. En su confusión, se sentía la culpable de cualquier cosa que le pudiera suceder a su hijito.

Paralelamente, él no podía dormir, solo emitía un quejido relacionado con la película de su corta vida que pasaba por su mente. Al tercer día le dio por caminar el pueblo poniendo a la orden sus servicios de jardinería, limpieza en general, que era lo poco que sabía hacer. Rápidamente consiguió trabajo, porque la gente del pueblo era floja, por lo que no había jardín que no estuviera enmontado. Cuando comen-

zó a trabajar le cantaba a la grama, a los arbolitos mientras los podaba, y lo veían de noche en algunos jardines; los que desconocían de esas tradiciones y creencias de los que ejercían ese arte simplemente pensaban que era loco.

En tres meses la mayoría de las casas importantes de San Francisco tenían sus jardines bonitos y remozados, gracias a las maravillosas manos de Godito, a quien casi nadie le sabía el nombre, porque desde su llegada lo llamaban Manirote, ya que él de lo único que hablaba era de su pueblo. Toda la gente que conocía le parecía de allá. No era extraño que cuando veía a alguien por primera vez pensara: “caray, pero este señor es igualito al de los Pérez, los Ruiz, los García...”, con alguien de su pueblo lo comparaba. Hacía su trabajo de jardinería por lo que le dieran, desde un plato de comida, hasta dinero en efectivo; aunque esperaba ahorrar para dedicarse a lo que realmente la madre lo había mandado: a estudiar. Allí se mantuvo hasta que aprobó el tercer año de bachillerato. A las dos semanas de su logro académico armó su maletín y se marchó para la capital.

Esta era otra selva, pero de concreto, a la que él no estaba preparado para enfrentar, aunque cualquier oficio manual podía ser bueno para ayudarse. En la ciudad había ocupaciones muy tentadoras, donde se podía hacer dinero fácil y rápido, lamentablemente eran ocupaciones más peligrosas que las serpientes

y bichos malos que él aprendió a sortear en Manirote. Allí todo, para él, era un permanente futuro: las caras, los vehículos, construcciones, edificios, las plazas, parques, calles..., todo se modificaba permanentemente; sin embargo, él estaba fijado en el pasado, las raíces que había echado en Manirote eran más largas y gruesas que su cuerpo, por lo que era muy difícil desenraizarlo, por eso, buscando alivio a sus angustias existenciales, su empeño en transmitir su cultura a todo el que se le atravesara. Para él era un disfrute cuando lo saludaban: “¡Ah Manirote cómo está la vaina!”, eso lo llenaba de orgullo. Él necesitaba del olor a monte, animales del campo, el agua del río, ver a la gente sentadas en las puertas de las casas y hablar con su acento sui generis; eso había penetrado sus huesos, su alma y nadie lo cambiaría.

Sus primeras experiencias como colector de un ómnibus le había dado la mayor oportunidad para conocer la ciudad. Su lenguaje producía hilaridad cuando llamaba a la escalerilla para entrar al ómnibus: la troja, a las colas que la gente hacía: el gentasal, el dinero que cobraba lo llamaba abono, y así él le daba un nombre a cada cosa. Tenía su propia jerga, y se adaptaba a la metrópoli con cierta facilidad.

Pasaron los meses, administrar el dinero que ahorró en San Francisco no era fácil, porque en la capital todo era muy costoso, había muchos gastos y tentaciones; pese a la coraza moral que su madre le creó,

muchas veces sentía que era débil y hacía cosas que después le creaban culpa; no obstante, no perdía los nortes y en su mente se fortalecía la idea de que tenía que estudiar, a pesar de que ahora el tiempo le rendía menos. En las noches acostumbraba a reunirse con jóvenes de su edad a quienes les gustaba escuchar sus fantasiosos cuentos, aunque algunos de los oyentes al comienzo tenían una actitud de burla, luego eran seducidos por la forma de él describir y hacer sus relatos; trasladándolos con sus descripciones a ese sitio donde él se crio, que según sus propias palabras era un lugar paradisíaco. No solo lo admiraban los muchachos, sino que también tenía muchas admiradoras a las que él lograba seducir con su lenguaje, y que se hacían adictas a sus cuentos y cada vez querían oírlo más. Los que al comienzo lo criticaban por la forma de expresarse, luego terminaban hablando como él, con un cantaito característico —entre campestre y urbano—, sobre todo usaban sus refranes que eran como universales, aunque de su propia creación. A algunos se les escuchaba saludar como él: “¡Qué hubo camarita!, qué se dice poraí...” Pese a que en sus cosas más importantes era muy reservado; una noche se le escuchó decir que tenía un “cochinito e monte”, producto de una relación que tuvo con una querendona que estaba más buena que dulce e mango.

En su incierto trajinar, después que comenzó a conquistar mujeres, fueron varias las jóvenes que

quedaron embarazadas de Godofredo. Él estaba parcialmente consciente de lo que hacía, porque siempre comentaba con algunos amigos acerca de los cochinitos e monte que él creía tener. Ignoto de lo que significaba regar su sangre, sus genes, y sin sentido alguno de responsabilidad paterna; él sostenía que formaría una familia muy grande a través de los hijos que procreaba, para que no les sucediera lo que a él, que prácticamente se quedó sin familia; aunque siempre mantenía informada a su madre de su vida a través de sus dolorosas epístolas, de las que nunca recibía respuesta; y no la iba a visitar porque él juró que “hasta que no esté graduao y acomodaó no regreso a mi pueblo a buscarla, pa ponela como a una reina”.

Conocía la mayor parte de la ciudad capital como la palma de su mano, no obstante, nunca llegó a tener noticias de sus hermanos, ni siquiera por casualidad se encontró a uno de ellos, o quién sabe si era que no quería encontrarlos, porque cuántas veces se tropezó con personas que se parecían a ellos, pero como a él todo el mundo se le parecía a alguien de Manirote y ya tenía cierto control sobre esa mala costumbre, porque se convenció que a la gente no le gustaba que las compararan con nadie, por lo que se fue dejando de eso.

Dos de los hermanos de Godofredo sí vivían en la ciudad. Miguel, el mayor, se había perdido en las dro-

gas. En su derrotero, lo que consiguió para asirse y capear el vendaval de pobreza y sufrimientos por el que transitaba fue una mujer joven que le había parido dos párvulos y cargaba otro en la matriz. Así deambulaba por la ciudad, mendigando, todo andrajoso e irreconocible, lo que le hacía a Godofredo difícil encontrarlo. A Manuel, el segundo, le había ido muy bien, estudió en la universidad, era todo un profesional de la medicina y de la alta sociedad, socio de una de las mejores clínicas de la capital, casado con una colega suya de apellido de abolengo y no estaba dispuesto a dar pasos atrás, por lo que consideró como mejor opción olvidarse hasta de la madre y de sus hermanos, aun sin saber cómo les había ido a ellos en la vida, porque pensaba que eso lo desacreditaría y toda la farsa de sus orígenes se derrumbaría. Esta actitud nunca le quitó el sueño, aparentemente se olvidó de ellos y no extrañaba a su pueblo para nada, simplemente pensaba que así como él triunfó, sus hermanos también podían lograrlo, él nunca los molestó en sus momentos difíciles, y querer saber de ellos y viceversa, ahora, solo podía ser perturbador de sus logros. De Heitico, nunca se supo nada.

Por su parte, Ernestina se apegaba a sus rezos, había hecho un enorme y bello altar en el cuarto que fue de sus hijos, le pedía a Dios que regresaran, aunque derrotados, pero que regresaran, lo que nunca pidió mientras tuvo a Godito en la casa. Ella tenía muchas cosas que contarles

a sus hijos, más ahora que surgían buenas fuentes de trabajo en el pueblo, porque llegó una empresa petrolera a la que el gobierno le había otorgado concesión para la exploración. Manirote súbitamente se fue llenando de forasteros, proliferaron pensiones, posadas, casas de alquiler, comedores improvisados. Ernestina notaba que, en ese ir y venir de personas, el pueblo perdía su tranquilidad, sentía desconfianza de tantas caras nuevas con miradas fisgonas.

A Godofredo, después de transcurrido cierto tiempo, entre tantas ocupaciones y tentaciones en la ciudad, la vida se le disipaba como agua entre las manos. Un día se informó de una institución del estado donde formaban técnicos superiores en electricidad, para cuyo ingreso era necesario ser bachiller. Él se había conformado con el tercer año de bachillerato que logró en San Francisco, tenía que continuar, lo que significó muchos esfuerzos, porque asistía a clases en las noches, después de doce horas de continuo e intenso trabajo en el día, podando jardines, y haciendo de ayudante de electricista. Había aprendido mucho, pero por no tener título de graduado en alguna especialidad no le aumentaban el sueldo, ni se atrevía a tener su propia empresa, aunque ganas no le faltaban. Desde que comenzó a estudiar llegaba tarde a su casa. En un año, a través de parasistemas se graduó de bachiller. Ahora estaría en su propio campo, estudiaría para ser técnico superior universitario en electricidad.

En este lapso tuvo muchos amores, pero el más apreciado lo estableció con la hija del español dueño de la panadería a donde iba todos los días a desayunar y en las noches pasaba comprando algo más para llevar a su casa. Todos estos sacrificios eran con el fin de ahorrar, pensando en el reencuentro con su madre.

Sus amores con la española iban viento en popa, aunque corría el riesgo de perder a esta muchacha, con quien tenía planes de matrimonio “para enseriar su vida”, pese a que ambos estaban muy enamorados y ella era muy atractiva, si era seleccionado para el curso sus visitas nocturnas ya no continuarían, porque primero estaban los estudios, y difícilmente la Carmenza —como llamaban a la novia, y de paso, a la única que no había embarazado— soportaría tan larga espera.

Después de mil y una diligencias, se enteró por un compañero de trabajo que de los ciento cuarenta y tres aspirantes que querían ingresar a la carrera de electricidad, él fue escogido entre los treinta ganadores del concurso. Llamó la atención en su trabajo que con la noticia de su éxito él no se alegró, contrariamente, hizo muecas de dolor, sus ojos se tornaron tristes. Tendría que hablar con Carmenza, porque la relación estaba a punto de llegar a su final. Esa noche no cenó como de costumbre, tampoco se acicaló, sino que con la misma braga de trabajar se dirigió a la oscura plazoleta, frente a la panadería.

Al encuentro en el sitio acostumbrado la saludó con voz quebrada:

—Buenas noches mi turrón de coco.

—Buenas noches, pensaba que ya no venías..., por la hora, ves...

—Bueno nada, que tenemos que hablar —agregó él con la voz más debilitada.

—Godito, que te sucede, a que se debe tanta tristeza, ¿acaso te han echado del trabajo? —le observó ella desde la oscuridad, apoyada en el tronco del árbol más viejo de la plazoleta; donde ansiosa esperaba sus furtivos besos embadurnados en pino silvestre, el perfume de siempre.

—No, lo que sucede es que tengo malas noticias... No podemos seguir mi turroncito..., porque te quiero es que tengo que alejarme de ti.

—Acaso te has encontrado una mejor que yo, o te descubrieron una enfermedad contagiosa.

—Tú sabes qué mejor que tú no hay nadie en este mundo, solo que te quiero tanto que nunca quisiera que sufrieras por mí..., ni por nadie... Me alejo de ti porque me seleccionaron para estudiar en la universidad, y serán tres largos años, o más...

—Que tonto eres, sí bien sabes que mi padre no quiere para mí a una persona que no haya estudiado, porque como él no pudo los quiere hechos. Y si piensas que yo no puedo esperarte por el tiempo

que sea, es que entonces no me conoces, o nunca te he querido. Dime que será más tiempo y siempre te esperaré, aparte de que yo no creo que esos estudios no te dejen aunque sea un tiempito de sobra para mí, ni que fueras a estudiar para astronauta.

—Mi turroncito, no me hagas esto, que yo no me lo merezco, no aceptaré que te sacrifiques por mí.

—Te entiendo, ya sé que decidiste no seguir conmigo, pero no te va a ser fácil, porque te seguiré a donde vayas.

Godofredo se precipitó sobre ella, importándole si lo miraban de la panadería y lo sucio de su braga. Fue su primer beso a Carmenza sin ocultarse. Un alborozado y escandaloso silencio servía de espectador.

— ¡Gracias!, ¡gracias!, mi turrón de coco, nunca me lo esperaba —le dijo mirándole a los ojos en la distancia que daban sus brazos.

Carmenza se libró de Godofredo y corrió sin despedirse a regocijarse en su habitación, allí lloró impulsada por una confusión de emociones; recordando que a su madre también le tocó esperar. Según le contó su padre cuando él llegó solo a este país: “Los primeros Canarios que vinieron a Venezuela en los años cuarenta y cincuenta, en condición de emigrantes, utilizaban pequeños veleros viajando en clandestinidad. Otros, de más recursos económicos, se embarcaban en Galicia, en trasatlánticos que salían de

Vigo y Barcelona. “El Maruchí” salía de Las Palmas en los años cuarenta y ocho y cincuenta. Los requisitos eran: arriesgarse en el país, fundar una familia, incorporarse a una población y tener buena conducta. Juan Ramón —su padre—, se vino con un contacto ficticio que le autorizó el visado Español. Cuando él lo recordaba, en sus relatos íntimos a “la María”, se iba en llanto; era un llanto pueril, casi aprendido, que ya no sentía, solo para que la María le reforzara que él era su consentido. Con los años, el relato de cómo fue su llegada a Venezuela, que primero se lo contaba solo a su esposa, luego a los más allegados; después a todo el que se le atravesara, ya lo hacía de manera tan natural que hasta lo había vuelto un chiste. Así esperaba Carmenza recordar un día lo que le estaba sucediendo con su amado.

Mientras tanto, un viernes por la tarde unos forasteros llegaron a la casa de Ernestina, encontrándose ella sentada en la puerta de su casa, como acostumbraban en el pueblo, y la abordaron. La conversación fue breve porque ellos querían alquilar una habitación y ella, por su soledad, en lo inmediato dudó. Ellos no paraban de hablar, le decían del esfuerzo que significaba estar fuera y tan lejos de sus casas, recordando a sus familias y tantas cosas, pero al final lo importante era que tenían trabajo.

—Difícil la tienen los expatriados —señaló Rafael, el más dicharachero de los dos—, esos pasan más difi-

cultades que nosotros, porque vienen de bien lejos, además, tienen otras costumbres para todo.

— ¿Quiénes son esos? —Preguntó Ernestina.

—Son los mismos que antes llamábamos emigrantes

—acotó el otro visitante, llamado Wilmer.

—Y antes de eso también los llamaban musiús, agregó Rafael.

—Aquí en este pueblo, que yo me acuerde, nunca se conoció ese tipo de gente.

Ella tenía los ojos húmedos, porque simplemente a su mente llegó el recuerdo de sus hijos, que en estos momentos, donde se encontraran eran unos musiús, y quien sabe que calamidades estarían pasando, y sin saber siquiera nada de ellos. Sintió que estos hombres podían ser como sus hijos, por lo que se esmeraría más en atenderlos.

—Señora Ernestina, veo que ese cuarto está desocupado, ¿por qué no nos lo alquila? —le solicitó Rafael.

—Tendría que pensarlo muy bien, porque eso es lo poco que me queda de mis hijos.

—Cualquier cosa que decida nos avisa inmediatamente, más ahora que pasaremos por aquí todas las tardes; es que donde estamos hay mucha gente y pasamos incomodidades, por eso nos gustaría vivir aquí que es una casa tranquila y limpia.

—Hasta luego —se despidieron después de un buen rato de conversación.

Godofredo inició la carrera de técnico superior en electricidad, basado en el hecho de que toda casa debía tener corriente eléctrica, no como en su pueblo natal que la mayoría se iluminaba con lámparas de carburo, y por eso las noches eran tan tenebrosas, de manera que en esta área donde incursionaba siempre tendría trabajo

Pocos días antes de comenzar el curso, le cayó del cielo un apagón de luz en la panadería del padre de Carmenza. Comenzaba la noche de un día viernes —cuando más se vendía en el negocio, quizá porque algunos cobraban, o porque como no tenían que trabajar al día siguiente, disponían de más tiempo para hacer las compras—, después de Juan Ramón agotarlo todo y no conseguir al técnico que regularmente le hacía trabajos de electricidad, pensando que podía quemársele todo el negocio, y en el mejor de los casos sería mucho lo que dejarían de vender esa noche y el material de panadería que perderían significaba desperdiciar mucho dinero. Rascándose la cabeza y con cara de extrema preocupación, comentó:

—! Joder!, yo que nunca aprendí ni a empatar unos cables y ahora...

— ¡Madre mía!, pensar que el flojo del Manirote sabe arreglar todo esto, por eso no debemos decir: “de esta agua no beberé” —dijo la María, y le sugirió al marido—, por qué no llamamos a Manirote que siempre está localizable.

Su respuesta fue tajante:

— ¡Prefiero perder una noche y el dinero que sea, antes que llamar a ese a aprender electricidad en mi panade...!

No terminó la frase cuando el tablero principal comenzó a echar candela, luego sonó una explosión acompañada de un fuerte olor a cable quemado e inmediatamente se disparó una alarma.

Fue cuando la madre de Carmenza gritó:

— ¡Hija, llama al mequetrefe ese de una vez, que se nos quema la panadería!

—Voy a tratar, no sé si por tantas cosas que le han hecho querrá venir.

Carmenza sabía que a esas horas él estaba allí, quizá por última vez, al frente, en la oscuridad de la plazuela, esperándola entre las palmeras.

En un santiamén, casi telepáticamente Manirote entraba a la panadería. Ya uno de sus alumnos del béisbol había ido por sus herramientas.

Entró sin saludar. La luna esa noche alumbraba lo suficiente como para que él viera el interruptor principal del tablero candente y humeante, con ese olor a cable quemado que a él le era tan familiar. Cuando iluminó con su linterna la cajuela de los interruptores, observó que todo era una masa de cables que seguía echando chispas y despidiendo ese humo penetrante que hace arder los pulmones. Manirote sacó

una navaja del bolsillo posterior de su pantalón, cortó una pequeña alfombra de goma que estaba a la entrada de la panadería y bajó el interruptor. En esos momentos llegó un adolescente respirando jadeante, con un saco de herramientas y preguntando por el señor Manirote.

La madre de Carmenza que casi lloraba dijo:

—Es que cuando debe estar no está, lo necesitamos urgente y el muy presumido nada que aparece.

— ¡Mamá!, ya Godo está aquí, arriesgando su vida para salvar nuestra panadería.

A los diez minutos aproximadamente todo estaba arreglado. En lo que pasó el interruptor y llegó con normalidad la corriente eléctrica, por primera vez vio a sus suegros de cerca. La sensación que tuvo fue que esos iban a ser como sus futuros padres... y se comprometió que al día siguiente, para mayor seguridad, cambiaría esas líneas de cables en su totalidad, que por ahora podían estar tranquilos.

Cuando el padre de Carmenza, sin mirarle a los ojos, le dio las gracias y le preguntó cuánto se le debía, Manirote le respondió:

—Usted no se imagina cuánto lo respeto y lo quiero, con solo cambiar la opinión acerca de mi persona el endeudado seré yo.

Manirote le dio prioridad a los estudios y al proyecto que inundaba su mente de construir una urbaniza-

ción que llamaría Manirote I, por lo que su noviazgo con Carmenza pasó a ser un recuerdo, Pese al distanciamiento, paradójicamente, ella suspiraba y rezaba todas las noches por él; algún día lo vería regresar en persona, porque su imagen parecía verla en las noches en la plazoleta, aunque simultáneamente pensaba que todo era por su deseo de verlo regresar: graduado, lleno de madurez y con más estabilidad económica.

La visita a Ernestina estaba próxima, dado que bien rápido había pasado el tiempo y en esos días él había culminado el curso de técnico superior en electricidad. Le preocupaba por la cantidad de cartas que le había enviado a su madre y no había obtenido respuesta ni la primera vez; hasta que se recordó que ella medio sabía leer, pero no sabía escribir.

Llegó el ansiado día del viaje que después de tanta espera Godofredo súbitamente planificó. Delegó muchas responsabilidades del proyecto Manirote I, porque no tenía precisa la fecha de su retorno. “Puede ser un día como puede ser un año”, decía. En el momento de marcharse a su pueblo no pudo evitar sentirse nervioso, no obstante llevar varios presentes para su madre, también llevaba la intención de traérsela a la capital, a su nueva casa, y que viera toda su obra antes de que la muerte se la llevara.

En el terminal, frente al que él había pasado tantas veces sin conocerlo por dentro, porque desde su llegada a la ciudad a este momento le habían hecho mu-

chas reformas, cuál fue su agradable sorpresa de que en las oficinas, en la parte superior, rayando con el techo, lucían carteles donde se leía el destino de los autobuses, en uno de ellos decía: Manirote. Lo que se le ocurrió pensar fue si se trataba de su pueblo. Lo más sencillo era preguntar, y así lo hizo:

— ¡Mi terroncito de azúcar!, ¿el Manirote que ustedes anuncian, es el mismo que queda después de San Francisco?

—El mismísimo mi amor —le respondió la vendedora de boletos, con una bella sonrisa expresada en sus labios, satisfecha por la forma como él le habló, porque nunca le habían dicho algo tan dulce. Expresión que Godofredo interpretó de otra manera; pensó que ya la había enamorado. Aunque él tenía mucha intuición para eso, a veces exageraba

— ¿Y qué días sale el autobús para allá?

—Están saliendo dos autobuses diarios mi amor.

—Entonces no es el pueblo que yo digo.

—Bueno, si es como tú dices que queda después de San Francisco, sí es el mismo, lo que pasa es que como allí y que hay petróleo, es mucha la gente que va para allá a buscar trabajo.

—De manera que yo me puedo ir hoy mismo.

—Si te apuras, te puedes ir, porque solo me quedan dos boletos, y eso para el segundo autobús que sale dentro de dos horas, para llegar en la madrugada y

te dé tiempo de buscar una pensión, porque los que se van en la mañana temprano generalmente ya la tienen reservada.

—Mi reina, cuánto te agradezco la información, me da un perolito de esos de una vez, antes de que se acaben.

Buscó donde sentarse, echó su morral sobre el asiento que escogió y se sentó al lado del mismo, a esperar la salida del autobús. Con el pecho henchido de emoción; tocándose el bolsillo trasero del pantalón para asegurarse de que allí tenía el dinero que le llevaba a su madre. Los regalos estaban en el morral. En su mente había una sola imagen: Ernestina y su pueblo Manirote.

Desde que partió el autobús Godofredo cerró los ojos, como negando su retorno por temor a lo que encontraría. El viaje le pareció un parpadeo. A las cuatro horas y cuarenta y cinco minutos de la madrugada, cuando espabiló, descorrió una cortinilla azul marino que cubría la ventanilla del autobús y vio la carretera bordeaba de bosques. No sabía dónde se encontraba, solo escuchó una voz fañosa, de quien también acababa de despertar, que preguntó:

—¿Llegamos a Manirote?

Otro pasajero le contestó:

—Sí señor, volamos, porque normalmente se llega a las cinco y cuarto.

A Godofredo le saltaron dos enormes lágrimas. El pueblo estaba muy cambiado..., hasta la vegetación. Habían hecho un terminal que le faltaba más o menos un tercio por construir. A esas horas todo era un solo barullo. Había busetas que trasladaban obreros a sus sitios de trabajo, casi todos con bragas, unos con viandas y otros comiendo fritangas que vendían en el mismo terminal. Él tomó su morral y tardó en salir del autobús por el temor de lo que encontraría, sobre todo por la incertidumbre de cómo estaba su madre. Caminó lento y cabizbajo, perturbando con su andar al bululú de personas apuradas que venían detrás de él.

Cuando la luna dejó de vigilar a la madrugada, Godofredo se encontraba frente a la casa donde se crio. La fachada estaba irreconocible, a los lados, donde siempre la naturaleza sembró su verdor, había casuchas de madera de pino que no tenían más de dos años de construidas. No le dio tiempo a tocar, porque en ese mismo instante salía Ernestina con una escoba y un envase plástico entre las manos, abría la puerta para airear la casa, que entrara la luz de la mañana, barrer el frente y rociarlo con kerosene para que su morada estuviera protegida de malas influencias, fuera un día de suerte y que todo estuviera limpio.

No hubo palabras, solo el llanto de él, tanto tiempo sin verla, en cambio ella no, porque siempre lo sentía y lo veía en cualquier parte de la casa, sobre todo en el

conuco, cosa que no se atrevía a comentar con nadie porque podían pensar que estaba sin juicio. Inmediatamente la abrazó y la besó varias veces alternando mejillas, empapándole la cara con sus lágrimas. Ella, a quien se le notaba que había envejecido doblemente para el tiempo transcurrido, lo miraba perpleja sin soltar una lágrima, luego, dejando caer la escoba y el envase al piso, lo arrastró hacia el pasillo que daba al fondo de la casa, siendo interrumpido el encuentro por dos hombres que se cepillaban los dientes, con vasos plásticos se proveían de agua de un tambor de fibra, haciendo simultáneamente gárgaras. A Wilmer este visitante le pareció conocido, en alguna parte lo había visto, y más de una vez. Godo Observó que el patio estaba muy cambiado, los arbolitos que el sembró con sus propias manos, que ya debían de ser adultos, no estaban, porque todo había sido talado. Apoyado en la pared más posterior de la casa habían construido un amplio asador de barro, muy bien configurado. Se notaba que ella había madrugado, porque el contenido de dos enormes ollas sostenidas por trípodes de hermosas piedras traídas del río, montadas artísticamente en serie, hervía por el calor que le insuflaban cándalos de guatacare ardiendo, despidiendo deliciosos olores imbuidos en obesas volutas de humo que anunciaban desde muy temprano qué almorzaría el grupo de obreros petroleros que en horas del medio día le borran la soledad a Ernestina y

sustentaban su negocio de venta de comida. Mientras caminaban, cada cinco o seis minutos ella iba a otear y a remover el contenido de las ollas. La habitación que fue de sus hermanos y el último en usarla fue él, estaba ocupada por los inquilinos que él vio cepillándose. Después continuaron hacia el cuarto de Ernestina, que se mantenía casi igual, salvo que ahora tenía más esfinges de santos y restos de velas regadas por todas partes. En los intervalos de ir y venir a vigilar las ollas ella no paraba de hablar, mientras relataba la llegada de la Chevron al pueblo y el arribo de centenas de migrantes desde hacía más de cuatro años, porque según lo que se decía, “en esas tierras había petróleo”, pero hasta ahora no habían conseguido nada, a pesar de que hicieron varias exploraciones metiendo tubos en las profundidades de la tierra por todas partes.

Godofredo estaba perplejo y lleno de admiración hacia su madre, aunque no le era extraño la forma como ella se enfrentaba a la vida, no era la primera vez, ella siempre fue muy combativa, sin embargo, era en este momento cuando ataba cabos y entendía porque él era así de luchador y emprendedor. Por eso no le sorprendió encontrarla defendiéndose de las inclemencias de la vida, que no se amilanó por haber quedado sola, o se le entregara al primer forastero que la pretendiera para que la mantuviera. En un momento en que ella cogía aire, para emocionada

continuar el relato de su buenaventura, él la tomó por los hombros y le dijo:

—Mi viejita, ¿le soy sincero?

—Sí, como siempre lo has sido, o es que eso ya cambió. —respondió ella.

—No, para nada, como usted me crio así seré toda la vida; lo que quiero decirle es que la noto acabada, esto no es vida a su edad —hurgó en su morral y extrajo una copia de su título de Técnico Superior en Electricidad—; vea, lo que le prometí, estudié, he progresado, tengo una pareja muy bonita, viera sus nietos, aquí le traigo sus fotos, pero no es lo mismo si disfruta cargándolos, entreteniéndose con ellos; vámonos de aquí, yo le daré todo lo que necesita para ser feliz; con esta vida que usted lleva todo para mí de ahora en adelante va a ser un solo sufrimiento, ¡vámonos de aquí mi vieja!

—Mijo, yo te comprendo y te lo agradezco inmensamente, pero yo me siento bien aquí, a esta edad, para una vieja como lo soy yo, es muy difícil adaptarse a la ciudad, tú lo haces porque eres joven, fíjate que hasta tu manera de hablar ha cambiado, bueno, también es que has estudiado; solo con que tú me visites de vez en cuando es suficiente. Para una muestra, fíjate como tu presencia me hace tan feliz, y así será siempre. ¿Y vienes a quedarte por varios días? —le dijo para cambiarle el tema de conversación, segura de que no llegarían a nada de lo él le proponía.

—Pero mi viejita creo que no me ha entendido, lo que le he dicho es porque siento que aunque se sienta feliz, yo no creo que lo sea tanto así, porque su cara habla de sufrimientos, a menos que esté enamorada, porque de lo contrario, lo que yo le prometo es una mejor opción, para que deje esta soledad de una vez por todas.

—No Godito, me da miedo, prefiero continuar como hasta ahora he estado, ya que bastante me costó resignarme a perderlos, y no quisiera empezar de nuevo; y eso de que tengas muchos hijos, ojalá que no haya sido de forma irresponsable como los hizo tu padre conmigo, porque nietos así no los quiero.

Él bajo la cara. Apenas se recuperó, carraspeó la garganta para decirle:

—Trataré de quedarme lo más que pueda, lo que sucede es que yo tengo una empresa y usted sabe, tengo que atenderla... Como negarle que usted y Manirote están a cada minuto en mi mente, pero usted en buena intención me echó, porque de verdad, si me hubiera quedado aquí nunca me hubiera superado.

—Mijo, le recomiendo que repose un rato en mi cama, y después se dé una vuelta por ahí para que vea como ha progresado el pueblo.

—Tranquila, yo dormí en el autobús, me baño y paseo un poco para recordar.

—Pero eso sí, no vayas a estar llorando y que la gente

te vea, porque eso no me gusta, así no lo enseñé yo —le dijo esbozando una sonrisa.

Godofredo caminaba anonadado: Manirote había desaparecido, todo era nuevo, no había una cara conocida ni pa remedio. Después le importó todo y dio permiso a sus lágrimas para que fluyeran sin vergüenza. En su mente privaba la idea de que ya no era de aquí ni de allá. Que desagradable no poder ver a alguien conocido, ni siquiera las casas eran las mismas. Esto le produjo desasosiego, quería desaparecer. Absorto caminó varias cuadras y cuando se percató estaba frente al río —el que separaba las pocas casas que tenía Manirote en dos partes; que del río para allá eran más numerosas, y la gente era diferente: menos competitiva, se conformaban con lo poco que criaban y sembraban, no estudiaban ni abandonaban el pueblo y tenían un cantaíto al hablar diferente al de Godofredo; casi todos sus habitantes estaban emparentados, se decía que por eso allí había tantos locos y taras de carácter hereditario.

El río en sequía era una quebrada, con arena muy blanca tanto en la playa como en el fondo, decían que servía para hacer vidrio. Godofredo caminó lateral derecho, hasta donde el bosque que cercaba la orilla del río se lo consentía, coincidente con el punto que agotaba el sendero que le permitía continuar sin mojarse. Allí se quedó mirando nada, centrado en sus recuerdos, cuando a los cinco años todas las tardes

colocaba su ropita en la horqueta de un algarrobo joven, y se bañaba desnudo con jabón de olor; allí jugaba, nadaba, le gustaba sacar piedrecillas del fondo para luego lanzarlas sobre la superficie del agua y ver como se formaban diferentes ondas circulares, que al encontrarse a la distancia de su origen desaparecían rápidamente. A veces cuando llegaba temprano al río y el sol picaba sus espaldas, arrancaba hojas de malanga de las más grandes para usarlas como tapa-sol. Esto lo hizo rutinariamente hasta los doce años cuando Ernestina lo obligó a salir del pueblo a superarse, a conquistar el mundo. Allí estuvo recordando, sin importarle que el tiempo transcurriera, porque sentía que curaba su dolor con lágrimas, echándoselas al río para ver como su torrente aumentaba, como el río alguna vez sin saberlo también lo ayudó a él.

A mitad de la tarde cuando regresó a la que fue su casa, estaba convencido de que él no podía desprenderse de Manirote, porque allí había echado unas raíces muy profundas. Ella lo sintió llegar, súbitamente cortó la siesta acostumbrada para atender a su hijito—a quien seguía viendo como un niño—, le mostró lo que había preparado para comer, a la vez que le decía:

—Hijo, te esperaba ansiosa, hasta que me quedé dormida. No he almorzado porque quería que lo hiciéramos juntos... como siempre —le miró a los ojos, y notó que él había llorado; fue incapaz de decirle

algo, porque también sabía que eso era bueno para su cuerpo, pero más para su alma—. Me imaginé que estabas en el río, por eso me acosté, porque sabía que te llevaría tiempo.

Él no quiso entrar en detalles y le inquirió:

—No debería dejar de comer a la hora, como debe de ser, menos por mi llegada, porque su edad no permite juegos con el estómago... Que rico huele; ya veo que ni siquiera haciendo abundante comida para atender a esa gente pierde la sazón.

—Cómo voy a comer sola estando tú aquí —fue su lacónica respuesta.

No hubo necesidad de calentar la comida, porque algunos restos de carbón del guatacare, que ocultaban su fuego con la celestina ceniza, aún estaban encendidos.

Comían lentamente, no se miraban. Era como que si al pasado se lo había tragado la tierra, ni siquiera Ernestina era la misma, parecía que ya lo había contado todo, solo restaba masticar, mirar al techo, el piso, tragar y seguir hablando sin hablarse. Una ocurrencia de él para romper el aterrador silencio se escuchó como un hachazo durante el rico y copioso almuerzo:

—Tantos años mi vieja, como pasa el tiempo.

—Ummhjuu —respondió ella a secas.

Fueron hasta el patio, de un chorro de agua ambos se enjuagaron la boca, luego se dirigieron a la habita-

ción de Ernestina y se acostaron en la misma cama, dándose las espaldas. Transcurrida una hora aproximadamente ella se levantó con sumo cuidado para no perturbarlo, a quien creía dormido, pero apenas salió de la habitación él la llamó y le dijo:

—Mi viejita para dónde va a esta hora, descanse un poco más, o por lo menos conversemos.

—Ay mi Godito, yo quisiera, pero tengo que ir al abasto de compras, para surtir la alacena, porque ya no me queda nada para la comida de mañana, y tú sabes que tengo compromiso con esa gente.

—Mamá, la vida es corta; usted no ha sido muy afortunada, yo le debo tantas disculpas por mi ausencia, pero ahora estoy aquí, hablemos un poco.

—Pero mijo de qué podemos hablar, después de tantos años sin vernos, y además, tú crees que yo no me doy cuenta, ya el pueblo que tú conociste no existe, yo te sentí llorando su desaparición, porque este no es ni su sombra, solo quedan los recuerdos, para qué engañarnos; igual de mí, solo quedan mis arrugas y mi tristeza.

—Me da la razón, eso justifica de que hablemos, usted no debe seguir aquí, donde no queda nada de nuestro pueblo, por favor escúcheme siquiera un minuto, si usted quiere vivir nuevamente en Manirote, venga conmigo, va a ver lo que usted misma me enseñó, hay otro Manirote, el que yo fundé allá

en la capital, allí se sentirá a sus anchas. Mi viejita, lo que usted está viviendo se llama desarraigo, porque su pueblo, sus costumbres y su gente han desaparecido, la vida cambia a cada momento, solo quiero que vuelva al propio Manirote, el que usted dejó de ver y sentir casi de repente, al que usted amó, esto donde usted está viviendo es muy diferente al pueblo que nosotros conocimos y quisimos; simplemente todo cambia continuamente: “porque la vida es un permanente desarraigo”.

— ¿Qué es eso de desarraigo que tanto me nombras?

—Le preguntó con cierta ironía, mostrando un dejo de ignorancia en su rostro senil.

—Discúlpeme, se me olvida que debo de ir con calma y explicarle muchas cosas, desarraigo es alejarse, separarse, ¿cómo le explico?... es algo así como sacar una mata de raíz de su tierra original y sembrarla en otra tierra, de donde ella no es, para ver si se acostumbra o se enferma por la tristeza. Es que cuando uno se apega a algo echa raíces, bueno no raíces como una mata, sino que se une a ese sitio con los sentimientos, a las personas..., vivimos atándonos permanentemente a tantas cosas; pero irónicamente hay que desatarse, porque la vida no se detiene, ella sigue avanzando sin pararse ni un segundo, y uno ahí, corriendo detrás de ella queriendo adaptarse a los cambios, hasta que llega un momento que no podemos más, porque envejecemos o porque morimos. La cuestión es más

complicada, porque mientras uno más quiere o se pega a las cosas duele más despegarse, y lo malo es que no podemos vivir huyendo para no pegarse a nada para evitar los dolores del alma, porque sería más doloroso aún.

—Ay hijo, no me hables de esas cosas de desarraigos porque me pone triste, parece que estuvieras hablando de mí.

—De eso precisamente se trata, que permanentemente tenemos que estar viviendo separaciones, y no podemos evadirnos de esa realidad, porque queremos atarnos a las cosas, a la gente, a los sentimientos, para alejarnos del obligatorio tormento del desprendimiento, y por otro lado, la vida saboteándonos, haciendo lo que le ha hecho a usted, siempre teniendo que vivir cosas nuevas, casi sin tener tiempo para adaptarse a las viejas, y ya se lo dije, un día no tendrá capacidad para conformarse, y entonces tendrá que vivir hablando en pasado; por eso quiero que se venga conmigo, yo soy su pasado, su todo pues.

Llevaban casi dos horas conversando, y Godofredo tratando de convencerse a sí mismo más que a ella, cuando Ernestina, evasiva, exclamó:

— ¡Dios mío Godito, el mercado, el mercado, tengo que ir a hacer mercado!, ven acompáñame para que me ayudes y que la gente te vea, porque como casi nadie te conoce, ya por allí andan hablando de un hombre que durmió en mi cuarto, porque eso sí, Manirote

desapareció, pero no del todo, porque aquí la gente sigue siendo chismosa como siempre, conservan las mismas malas costumbres, vengán de donde vengán, para la malicia, para acabar con la moral de una son iguales, porque bien deben recordarse de ti, pero por darle a la lengua prefieren perder la memoria.

—Mi vieja, necesito estar un rato solo, mi pecho ya no aguanta más y quiero desahogarme, usted me entiende; porque lo que hablamos me puso melancólico.

Ernestina salió al abasto con una enorme cesta, a comprar comida para el día siguiente; porque para ella era una gran responsabilidad cumplir con los obreros a quienes les cocinaba.

Apenas Godofredo sintió que la puerta se cerró, estalló en llanto, y luego estuvo gimoteando no sabe por cuánto tiempo, hasta que la sintió regresar. Se apresuró en lavarse la cara, intentando borrar sus lágrimas, y salió a ayudarla a colocar alimentos en la nevera y la alacena. Mientras ordenaban las cosas, entonces era ella quien hablaba sin parar, como más entrada en confianza, o a lo mejor la necesidad de contar tantas cosas, pretendiendo relatarle a su hijo todo lo que había hecho para sobrevivir en tantos años de su ausencia. Godofredo se quedó estático con dos bolsas en sus manos y tuvo una nueva crisis de llanto, pidiéndole a su madre que por favor no siguiera. Ella lo abrazó y le susurró tratando de calmarlo:

—Tranquilo mi Godito, son cosas pasadas, ya puedes ver cómo me he sobrepuesto a todo, más ahora que estoy bien, hasta mis ahorros tengo por ahí escondidos; mi preocupación has sido tú, sin saber que era de tu vida por esas ciudades llenas de toda clase de peligros, aunque sabía que nada malo te había sucedido. Gracias a Dios que ya sé que te ha ido bien.

Él, cuando la vio tomar un sartén de un gabinete, pensó que era para preparar la cena, e inmediatamente le preguntó:

—Mi viejita y aquí no hay un sitio a donde uno vaya a cenar, así como para distraerse un poco...

—No Godito, la gente de aquí no tiene iniciativa para nada, aquí todo el mundo lo que quiere es entrar en la Compañía Chevron..., bueno a donde va mucha gente por las noches es donde Adelaida; no ves que ella hace empanadas, y que son muy sabrosas, a pesar de que es una mujer joven; pero tú sabes que yo no le como a nadie, a mí me gusta comer la comida que yo misma preparo.

—Eso no importa, complázcame, probamos esas empanadas y con eso caminamos un poco.

El quiosco de Adelaida estaba hasta el tope de gente, sobre todo de obreros de la compañía que todavía cargaban las bragas de trabajo. Ernestina miraba a su hijo desconsolada, porque a pesar del montón de gente, no conocían a nadie, y por la forma de comer

y de hablar eran de otros lares.

Al regreso, Godofredo solo alcanzó a cepillarse y decirle a Ernestina:

—Hasta mañana viejita —y cayó en la cama como una piedra.

Al día siguiente, como a las cinco y media de la mañana, cuando la claridad del amanecer acariciaba su rostro, despertó. Como durante la noche, con movimientos involuntarios se había volteado y casualmente ella había hecho lo mismo, quedaron cara a cara, y él al mirarla, sobresaltado, se convenció que esa no era Ernestina, esa no tenía nada de la foto tipo carnet que siempre él tuvo en su cartera desde que cumplió doce años de edad. Su madre era como otra persona: su pelo cenizo, tantas arrugas en la cara, la mandíbula inferior protruida, exagerada por los dientes superiores desgastados, ojos hundidos, cejas entrecanas, y de su escultural cuerpo quedaba poco. De esto pasaría media hora cuando Godofredo se levantó furtivo, para no perturbarla, y se desplazó, a media luz, a sacar de su morral algunos objetos personales; afincándose de su memoria para no tropezar. Se dirigió hacia el patio, llenándose de tristeza al ver aquel peladero, sin un árbol, ni un animal de los que él cuidó con tanto amor, aunque en su mente estaban los cantos vacíos de los gallos y la gallinas con su cacaraqueo llamándolo, porque era hora de desayunar. El concierto de pájaros y de tantos animales que él siempre escuchó seguía un poco más allá.

Los obreros inquilinos estaban preocupados porque Ernestina no se había levantado a impregnar la casa con el aroma del café madrugador, y cuando vieron salir a Godofredo de la habitación, se cruzaron miradas suspicaces al dirigirse en sentidos opuestos, se dieron los buenos días entre los dientes, y en silencio se fueron al fondo del patio, a esperar que Godofredo desocupara el tambor de agua donde se aseaban. Wladimir le comentó a su compañero en indiscreto susurro:

—Te acuerdas cuando me dijiste que yo estaba viendo muertos, bueno ese mismo es el tipo que desde hace tiempo la viene a visitar, lo que pasa es que ella se la echa de muy puritana, pero tiene su trompo enrollao, ese es el que le ablanda el corazón, yo sabía que con ese cuerpo esa no podía ser ninguna santa.

—Cállate, que te escucha, y no sabemos de quién se trata.

Simultáneamente en la calle, frente a la casa, en musitados roncros murmullos, los vecinos madrugadores comentaban su confirmación, de que a Ernestina con esa pinta, a pesar de su edad, era raro que no le gustaran los hombres, pero estaban equivocados.

Como a los diez minutos apareció ella:

— ¡Buenos días!, ¿cómo amaneció mi hijito más pequeño?

— ¡Bien!, aunque me desperté varias veces, creo que fue porque nos acostamos muy temprano —le comentó Godofredo.

—Yo en cambio dormí profundo, hacía años que no dormía así. Debiste haberme llamado cuando te levantaste, porque es que tengo tantas cosas que hacer. Ella enseguida trajo desde un rincón de la casa una cocinilla de gas de una hornilla, la enchufó a la bombona y montó una olla con agua para hervir. Cuando se sentía el aroma del café mañanero hirviendo, llamó por su nombre a los inquilinos:

— ¡Rafael, Wladimiir!, vengan a tomar café... Miren este es mi hijo menor que vive en la capital.

—Mucho gusto, Godofredo para servirles.

Rafael le puso una mano en el hombro a Ernestina y comentó:

—Pues, te felicito; así que este es el menor... y cuántos son. Godofredo se puso rojo, sin poder ocultar que sintió rabia y celos por lo que presenciaba, aunque solo su madre podía captar su reacción.

—Cuatro, cada uno se graduó e hicieron su familia... Yo me siento muy orgullosa de que hayan salido adelante —dijo ella con respuesta retardada.

—Entonces no tuviste ni una hembra —intervino Wladimir, con cierto coqueteo y medio sorbo de café hirviendo en la boca.

—Lamentablemente, porque aquí estuviera conmigo acompañándome.

—Las hembras siempre son mejores, lástima que tu no tuviste ni una... Nos marchamos porque tenemos

que coger el autobús que nos lleva a los taladros, nos vemos en el almuerzo. Hasta luego.

— ¡Hasta luego! —contestaron madre e hijo al unísono con rostros recuperados.

Él se fue a la habitación nuevamente; prácticamente acababa de llegar al pueblo y confusamente ya extrañaba la ciudad.

—Godito, ven, acompáñame mientras te preparo el desayuno.

— ¿Su televisor funciona? —preguntó él.

—Creo que sí, aunque hace mucho tiempo que no lo uso.

—Bien, lo instalo en esa mesa, a su lado, y mientras cocina oímos las noticias, usted sabe que en la ciudad eso es parte del desayuno, hay que estar informado.

Ernestina le preguntó mientras él comía:

—Hijo te veo como preocupado, tienes problemas por allá.

—No, por aquí, porque Manirote desapareció, usted no lo sufre porque lo vio cambiar lentamente; tiene que irse conmigo, es necesario salir de este calvario, porque no hace más que servir a obreros para ganarse una miseria. Su soledad y todo esto me preocupa mucho.

—No es como tú piensas Godo, lo que sucede es que nunca has superado el hecho de haber salido de Manirote a realizarte, a crecer como persona, a vivir mejor; entonces ves en mí tu tristeza, y en todo caso,

qué esperas de mí que nunca salí, que viví toda la transformación del pueblo poco a poco, porque nada de lo que ves fue de un día para otro, esto ha llevado tiempo y yo me he acostumbrado, y si tú, que saliste de niño, no has podido superar el dolor de la ida, ¿qué esperas de mí si me voy?

Realmente Godofredo sentía un extraño e intenso aburrimiento, propio de los que viven en las ciudades y viajan a un pueblo por más de tres días, él sentía que el motivo del viaje ya se había cumplido y tenía que regresarse con el alma vacía, puesto que el verdadero Manirote solo existía en su mente, y Ernestina era otra persona, muy diferente a la que él albergó en su memoria durante tantos años; esto no le restaba ni una gota del inmenso amor que le profesaba, pero sí lo afectaba.

Él entró a la habitación, se posó en la cama y sin darse cuenta se durmió. En breve tiempo tuvo un sueño muy largo: caminaba sobre nubes negras que representaban formas grotescas de humanos, de animales dantescos que lo llevaban hacia un precipicio infinito en profundidad. Bruscamente despertó con el pecho galopante de miedo. Apenas alcanzó a ponerse la camisa ajada, sobre la que se había quedado dormido, calzarse los zapatos, e inmediatamente salió apresurado hacia el terminal —a unas cuatro y media cuabras de su casa—, compró un boleto para salir esa misma noche. Regresó a la habitación de la madre

puso el boleto en una mesita, al lado de la cama, de manera que Ernestina lo viera y se enterara de que él se regresaba, quizá con el sabor en la conciencia de haber cumplido a medias.

Como se volvió a quedar profundamente dormido, ella lo observaba y analizaba que Godofredo no tuvo infancia, un niño que no conoció a su padre, por lo que no lo tuvo a su lado en momentos difíciles y de necesidad. El trabajo del campo a ella no le dejaba tiempo para atenderlo, como lo demandaba su edad, sus juguetes fueron: animales, arbustos, tierra y andar por el monte. Su vida dependía de que ella, en sus múltiples ocupaciones, se acordara de su existencia y le diera sirviera la comida, sin importarle la hora, si se había bañado... Él no tuvo Niño Jesús, carnavales, vacaciones..., además, que no recibía la protección y el trato que necesitaba; de allí su demanda de afecto y su actitud de dependencia. Por eso su mente estaba llena de retazos de trastos viejos arrumados en su cerebritito que daban oportunidad a lo mejor o a lo peor, más a lo segundo, porque ninguno de esos recuerdos podía ser satisfactorio dentro de lo razonable. Todo estaba dado para que él fuera melancólico, sin aspiraciones en la vida. Sin embargo, nunca se le escuchó un quejido, expresiones de tristeza, rebeldía. A donde fuera, de su garganta salía un canto gutural sin letra, una música átona, improvisada, repetitiva. Los años pasaron y

su cuerpecito se fue estirando, su forma de pensar de cómo concebía la vida, solo lo sabía él, porque era totalmente introvertido; es decir, su personalidad era una bomba de tiempo de la que se podía esperar cualquier cosa. Pese a lo antes comentado, otro perfil afloró en él, quizá el menos esperado: hacía muchos planes, estaba lleno de la incertidumbre de hechos que traducían progreso, superación, en su mente le faltaba espacio para aquel manantial de ideas, nada le marcó su vida negativamente

— ¡Godo'!, ¡Godito'!, despierta hijo que te deja el autobús.

— ¡Sí!, sí mi viejita —contestó medio dormido—, me arreglo un poco y me voy.

—No, no te arregles mucho, que ya estás sobre la hora, y el otro autobús sale pasado mañana, y sería muy aburrido para ti tener que esperar dos días más, porque ya veo que éstas apurado —le precisó irónicamente.

—No me digas eso mi viejita, ya te expliqué el por qué tengo que regresarme pronto. Pásame el maletín, por favor. Menos mal que el terminal está cerca. ¿No vienes conmigo?

—No hijito es tarde, y no hay buen tiempo, y ya no estoy para esos trotes, porque cualquier llovizna me puede provocar un resfriado

Ella lo llevó hasta la puerta de la casa y le dijo:

—Gracias hijito por acordarte de mí; a ver cuándo vuelves poraí.

—No me despida así mi viejita que yo la tengo en mi mente y hasta en los sueños, ya verá cuando regrese la sorpresa que le tendré, entonces sí se vendrá conmigo. En el rostro de Godofredo se veía la satisfacción que le producía pensar en el retorno a la capital. Con la sensación de haber pasado mucho tiempo allí.

—Hasta luego mi viejita —y la besó en la mejilla—, yo regreso pronto...; cuando vuelva me quedará más tiempo, porque vendré mejor preparado —disimuladamente le metió un fajo de billetes en un bolsillo del camisón. Ella reaccionó bruscamente:

— ¡No mijo, eso no! —Él, sin mirarla, apuró el paso. Apenas puso un pie fuera de la casa Ernestina entrecerró la puerta, dejando la rendija lo más pequeña posible para que él no la viera llorar, y el dolor de ella, a su vez, fuera más estrecho, porque pese a que estaba resignada a la soledad, el sentimiento y el llanto en ese momento eran autónomos y hacían lo que les diera su gana, sin que ella pudiera evitarlo. Al retorno de Godofredo a la capital, eran ostensibles los cambios en su conducta, sobre todo en el área afectiva, los que no podía ocultar. Las personas más allegadas extrañaban su andar apuradito, ese ángel que se la salía hasta por los poros estaba ausente. Otro más osados decían: “A Manirote el viaje no le sentó bien”; “quién sabe por dónde anduvo porque vino muy cambiado”.

Con los mensajes que la madre le lanzó a Godofredo en relación a los nietos procedentes de relaciones informales, carentes de la madurez necesaria para procrear hijos, le quedaron como dardos en su mente, por eso a su regreso a la ciudad privaba la idea de que había llegado la hora de buscar a Carmenza, si era que la encontraba, para definitivamente formalizar una familia. Él desconocía que su adorada nunca dejó de verlo, porque todas las noches él estaba allí entre las viejas palmeras de la plazoleta, en una espera interminable, sin que ella pudiera compartir este secreto ni siquiera con él mismo, porque eso crearía dudas acerca de su estabilidad emocional

Una vez que se decidió a visitarla, en el primer intento de entrar a la panadería no fue posible, porque no podía detener el inmenso miedo y tristeza, o más bien emociones que no sabía definir, que lo arropaban. La voz de Ernestina le retumbaba en los oídos obligándolo a formalizar esa relación; sabía que ella leyó en sus ojos todo lo que no debió hacer, y ella si sabía intuir lo que a él le convenía. Mejor era volver otro día, su estado anímico no se prestaba para verles la cara a Carmenza, menos a sus padres, sobre todo a Juan Ramón. A la vez que en su ambivalencia pensaba que tampoco podía esperar tanto, porque él prometió regresar apenas se graduara.

Al tercer día regresó, ya no lo haría camuflado en la oscuridad de la noche, por eso escogió las primeras horas de la tarde, vestido con su mejor percha, un pequeño presente para su amada y su título de técnico en electricidad. Dispuesto a enfrentar al padre de ella y lo que fuera. Carmenza estaba sola detrás del mostrador de la panadería, arreglaba algunas cosas, y sus padres cenaban. Ella, al verlo, fue una desafortunada, por poco se cae al tropezar con todo lo que se le atravesara..., ambos lloraron, pero ella, ahogada en lágrimas, lo arrastró hacia el comedor, donde estaban sus padres. A Manirote se le hizo un nudo en la garganta que le impedía tragar saliva, aparte de que ni siquiera eso tenía, porque la boca se le seco de tal manera que casi se ahogaba. Sorpresivamente, al verlo sus suegros lo saludaron, sin mucha euforia, pero aceptable dentro de lo esperado. La María casi le arrebató el título, quería leerlo, para saber de qué se había graduado el desaparecido novio de su hija. No había dudas de que en la larga espera Carmenza había hecho un gran trabajo persuasivo con ellos, para mantenerlos a raya, porque de lo contrario hace tiempo que le hubieran buscado marío, “porque de que los hay los hay, y nuestra hija se las trae”, como siempre decía su padre. Las primeras condiciones puestas por la María fueron claras, “ya no se verán más en la plaza, y tiene que hablarse de matrimonio, porque ese noviazgo está muy largo y eso es pavoroso”.

A los dos meses y medio después del reencuentro estaban en el altar, no por la presión de la María, sino porque a Carmenza no le había venido la menstruación. Nuevamente fue sorpresivo para Manirote, no lo del embarazo, sino la alegría de sus suegros, porque era el primer nieto. El matrimonio se perfilaba como para toda la vida, aunque con sus interrogantes, ya que tenía fuertes factores adversos: sobre todo, la conducta de Godofredo, característicamente dispersa y mujeriego, lo que obviamente no sería fácil de cambiar; la discriminación de la María, y el opositor de Juan Ramón, que a medida que envejecía se volvía más terco. Siempre la aconsejaba: “Hija, tú sabes que el venezolano es indolente de nacimiento, porque ellos tienen sangre de los indios que sobrevivieron, que precisamente fueron los flojos y cobardes; son tomadores, jugadores y mujeriegos y en eso se les va la vida; entonces si eso es lo que tú quieres y que tu padre muera de pesar, sigue a ese, que pronto te veremos regresando con las tablas en la cabeza. Si tú quieres puedes ser una doctora, apoyo nuestro nunca te faltará, pero ¡ostia, por Dios!, detrás de ese te tocará criar párvulos y cocinar. A él solo le gusta hacer hijos sin ningún sentido de responsabilidad, ya lo he sabido por boca de mis empleadas, tú serás una más del montón y solo por joder a tus padres”. Siempre terminaba sus consejos con la misma expresión: ¡Carmenza, haz lo que te dé tu grandísima gana, yo no tengo porque meterme en eso!”.

Godofredo a los veintiséis años, tenía la mejor casa de Manirote I —la urbanización que él había fundado y estaba en pleno desarrollo—, tres hijos con Carmenza —y quién sabe cuántos fuera del hogar, según los relatos de él—, ella echaba los chistes de él y él los de ella; ella había aprendido a cocinar con él, agarraban un vaso de la misma manera y hasta algunos gestos de él tenía. Los hijos eran la copia de Godofredo, hasta la hembra que era la mayor. Cuando algún compadre o amigo le comentaba que eran igualitos a él, se jactaba en responder sin ni siquiera mirarle a los ojos: “Camarita esa vaina es así siempre que los haga uno mismo”.

En plena capital, Godofredo, con la construcción de Manirote I, replicó gran parte de lo que fue su pueblo, comenzando porque la gente hablaba como él, no había niños y adolescentes que no estuvieran identificados con él, hasta los adultos. En una toma de conciencia se daba cuenta que había llevado su cultura muy lejos, que él era un personaje que no había perdido un segundo de su vida; era como que si había clonado a Manirote, pero mucho más moderno y planificado; solo faltaba Ernestina y sus hermanos “para llegar feliz a sus últimos días”, como él siempre le decía a todos.

Cuando Godofredo decidió regresar nuevamente a Manirote, iba resuelto a sacar a su madre de allí, antes de que sucediera lo peor. Llegó el día de su

partida, primera vez que tenía vacaciones desde que se inició en un trabajo formal. Había valido la pena tantos sacrificios, porque en un sucinto inventario mental de sus logros: tenía un buen trabajo, carro, casa propia, dinero ahorrado, a Carmenza y a sus hijos con sus abuelos, que después de tanto rechazarlo él los conquistó, y ahora le tenían una alta estima porque lo veían como un hombre muy trabajador y de futuro. Lo que nunca pudo controlar fue ese deseo de tener muchos hijos, sin un sentido claro de responsabilidad.

Salió muy temprano para Manirote y llegó como a la una de la tarde. Había una terrible soledad. Sin duda alguna, el pueblo había sido abandonado por casi todos sus habitantes. ¿Pero qué había sucedido? Apenas caminó unos doscientos metros y constató que allí no había vida, las pocas casas habitables de la calle más importante del pueblo tenían en su entrada carteles que parecían haber sido hechos por una misma persona. En todos decía: Se vende.

Cuando Godofredo vio su casa enmontada, con el frente cubierto de trinitarias, el corazón se le detuvo, soltó el maletín que llevaba en sus manos y la mente se le nubló; con un vacío en todo el cuerpo que le quitaba las fuerzas para seguir, estalló en llanto, y luego se dirigió a la que fue su casa, la que estaba sellada con dos listones de pino en cruz. Entró por la parte posterior y a los minutos salió con unas carpetas

muy deterioradas. De lo poco que en lo inmediato pudo revisar vio una foto de él tomado de la mano por Ernestina y unas actas de nacimiento. Pensó en voz baja: “¡Qué desolación!, lo más seguro es que ella se marchó, ¿pero, para dónde?”. Caminó sin rumbo, hasta que se vio frente al río, del otro lado se escuchaban voces. Hasta allá se dirigió, el río estaba tan bajo que lo pasó caminando sin mojarse ni siquiera los ruedos de los pantalones —era tiempo de sequía—. Un perro macilento, con melancólicos aullidos, avisó su llegada. Él le hizo señas a la primera persona que avistó. Era un muchacho de unos doce a catorce años, que parecía una estatua que en ese momento adquirió vida y se movió hacia él.

—¿Qué se le ofrece al amigo? —Le preguntó el joven, con voz aburrida y profunda de hombre incipiente.

—Camarita, yo soy de aquí de Manirote y tenía tiempo fuera, pero me consigo con la sorpresa de que no se ve nadie, salvo su persona..., parece que todos se fueron

—Sí, se jugaron..., uumjuh, hace tiempo que se jugaron, pero se jugaron pal cielo. ¡Pero, cómo que llevaba tiempo jueara!, si yo lo he visto vení al río cuando tiene agua, con la oscurana de la tarde a bañase...

Él no le dio importancia al comentario, atribuyéndoselo a que este lerdo —término peyorativo no usado por él, pero estaba muy angustiado y no controlaba su forma de pensar—, lo confundía con alguien, por lo que le precisó:

—Entonces camarita, ¿qué fue lo que pasó con la gente de esta lado?

—Señor, del río pallá, llegó una cagadera con fiebre, de la que no se salvó nadie. A los muertos se los llevaban en camiones de la Chevron y del ejército, y que a según pa quemalos. Se dijo que la maldición vino del río. En mi casa estuvimos tomando agua hervía por mucho tiempo, y la enfermedad con todo eso nos arrebató al abuelo y a dos hermanos.

Godofredo, cabizbajo, retornó hasta la orilla del río, ahora sintió temor de volver a atravesarlo. Desde allí, en vista de que el joven con quien hablaba lucía muy lento, comenzó a dar alaridos esperando que alguien más apareciera y le diera una explicación más detallada y certera. A lo lejos se asomaron dos tarajallos, uno de ellos tímidamente le respondió:

— ¡Qué quiere el señor!

— ¡Conversar un poco, saber qué pasó en el pueblo! Ellos se acercaron a Godofredo con cierto temor, porque era el mismo señor que siempre se bañaba en el río sin que ellos supieran de dónde venía ni cuándo se iba. El más larguirucho de los jóvenes le contó que hubo una epidemia de diarrea que atacó a los del otro lado, del que solo se salvaron cuatro personas, de los que llamaban expatriados, y eso porque traían su propia agua. Algunos muertos se los llevaron en unas bolsas negras, bien bonitas ellas por cierto, porque

sus familiares los reclamaron; al resto los enterraron como piedras en enormes huecos que abrieron en las afueras del pueblo.

—Y la compañía que buscaba petróleo, qué se hizo. —le preguntó.

—Todos se fueron, nunca encontraron nada. Gracias a ellos se les dio sepultura a los muertos. Aquí vino mucha gente de San Francisco a ayudar. Los médicos que vinieron a socorrernos, al comienzo no sabían de qué se moría la gente; después, cuando esto fue quedando solo, se supo que la gente se moría de mengua.

—Muchas gracias camarita, yo estoy preocupado porque aquí vive mi mamá, ustedes por casualidad no la conocen, ella se llama Ernestina, y preparaba comida para venderles a los obreros de la Chevron.

—Esa a lo mejor la enterraron, porque de aquel lado del río se fueron vivos, como le dije, solo cuatro expatriados, los demás fueron al hueco —le respondió impávido el que parecía menor de los dos jóvenes.

La sensación de vacío que le invadió era diferente a todas las que había sentido en toda su vida, incluida la que tuvo cuando se marchó contra su voluntad a San Francisco. No sabía qué hacer; ahora descubría que en lo más profundo de sus sentimientos guardaba la idea de que un día, en forma definitiva, volvería a Manirote, cosa que hasta ese momento él mismo desconocía. No obstante su escisión, se dirigió hasta

el frente de lo que fue su casa, donde yacía su infancia, su madre y todos sus recuerdos; se sentó a llorar y a meditar, con un minúsculo hálito de esperanza, y se olvidó de todo; solo pensaba en que Ernestina y su pueblo habían muerto. No obstante, aun así, era capaz de contener su desesperación. Al otro lado del río se oía el cantar de los gallos que anunciaban el ocaso, eran cantos muy tristes, porque, al parecer, hasta ellos sabían lo que había sucedido. Abatido, caminó hacia su auto. En aquella trocha enmantada de sequía, pisoteaba sus penas y sus recuerdos, ahora recuperaba su olfato y sentía el olor a monte seco, como se tornaba su alma estrujada por su pesada melancolía. Compensaba su dolor regando con sus lágrimas la sequedad del suelo entristecido. Pese a lo reciente del hecho, comenzaba a tener esbozos de resignación

— ¡Ay Ernestina!, perdóname mi viejita, tardé mucho para darte la sorpresa de mi regreso como te lo prometí, te juro que no te he defraudado. Espero que Dios te tenga en su reino como tú te lo mereces — murmuró, como hablando con ella.

En los viejos papeles que Godofredo recogió en su casa había fotos de él, todas en blanco y negro, desde uno hasta los diez años. La que más llamaba la atención era una donde estaba sentado frente a una mesa plegable que fungía de escritorio, detrás de él un trípode con una pantalla que contenía un mapa de Venezuela; en la mesa se veía una esfera que repre-

sentaba el globo terráqueo con la distribución geográfica de sus continentes, allí culminaba el cuarto grado. Una foto de su padre, al que no conoció en vida, pero siempre imaginó como era. No sabe por qué si Ernestina tenía fotografías de su progenitor nunca se las mostró. También había una carta que su madre no le envió, y quién sabe a quién se la dictó para que la escribiera, que decía: “Mijo, Dios te bendiga y te proteja; no te imaginas cuánto te extraño, nunca fue mi intención de que te fueras siendo apenas un niño, perdóname si lo has tomado a mal, pero lo que por ahora es malo, está lleno de todos los buenos deseos de que un día te sepas defender, seas útil a la gente, llegues a ser un hombre cabal, formes una familia, logres una buena vida y tengas la mayor felicidad posible. Debes comprender que por todo lo que he vivido he llegado a la conclusión de que debemos de tener una medida para querer, por el solo hecho de saber que un día vamos a morir, aunque deseemos vivir el mayor tiempo posible; pero la verdad es que la vida es una permanente separación. Te recuerdo que un día tuve que echarte de la matriz, con todo el dolor de mi alma, aunque no lloré, después tuve que echarte de mí regazo, eso me ha dolido menos, porque siempre fue una necesidad, después tuviste que ir a la escuela y ver otras gentes, cambiar tu cuerpo que constantemente abandonas, porque va cambiando. Antes de irte ya te veía los pelitos que te

venían saliendo, porque comenzabas a hacerte hombre; pero, esto no me impidió sentir lo doloroso de tu ida, aunque estaba segura que un día volverías definitivamente...”. En ninguna parte de la carta decía que siempre lo veía regresar a su casa, quizá porque la escribió otra persona y para ella era delicado hablar de eso.

Extrañamente, en cierta manera, esta carta lo consoló un poco. Él podía darse cuenta que su madre había sido visionaria de lo que él lograría, y todo porque ella confiaba en la semilla que había sembrado en su mente, más ahora, que daba sus pinitos en lo que sería su grandiosa creación: Manirote I, aunado a ello que su cultura había viajado muy lejos, él era un personaje que no había perdido el tiempo, que había creado un hábitat que le permitiría llegar feliz a sus últimos días. Se sentía importante cuando lo llamaban Manirote, porque lo llevaba en sus entrañas.

En el retorno a la ciudad, cavilaba sobre lo que hizo y lo que no hizo para abandonar el pueblo, donde él era un arbolito, no obstante, por sus sentimientos había echado fuertes raíces. Otros, mucho antes que él, habían salido a abrirse mundo en la vida, a ver que conseguían por ahí en las grandes ciudades; sobre todo en la capital, buscando un trabajo, mejor calidad de vida; iban preparados para nada, a la buena de Dios, a andar caminos llenos de tentaciones malignas, de riesgos, espinas y dolores. La mayoría de estos aventureros

terminaban “tragados por el monstruo de la ciudad”. Simplemente eran presas fáciles de engañar y quedaban atrapados en la miseria, las drogas, aprendiendo lo malo de la gran metrópoli. Al pensar así, la preocupación por sus hermanos se acrecentaba. A lo largo del tiempo muchos de los que habían salido regresaban: unos como cadáveres, otros a recostarse en los predios de algún familiar y a echar sus anécdotas de cómo había sido su vida en la ciudad, otros se quedaban esparcidos en la selva de concreto, ampliando el cinturón de miseria, conformándose con decir que vivían en la capital, hablando con otro acento y olvidando toda su cultura originaria. Algunos se acomodan materialmente, pero a qué edad y de qué manera. En cambio él iba marcado por la madre, sus hermanos quizá no tuvieron la misma suerte. Porque así es la vida, se crían juntos, bajo un mismo techo, pero cada quien es diferente, pese a llevar auestas la misma la crianza que Ernestina les infringió, con un objetivo que ella desconocía, pero se lo imaginaba por mera intuición, donde solo contaban las esperanzas y los deseos de lucha y superación, conscientes de que nada sería fácil, se debía ser tenaz y perseverante, preparados para caer y levantarse.

Cuando llegó a la capital, parecía un monstruo: con la cara deformada de tanto llorar; el pecho y las esperanzas vacías, y la mente en blanco. Sus estropeados ojos buscaban a Carmenza para contarle lo que le pasaba, porque ella lo sabía escuchar y comprender. Él

le confesó a su amada que en un momento sintió que no era de allá ni de acá, allí fue cuando le comenzó la crisis que le impedía hilar ideas.

Ella lo interrumpió maternalmente y le habló de la vida:

—... Godo, mi amor, no somos de ninguna parte, y si queremos somos de donde vivimos, donde estamos, donde echemos raíces en un incesante presente, si tú quieres tomar eso como punto de partida para sufrir, bueno hazlo, pero entonces todo el mundo tendrá que sufrir permanentemente, porque esto en más o en menos nos toca a todos, y cada quien lo toma de diferente manera, desde el más estoico, hasta el que se entrega al dolor, porque se quedan enganchados en ese pasado traumático; y en último caso, pobre del que toda su vida la pasa en un solo sitio, sin posibilidad de cambio, de verle otra cara a su existencia, porque así la vida es muy aburrida y es mucho lo que se pierde de ella...

Transcurridas unas tres horas de la conversación, Carmenza sintió que logró controlarlo y le pidió que descansara, pero que no dejara de analizar lo que habían hablado.

—No sé si tú tendrás razón, pero mis sentimientos son diferentes al de los demás.

Esta respuesta fue instintiva, como queriendo evadirse de lo expresado por su esposa, sin embargo estas

observaciones, como venidas del cielo, le sirvieron para que pudiera cotejar su vida en diferentes ámbitos, y no solo eso, sino saber también hacia dónde iba después de permanecer tantos años en la ciudad.

Ella le recordaba que cuando su padre se vino a este país junto con otros emigrantes que venían a labrarse otro destino, buscando una mejor vida y huyéndole a la devastación que dejó la II guerra, él tenía dieciocho años de edad, lo que hacía era trabajar, y quizá por su juventud, no vivió en lo inmediato las consecuencias del desarraigo. En diez años, apenas viajó dos veces a España, su único objetivo era hacer dinero y regresar rico a su tierra. En su segundo viaje se trajo a la joven que en ese momento era su novia, con la intención de un pronto regreso y lleno de dinero. Apenas María—la prometida de Juan Ramón—, llevaba tres meses en Venezuela quedó embarazada. En dos años tuvo sus dos primeros hijos nacidos en España, Carmenza fue la segunda, por viajes hechos expresamente para parirlos allá, porque para eso bastante denigraba de los venezolanos. Cinco años después nació el primer hijo venezolano. Este niño nació aquí porque el médico le indicó a María reposo absoluto, que no viajara a España, porque de lo contrario podía perder la cría. Para esa época Juan Ramón y su socio habían progresado mucho en la panadería que habían echado adelante a fuerza de sudor, trasnochos, perseverancia y sacrificios. El socio murió muy joven, una fiebre extraña

que ningún médico pudo precisar su origen se lo llevó. Entonces la idea de vender su mitad de la empresa al socio se vino abajo, por lo que él y su mujer tuvieron que enfrentarse al negocio de la panadería. Vino otro embarazo y la María entró en reposo nuevamente, por el mismo motivo, por lo que tuvo que resignarse a tener su segundo hijo venezolano. Ella se deprimía porque su país la llamaba, la añoranza era insoportable. Siempre estaba comparando lo flojo y mal vestidos que eran los venezolanos. Juan Ramón luchaba lleno de soledad, no le quedaba un día libre. Su mujer lo fustigaba permanentemente con el tema de regresar a su país, y él, contrariamente, reforzó sus compromisos económicos y laborales asociándose con otro español que tenía dos ferreterías. Este relato le servía para ejemplarizar como la vida daba vueltas inesperadas sin que uno pudiera mover un dedo para cambiarla, era como que sí verdaderamente existía un destino.

Un día decidieron tomar vacaciones; los negocios andaban sobre ruedas, quedarían en manos de confianza, pasarían dos meses en su pueblo natal en España, y María, siempre autoritaria y obcecada en su idea del regreso a España, aprovechó para decidir que el viaje no tendría retorno; “No había que esperar más, porque la situación económica y la inseguridad eran graves”, decía. Fueron muchas noches sacando cuentas del dinero que llevarían, vendiendo las acciones de las empresas, aparte de la liquidez que tenían en

cuentas de ahorro. Juan Ramón fue cauto y sostuvo que: “la panadería no se venderá, sino después que estemos definitivamente establecidos en Palma de Mallorca, donde vamos a residenciarnos, porque allí merece la pena vivir, porque uno nunca sabe lo que puede suceder”.

Llegó el día en que toda la familia estaba en el aeropuerto. No se despidieron de nadie. Carmenza, con sus hijos, le dejó una carta a Manirote donde le juraba que volvería aunque fuera sola. Por lo de su partida no hubo ninguna confrontación porque afortunada o desafortunadamente Manirote estaba de viaje. En el aeropuerto, Juan Ramón, con un cerro de maletas llenas de lo prioritario —ropa, joyas, en dos contener llevaban otras cosas de interés, como muebles, lámparas, cuadros de pinturas valiosas—, lloró, se sintió confuso, eran treinta y tres años que llevaba aquí, más de la mitad de su vida. María no daba tregua, insistía en que este país no servía para nada, que era suficiente con lo que le dejaban de cultura a tan nefasto pueblo.

Godo, al enterarse, tuvo una recaída mucho más grave que las crisis que le habían dado anteriormente, con la ida de Carmenza se sentía culpable: “si yo no hubiera sido tan mujeriego, sí me hubiera dedicado más a ella quizá no me abandona, aún en contra de la opinión de sus padres”, se decía a sí mismo. Por eso su depresión era tan intensa.

Cuando llegaron a su pueblo natal en España, todo estaba desolado, casas abandonadas, de verjas raídas, llenas de cruces en los patios; tierras, otrora fértiles, cubiertas de rastrojos. En el pueblo, los pocos habitantes que quedaban eran seniles exasperados de tanto esperar la muerte, que por cierto estaba un poco retrasada porque todos pasaban de los ochenta años. Casi nada de lo que ellos dejaron existía; y lo peor: no encontraron a ninguno de los contemporáneos que se habían quedado, para mostrarles que habían triunfado, tenían mucho dinero. Juan Ramón quería que Adelina, la que tanto lo despreció en su juventud, lo viera bien vestido y adinerado; la idea de hacer de la casona que abandonaron una mansión, para sentirse superior a sus vecinos como siempre lo soñó, se derrumbó. Se dieron cuenta que muchos de sus logros materiales, que indudablemente los disfrutaban, pero, hubiera sido más gustoso si lo avistaban aquellos que los vieron partir bajo la miseria y el hambre; querían mostrar a su gente el producto de sus esfuerzos, sus logros, sus riquezas. De manera que esta satisfacción tendría que tragársela. Era muy frustrante. Fueron días de incertidumbre cuando se percataron que ya no eran de aquí ni de allá, y, en último caso, era mayor el tiempo que habían vivido en Venezuela.

Al mes de su llegada a España, compraron una de las casas del centro de Palma, que inexplicablemente estaban relativamente económicas. Luego supieron

que los dueños la vendieron porque se anunciaba una recesión, quizá el mismo motivo por el que Juan Ramón salió cuando apenas cumplía dieciocho años. La María lo convenció que eran habladurías. Transcurrieron los meses y la crisis no solo era económica, sino política y social. La gente quedaba sin trabajo, hacían desahucios, algunos se suicidaron, el gobierno ejercía mucha presión con los impuestos a los ciudadanos que pretendían vivir de sus derechos sociales. A la María, que tanto le había costado aceptar la realidad, le dio una depresión nerviosa; Juan Ramón tenía que tragarse la de él para poder ayudar a los suyos. A los cinco meses y medio, en reunión familiar, acordaron regresarse a Venezuela, ya se sabían el camino, y lo más importante para ellos: cómo hacer dinero. La María, con depresión y todo, se opuso, pero sin fuerzas. Carmenza disimulaba su alegría, a diario hablaba telefónicamente con Godo, ahora, muy efusiva le anunciaba su retorno.

Su llegada a Venezuela produjo mucho jolgorio. Todos los vecinos manifestaban alegría, Manirote lloraba a ocultas. Pasados tres días, él concluyó que era el momento del reencuentro con su eterna amada Carmenza, quien había regresado de España con todos sus familiares, sin la posibilidad de que la madre continuara con la idea del retorno a su país: todas las condiciones estaban dadas para unirse a ella, ahora sí para la eternidad, como era

su sueño. Él estaba consciente que su esposa trató de abandonarlo, aunque bajo la presión de sus padres, pero se sentía culpable por su reprochable conducta de querer tener muchos hijos y su permanente confusión producida por el desarraigo, por lo que él prefirió no tocar el tema y pensar que ella solo fue de vacaciones. A la María como por arte de magia se le quitó la depresión, estaba transformada, todos opinaban lo bien que le había hecho el viaje, porque su conducta y trato con la gente cambió, ahora era cariñosa y caritativa. Después de pasada la alegría vino la pregunta curiosa de la gente: “Por qué ellos se regresaron y están tan cambiados”. La orden de la María era que debían de responder: “después te cuento”; pero que nunca le contarían nada a nadie.

Habían transcurrido varios años y la lucha de Godofredo no tenía horario, pese a que había logrado éxito económico, sin embargo, la fuerza para el trabajo era cada vez mayor, no sabía detenerse; ni aun estando ocupado dejaba de pensar en su terruño, eran recuerdos muy intensos que hasta llegaban a perturbarle la tranquilidad y su salud, porque le agotaban. Sin dudas, había aprendido a amar el sufrimiento. En sus meditaciones el mismo se pedía ordenar su vida, porque el dolor que permanentemente le ocasionaba el desarraigo aparentemente no le permitía ser objetivo en sus búsquedas existenciales.

Pasaron los meses, Carmenza se daba cuenta que él no era el mismo, su ensimismamiento se acentuaba cada vez más, y no era por lo que ella hizo, sino que él mismo le expresaba: “no me siento bien y no sé por qué”. Llegó un momento en que Manirote se sintió confundido, parecía que las fuerzas motivacionales que en comienzo lo impulsaban mermaban. Eran muchas las noches en que por instinto ella se despertaba, como estimulada por algo, y ahí estaba su marido, semi-sentado en la cama, pensativo, absorto en su incertidumbre, imbuido en quién sabe qué pensamientos, atrapado por un grave insomnio. Ella tomó la decisión de que había que hacer un viaje, como una forma de sacarlo de ese tremedal. Esa misma mañana, le sirvió un jugo y se sentó a su lado como acostumbraba hacerlo, y le dijo:

—Godo, ¿cómo te sientes?

—Bien, estoy bien, ¿por qué?

—Es que hace tantos días que te veo muy preocupado, además, estás durmiendo poco, porque yo te observo; si lo tenemos todo, porque de tanto tú trabajar sin descanso lo has logrado, pero a cambio de tu salud y literalmente abandonarnos. Qué te parece si encargamos a mis padres de los muchachos, de nuestras propiedades y hacemos un viaje a España, para que conozcas ese mundo, recuerda que es una promesa tuya que un día iríamos.

—Carmenza, y a quién le dejo tantas responsabilidades como las que tengo; no es fácil. Ojalá pudiera decir: ¡me voy!, y ya está. Eso no es así de sencillo.

—Al parecer nunca tendrás tiempo, y para tus clientes tu palabra es un compromiso, pero para mí no; si tú siempre me has prometido que cuando yo lo decidiera iríamos, entonces porque ahora no puedes, o tú no tienes palabra de hombre o eso era una burla, y entiende, que el viaje no te lo pido por mí, es que no te veo bien, entonces qué vamos a esperar, que estés grave y en vez de viajar tengan que hospitalizarte, y entregarle todos tus ahorros y tus esfuerzos a los médicos, porque así como vas eso es lo te espera.

—Déjame pensarlo, porque ese es un viaje costoso y no es fácil conseguir euros...

—Compláceme Godo, es por tu bien. Por dinero no te preocupes, que yo le pido a mi papá, y si se trata de que tú conozcas su país él no me los va a negar.

Al día siguiente todo estaba planificado, saldrían dentro de un mes.

Cuando se encontraban en el aeropuerto, faltando dos horas para tomar el vuelo que los llevaría a Madrid, Manirote se sentía extraño. Antes de entrar al avión en su mente estaba en Manirote, recordando cuando tenía doce años y se separaba de Ernestina. Él quiso darle un vuelco a sus sentimientos, porque lo que le provocaba era regresarse, no podía arruinar-

le el viaje a su querida esposa que estaba tan animada y curada de todo eso. Ella, casi como que si le leyera la mente, se adelantó a esclarecerle la diferencia de este viaje a cuando él salió de Manirote:

—Mi amor, acuérdate que vamos a estar un mes en Palma de Mallorca, pudiera ser más, pero tú no has querido, esto no es un desarraigo, ese del que tú tanto hablas y que te está matando. Debes de pensar en lo que nos divertiremos, porque a eso vamos, a disfrutar de otras ciudades, otros paisajes, otra gastronomía, verás de donde vienen mis genes, los de tus hijos, enriquecerás tu cultura; lo que dejas detrás te estará esperando, al regreso te convencerás que no somos indispensables para nada, un día nos morimos y la vida sigue. Él no podía entender estas cosas, porque cuando partió de su pueblo, también todo había quedado allí, pero esto no apaciguaba su dolor, o acaso la diferencia era el tiempo que pasaría en España. Él tenía el temor de que le cambiaran sus sentimientos, sus proyectos, sus objetivos, porque si este cambio geográfico le resultaba indiferente, también podía volverse insensible para muchas cosas más, y su vida cambiaría radicalmente. Al final se resignó a aceptar que desarraigo era otra cosa, que aunque lo sufría muy dentro de su ser, le resultaba difícil de definir.

—Carmenza, yo no estoy pensando nada de lo que tú crees, la única idea que tengo en mi mente es conocer y disfrutar este viaje como debe ser.

La llegada al aeropuerto Adolfo Suarez fue impactante, sus ideas de lo que sería Manirote I se derrumbaron, el progreso de las civilizaciones era otra cosa, porque su proyecto distaba mucho de lo que el mundo había evolucionado. Ahora su sufrimiento era mayor, porque el presentía que ese viaje le cambiaría su forma de pensar y consecuentemente de comportarse, pero a la vez se confundía porque lo que le estaba sucediendo era para bien, el problema consistía en que él no podía compartir estos sentimientos con su esposa, ya que entonces ella tendría argumentos para decirle que desistiera del empeño de terminar de construir Manirote I, porque eso era retroceder; y si la ciudad ya estaba hecha, porque no vivían en ella como todo el mundo.

Al tercer día en Palma, se convencía de que todo lo que allí existía era viejo, las visitas a los castillos, los árboles, las playas, los restaurantes..., hasta la gente. Cuando en las mañanas salían a conocer sitios históricos, turísticos: él se refería a visitar piedras; lo decía con cierto carácter despectivo. Viajarían a las islas Canarias, en particular a Puerto de La Cruz, donde al parecer aún quedaban algunos parientes de Carmenza por parte de la madre. Al llegar, apenas caminaban por el centro de la ciudad, y él, con expresión de sorpresa, le dijo a Carmenza:

— ¡Esta ciudad la hicieron igualita a las de nuestro país!, si hay alguna diferencia es que son más limpias, y todas las cosas están más conservadas.

—Qué bueno que te des cuenta, pero es lo contrario de lo que tú piensas: aquello es igualito a esto, y esta ciudad es cientos de años más vieja que las de allá; lo que pasa que nuestros ancestros cuando se fueron a Latinoamérica también quisieron tener su Manirote I, pero echando hacia adelante y no para atrás.

— ¿Cómo es eso?

—Eso significa que tú has descubierto el agua tibia, porque no descansas en la idea de construir otro Manirote, es decir introducir la ruralidad en una metrópoli. Resulta que en esos años ellos salían de civilizaciones más avanzadas, sin que esto quitara la posibilidad de que, con más razón aún, sufrieron el dolor del desarraigo, y, simultáneamente, nos beneficiaran replicando las ciudades de las que procedían, y de alguna manera, consciente o inconscientemente, esto aliviaba las distancias y el dolor de la separación. Él guardó silencio por casi todo el resto del día, maquinando el confortamiento de sus temores.

Su mayor emoción la vivió a comienzos de la segunda semana de estada en Canarias, cuando leyó un cartel donde promovían un curso sobre “Diáspora”, aunque se refería al instinto aventurero de los españoles, que a veces le daba por irse a vivir a los sitios más recónditos e inhóspitos que existen en el planeta. No descansó hasta no averiguar de qué se trataba. Carmenza al verlo tan entusiasmado lo aupó para que lo realizara, porque ya se desesperaba de verlo tan desilusionado.

El primer día le fue entregado material de apoyo, la dinámica del curso era tipo terapia grupal, valía toda clase de participación, desde contar su dicha o desdicha, hasta llorar. Le entusiasmó el hecho que de veinte asistentes, doce eran latinos. El facilitador del taller, un madrileño experto en estas lides, rompió el hielo con un cordial saludo y sugiriéndole a los asistentes que se presentaran uno por uno diciendo su nombre y procedencia. Luego continuó: siempre hay un motivo para viajar, para irse de un lugar a otro desconocido, la búsqueda de cosas nuevas, de la aventura, pareciera instintivo; pero también habrá siempre un motivo para regresar a su terruño, otros, que algo los contiene, no regresan cuando quieren, y otros que salen para nunca más regresar; cuando intimidas con esas personas ves que surgen muchas verdades dolorosas. Últimamente vemos expatriados que parten por motivos de trabajo, con la idea de regresar al año, dos o más, para luego encontrarse con que pasa el tiempo y terminan teniendo otras nacionalidades y haciendo familia en otros países... No había terminado con el rompe hielo, cuando uno de los participantes pedía la palabra para intervenir:

—Yo creo que hay muchos motivos para que la gente se separe de sus pueblos de origen, tengo un amigo que se graduó de ingeniero, y nunca volvió a su casa por vergüenza, aunque se moría por regresar, y hasta podía reivindicarse porque él era honesto, él estaba

consciente que la redención moral en su pueblo le iba a ser bastante difícil, porque su padre, sus tíos y otros familiares, todos estaban presos por ladrones de ganado, y eso lo sabía todo el mundo en el pueblo...

La segunda intervención fue más general en relación al punto en cuestión, hecha por un joven que parecía muy ducho en viajes y aventuras. Dijo lo siguiente:

—Las ciudades grandes, llenas de foráneos que andan huyendo de sus raíces, pueden hasta engullirse a esa población flotante, pero nunca llegan a desenraizarlos, porque cuando ellas más los necesitan, como en épocas festivas, vacaciones, navidad, año nuevo; a veces, hasta separándose de su mujer y de sus hijos, huyen y regresan a sus pueblos, con la excusa del reencuentro familiar primario; pero, en el fondo solo buscan sus raíces, que surge como una necesidad para restablecer su psiquis, entonces con sus mentes tranquilas en cualquier momento retornan a la gran metrópoli que los absorbe. Allí viven la mayor parte del tiempo de su vida añorando su monte, olores, ambientes, personas, su pasado y extraños sentimientos; con el pretexto de que allí están las fuentes de trabajo, el progreso, la actualidad, y mientras tanto sus pueblos que se mueran; más allá de eso, todos los grupos étnicos cuando se encuentran lejos de sus orígenes, ante el difícil retorno tratan de crear un poco de sus terruños, y lo denominan con una sencilla y seductora palabra: Club Español, Club Árabe,

comida colombiana, restaurant con especialidad en carne asada, con música llanera... Esto es frecuente verlo tanto en pequeñas ciudades como en las grandes metrópolis.

Una jovencita relató:

—... Esa tarde me encontraba en el aeropuerto internacional, primera vez que viajaba y me separaba de mis padres, de mis hermanos, del entorno de siempre. Lo único que me aliviaba un poco era pensar que dos de mis hermanos y muchas de mis amigas se habían marchado, era como algo que se puso de moda, porque la mayoría ni siquiera sabía qué iban a buscar en otros países; simplemente que alguien dijo: “fuego”, y había que huir cuando nuestra patria más nos necesitaba. En el momento de partir tenía una gran incertidumbre, estaba confusa, hasta deseos de regresarme pasaban por mi mente, no me importaban las burlas. El nudo que sentía en la garganta abarcaba todo mi cuerpo; llevaba dos maletas enormes de veintitrés kilogramos cada una; hubiera querido llevar en una tercera a mi madre. Cuando anunciaban los vuelos, mis oídos eran torpes, no podía leer las pizarras electrónicas, en el fondo deseaba perder el vuelo. Cuando me tocó entrar al avión mi mente insistía en que era vuelo equivocado. Al final, contra viento y marea, me convencí de que ese era mi país, donde debía formarme, y aunque me gustara conocer el mundo, allá era donde debía trabajar y producir.

Al fin se escuchó la intervención de Manirote — quien no dejaba de tomar nota de todo lo que sucedía en la reunión—:

—La cura de los desarraigados nunca llega, porque la vida, la gente, los pueblos y los ambientes permanentemente cambian, es frecuente que solo el cadáver vuelva a sus raíces, porque ellos en vida lo han pedido así: “A mí me entierran en mi pueblo”; como lo hacen muchos animales que regresan a su sitio de origen a morir. La diáspora aparentemente afecta más en las edades extremas. A la mayoría de los niños no le es fácil desprenderse de su madre, de su pueblo, de su gente y hasta de su flora y de su fauna, pareciera que ellos invierten más esfuerzos y afecto para relacionarse rápidamente y, luego, eso tiene un alto costo emocional a lo largo de su vida. A los viejos les ha llevado mucho tiempo enraizarse, por eso cuesta mucho lograr que se cambien de residencia, llevarlos a otra ciudad, y si se logra desprenderlos frecuentemente le aparecen los achaques, se deprimen y algunos hasta mueren en la cortedad del tiempo, y aunque sea muertos regresan. Las migraciones en general tienen el mismo origen: “Allá puedo tener muchas cosas que aquí no lograré, ganaré más dinero, apenas con llegar a ese país con el que sueño seré alguien importante, porque aquí donde nací y he vivido lamentablemente no sirve para nada, no me dan lo que me merezco...”, otros se justifican diciendo: “Nadie es profeta en su

tierra”. El tiempo transcurrirá y ya se imaginan de que pueden vivir la mayoría de los migrantes, siempre echando el mismo cuento: “Si no hubiera sido por tal o cual otro gallo cantaría”. Desde que salí de mi pueblo nunca me abandona esta extrañeza que no puedo evitar, todo me perturba, siento que mi tranquilidad está allá. Mi mente se enoja sin control, la conformidad está en lo incierto, es un desespero, los ruidos, los olores, las caras de la gente, todo está asociado con lo que dejé allá. Caminar sin rumbo fijo, mi cuerpo sin asidero me parece desconocido, sin poder sacar la extrañeza de mi corazón, pierdo el dominio de mis pensamientos que permanecen allá en mi pueblo. Un llanto que no es mío a veces me invade para hacerme sentir un dolor nuevo, indescriptible, primero eran las noches, luego no tenían horario, yo solo sé que lloraba lo inasible, lo que no estaba ni aquí ni allá. Imaginaba mi cuerpo como algo que se había desprendido de mí. Desbastado deambulaba por las calles mostrando mi corazón desgarrado, queriendo que sintieran lástima por mí, a sabiendas que a nadie le interesaba si yo existía o no, eran mis raíces que siempre imaginé debían salir por los pies, pero estas salían por todo mi cuerpo. Hay días en que sentía inmensas ganas de estar allí, en ese sitio de donde un día salí a buscar lo que no tenía, y lo encontré, pero a cambio de un dolor tormentoso. Lo que buscaba en ese lugar del que me había desarraigado, para mi

más profunda frustración: ya no existía, solo estaba en mi mente. Miren camaritas, ¿saben lo que es amargo?, cuando usted vive en carne propia que no es de ninguna parte, cuando las piernas se debilitan pisando otra tierra porque le son ajenas; a mí me tocó y a muchos les tocará el destierro, siempre llegará un momento en que te sentirás o te harán sentir extraño, no hay escapatoria, es la realidad...

Después hubo muchas intervenciones. Los organizadores del curso dijeron que había que culminar porque la hora era avanzada, que en fecha próxima había que hacer otra reunión, ya que era tanto el deseo de los asistentes de expresar sus sentimientos asociados a sus desarraigos, que no se pudo realizar el cierre programado del curso como debía de ser.

Manirote llegó hasta Carmenza muy entusiasmado, le confesó que se sentía bastante aliviado con la experiencia que había adquirido en el curso sobre diáspora, había hecho una intervención tan importante y didáctica, que a todos los asistentes los dejó boquiabiertos, que había obtenido el aplauso más prolongado del grupo y no faltaron las felicitaciones, hasta del facilitador. Ella guardó silencio, su esposo se había metido tanto ese tema en la cabeza que rayaba en lo delirante, y esto a ella le preocupaba.

El regreso a Venezuela fue la cura de los cambios desfavorables de actitud que tuvo en su estada en España, nuevamente Carmenza lo sintió conversador

y hasta chistoso. Habiendo visitado tantas ciudades bellas, sitios históricos, restaurantes, y hasta al teatro y a la ópera asistieron, él solo recordaba y hablaba permanentemente del día en que asistió al curso sobre “Diáspora”.

En vista de que Carmenza le decía lo mucho que habían progresado como familia y económicamente, que solo faltaba integrarse más a la ciudad, a un buen apartamento que no diera tanto trabajo de mantenimiento como la casa que ellos tenían, que si bien era la más grande y valiosa de Manirote I, este se había convertido en un barrio grande, que cada vez tenía más problemas, lo habitaban personas y familias que nada tenían que ver con lo que él soñó originalmente y se deslindaba más de la ciudad; un día en que ella hacía este tipo de comentario, esperando que él desistiera de su pueblo, lo escuchó decir: “Yo no sé cómo haré, pero nunca me iré de este terruño que tanto me ha costado construir, aquí he entregado mi vida y aquí me quedo, la que quiera que se vaya sola”. Estas palabras la horrorizaron, por lo que le señaló:

— ¿Qué te has creído, que voy a esperar la muerte en Manirote I, rodeada de gentes que se quedaron en la yunta y el buey? Ya tenemos dinero, podemos vivir en una mejor zona, la vida se va muy rápido y nosotros aquí muriéndonos lentamente, como que si estuviéramos comenzando a vivir. Lo que soy yo me voy con mis hijos, que ya ni están, porque práctica-

mente se han ido desprendiendo poco a poco, cada vez están menos con nosotros, sé que me va a doler, pero aquí no me quedo. Este intercambio de palabras quedó allí, sin que acarreará ninguna consecuencia, como que si nada hubiera sucedido.

Manirote I se fue quedando solo, porque sucedió lo que tenía que suceder, la nueva generación de jóvenes, que en un momento eran muchos, se desembarazaron de lo tradicional, para apegarse a la gran ciudad, porque allí estaban sus colegios, universidades, conseguían trabajo, establecían sus relaciones amorosas, las diversiones y muchos otros factores que hacían que prefirieran la ciudad para vivir. La separación de ellos no era brusca, porque seguían visitando el barrio, aunque cada vez con menos frecuencia, hasta que dejaban de ir, pero en estas visitas no hacían más que contaminar a otros jóvenes con su tema de las ventajas de la ciudad, lo que constituía una competencia desleal y desproporcionada para lo que ofrecía Manirote I.

Desde que entró en la sexta década, Godofredo se inició en los rezos, la iglesia y los funerales, le encantaba presenciar a las rezanderas y aprenderse todo ese protocolo cuando alguien del barrio se moría, que por cierto, últimamente era muy frecuente. Precisamente para esta fecha, en el original Manirote, en el sector donde la epidemia de diarrea acabó con toda su gente, nunca más vivió alguna persona, pese

a que muchas de las casas se mantenían en buenas condiciones y alguien de los que habitaban después del río podía ocuparlas sin que nadie le reclamara, porque todos murieron. No lo hacían porque tenían miedo, no por la maldición que los mató a todos, sino porque hacía años que veían a un hombre muy alto, cabizbajo, con manos agarradas detrás de su cuerpo caminar a cualquier hora del día por el pueblo, sin que nadie supiera de quién se trataba; pero, ahora era un viejo que iba a llorar todas las noches caminando de arriba abajo la calle principal, y podía hacerles algún daño.

Años antes a Godo lo había atrapado la diabetes —lo que él ignoraba, aunque igual se hubiera comportado en sus hábitos de vida de haberlo sabido—, sin embargo fue a los ochenta años cuando fue perdiendo la vista y solo veía sombras, por eso se apresuró en ajustar en su memoria todos los detalles de la ubicación de los lugares y sitios relativos a Manirote I y lo que quedaba de sus habitantes. Su precaución le permitió que cuando perdió la visión completamente, podía andar en el barrio con normalidad, porque todo lo conocía como la palma de su mano. Solía saludar las sombras en las casas llenas de soledad, pero él creía que podía ver cada una de las personas que las habitaron y se recordaba de sus nombres. A diario en sus recorridos saludaba:

— ¡Adiós Rosita, avísate muchacha que te vas a quedá niña vieja!

— ¡Adiós Ernestico! —como lo llamaba por cariño

— ¡Ermito como van las cosas, mucho trabajo!

— ¡Aquí Fernando hasta que Dios me llame!

— ¡Compadre Toño, cójase unas vacaciones, porque detrás de ese mostrador va a salir cuando se muera!...

Al caer la tarde, cuando regresaba a su morada, después de recorrer el pueblo, calle por calle, decía:

— ¡Muchachos, vayan pa sus casas a estudiá y a dormí temprano porque les va a salí el negro sin diente por andá por esa oscuridá! Ya ni las gallinas se acuestan temprano, poraí andan cacaraqueando, a menos que sea el mismísimo demonio.

Carmenza, que hacía años había despedido a sus hijos sin botar ni una lágrima, lo esperaba con lo poco que disponían para comer. Él se bañaba en el chorro de agua del patio, se ponía pantuflas, pantalones cortos y franela, iba a la mesa del comedor, quitaba el paño con que ella le tapaba la comida y la llamaba para que lo acompañara; ella lo llevaba al baño, trastabillando, y al final a la cama, lo abrigaba y enseguida se dormía, quizá por el cansancio que le dejaba la actividad del día.

En las noches soñaba exactamente con lo que había hecho en el día, salvo que en los sueños sabía que las personas a las que saludaba estaban muertas, con

los que a su vez tenía largas conversaciones. A veces tenía pesadillas, y su mujer le daba palmadas en las mejillas para despertarlo, a la vez que le increpaba:

—Godo, Godo, despierta que otra vez estás hablando dormido y me desvelo, ahora cómo concilio el sueño con este miedo, has estado hablando otra vez con esos muertos.

—Tranquila mujer, son mis amigos, ellos nos dan fuerzas y nos protegen, cómo hago para abandonarlos, si cada vez está más cerca el día de encontrarme con ellos.

Él se despertaba en la madrugada, primero que Carmenza, iba a la sala y se sentaba en su poltrona a escribir todo lo que había hecho el día anterior, que generalmente no era más que un calcado de la cotidianidad. En uno de sus escritos decía: “El futuro es el atraso disfrazado de progreso, es el intento del hombre avanzar hacia una vicariante que lo ciega, en la que la amenaza más importante es el hombre mismo. El pasado es enraizarnos, es la seguridad, las civilizaciones más evolucionadas se aferran al pasado; cuando la vida nos atiborra de conocimientos y la edad nos apuntilla, es cuando más queremos volver al pasado, al extremo que algunos animales instintivamente buscan sus orígenes en el pasado para morir, entre ellos el hombre cuando expresa: ‘Quiero que me entierren en mi tierra’; queriendo volver a sus orígenes.

Un veinticuatro de diciembre, sucumbía la madrugada, Carmenza no estaba en la cama, y no olía a café como de costumbre; él la imaginó buscando leña, porque desde días atrás quedaba poca. Se bañó, se vistió y salió a hacer su recorrido cotidiano. En la noche, a su regreso, no la sintió, la llamó y no le respondió, la buscó por todas partes y no la encontró; hasta que tropezó con un bulto pesado, y en la oscuridad, alumbrada su vista por la ceguera, la fue palpando desde la cintura, hasta llegar a su cara. Él estalló en un solo dolor:

— ¡Mujer, que te hecho yo pa que me abandones...!

Comenzó a llorar sin lágrimas..., luego entró en mutismo... Se inclinó con mucha lentitud, la tomó por el dorso y las piernas, al levantarla como a un saco de flores, el crujido de sus rodillas rompió el silencio, llevándola a su hombro izquierdo, sin importarle su hedor y secreciones que empapaban su cara, el lado de su corazón y sus espaldas. Con marcha forzada y sumido en un sigilo que hacía más tétrica su acción, fue hacia los tres Araguaneyes, al fondo del patio, donde tres años atrás cavaron una fosa y acordaron que allí sería el descanso eterno de ambos; el que se fuera de segundo, tenía que esperar la muerte en el fondo de la tumba, dependiendo de cómo moría. Godo cumplió el juramento a medias, porque la ceguera no le permitió enterrarla como debía de ser; por eso caminó unos pasos y la lanzó al suelo, tal como la tomó,

depositándola debajo de los Araguaneyes que ellos mismos plantaron cuando él veía más claro que con luna llena. Quedó muy agotado, porque sus energías estaban contadas, apenas las necesarias para regresar a la casa; y que más se podía esperar de un ciego a los noventa y cinco años.

Después que se marchó su eterna amada, su rutina era caminar lo que quedaba del barrio..., adiós, adiós..., saludaba a los habitantes imaginarios, visitaba al bodeguero; allí se enteraba de cuántos faltaban por morir en el pueblo. A las diez y treinta de la mañana se tomaba el segundo café del día con su comadre Miguelina, la conversadora, seguía su recorrido, que él andaba parsimoniosamente porque se cansaba. A las dos de la tarde descansaba bajo un samán que el mismo trasplantara cuando fundó Manirote I, cuya sombra acariciadora y fresca era muy espirituosa y agradable. Allí se quitaba las andrajosas sandalias, desahogaba sus pies hinchados por la caminata y por los problemas renales y prostáticos que lo asediaban; comía todas las frutas que recogía en su recorrido. Después que su entorno se volvió sombras, ya que la diabetes no le daba tregua, mientras descansaba decía adiós a todo lo que se moviera. A veces se quedaba dormido, pero no alteraba su horario, exactamente a las tres de la tarde seguía su caminata, en la que recorría la calle principal, la que tiene una longitud superior a un kilóme-

tro, pero con las paradas que él hacía parecían diez. El retorno era más rápido, pese a que caminaba más lento, la diferencia consistía en que no se detenía en ninguna parte, sentía hambre y necesitaba ver a Carmenza. Caminaba hacia el cementerio, no entraba por la puerta principal, sino por la parte de atrás, que era un pedazo de cerca derrumbada, poblada de arbustos frutales, seguida por una caminería de piedras enmontadas; la longitud del cementerio es tal, como la del pueblo, y hace tiempo, de las tres lápidas a cada lado a lo largo del camino, pasaron a ser cinco.

Él vivió exactamente cien años con siete días en una sola lucha, simplemente porque nunca superó aquella noche en que la madre intentó desenraizarlo de su terruño, y a cada año que transcurría le resultaba más difícil, porque, de verdad, había logrado su objetivo de echar raíces profundas en Manirote I hasta lo más hondo de sus entrañas. Godofredo sabía que su muerte estaba cerca, y no por ninguna premonición, ni intuición, sino por su edad. En sus escritos dejó lo que deseó fuera su epitafio, donde reza palabras amorosas a su Carmenza, pero también está la huella de la confusión que le creó el viaje a España en relación a Manirote I y el desarraigo, como bien lo deja ver en este poema, escrito quizá en su vejez avanzada, donde hace una amalgama de recuerdos de su juventud con su cuarta edad:

Viento desesperado soplando fuerte
y las hojas de los manirotos no se caen.
Luego, el viento sopla frío y más fuerte
y ellas ni se mueven.
Yo miro desde la ventana si el follaje está seco,
sí, está marchito, seco y desesperado.
Si llegó el momento de marcharse por qué ellas no se van,
si el árbol ya no las quiere.
Ellas tienen que caer, porque terminó el verano, llegó la
primavera;
y yo miraba desde la ventana.
Después escudriñé mi cuerpo y sentí que yo también esta-
ba seco,
estaba viejo...
Yo tampoco quería marcharme,
menos dejar a mi patria, ni a mi Carmenza sola,
y mi primavera estaba por llegar.
Entre árboles de diferentes especies están tres Ara-
guaneyes que dan sombra al cuerpo reseco del difun-
to Godofredo, reposando al lado del cadáver de su
Carmenza, sin nadie que se digne a enterrarlos. Los
que viven en Manirote, después del río, ahora ven, a
cualquier hora, a un viejo caminar por todo el case-
río; y los que transitan por las noches por la vía que
pasa paralela a Manirote I, ven su espectro caminan-
do en soledad por la calle principal del otrora flore-

cienta barrio, “resistente al desarraigo”, donde solo habita él, que se negó a abandonarlo aun después de su muerte.

CONTENIDO

Muerte de Nicasio	19
El tormento del Dr. Covey	39
El tobogán de la vida	65
Tony el quejumbroso	85
Lágrima huérfana	101
Infortunio	115
El altruista	135
Holocausto de los conejos	149
El fantasma del Boeing 878	159
Ellos tienen alma	167
Fantoche	173
Desarraigo	189

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 30 días del mes de marzo de 2021, el mismo día del año 1991 en que fallece el poeta y bibliotecario Martín Añez.